
EL
ASCENSOR
ANA SÁNCHEZ BES
Infinity Ideas Studio

El ascensor

Ana Sánchez Bes

El ascensor.
1º Edición: Abril 2025
Infinity Ideas Studio
Valencia (España)
www.infinityideas.studio
También en Instagram: @infinity_ideas_studio
Impreso en España / Printed in Spain
ISBN: 9798281923637
Depósito Legal: A 256-2025

© Ana Sánchez Bes
Creación de Portada: Verónica Espinosa (@disenoveroespinosa_)

© De la presente edición: Infinity Ideas Studio
La agencia literaria no es responsable de la historia, ideas y opiniones vertidas en este libro.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi padre.
Gracias por decirme que nunca deje de escribir. No hay un solo día que no te recuerde.

A mi madre.
Gracias por ser fuerte en los peores momentos que nos ha tocado vivir.

A mi familia.
Iván, gracias por apoyarme y por ponerme los pies en la tierra de vez en cuando.

A ti, lector.
Por leer esta historia.

Prólogo

Treinta y uno de diciembre. Doce menos cuarto de la noche.

Times Square está repleto de gente; la emoción que se siente en estos momentos gana la batalla al frío que se clava en los huesos.

Diez, nueve, ocho, siete, seis… La bola cae, la gente se prepara para abrazarse, besarse y desearse un año nuevo que nunca olvidarán.

Cuando la bola termina su descenso, un apagón masivo invade parte de la ciudad, haciendo que reine la incertidumbre.

De repente, un estruendo se escucha y el silencio se apodera del ambiente. ¿Un petardo o un disparo?

Pronto salen de dudas: una de las grandes pantallas de la avenida se enciende, mostrando una imagen que nada tiene que ver con la retransmisión de esta mágica noche.

1

FIN DE AÑO

Quedan pocas horas para que termine el año y Nueva York ya se prepara para ello. La seguridad se empieza a notar en los alrededores de *Times Square*, con un amplio despliegue policial y medidas de control para que todo salga según lo previsto.

A pesar del frío y de las bajas temperaturas que reinan en la ciudad, la gente empieza a llegar desde bien temprano para colocarse en buen sitio y poder ver el descenso de la bola lo mejor posible.

Cuando Liam y Grace llegan sobre las cinco de la tarde, sus caras cambian por completo al ver que la gente ya se está agolpando demasiado lejos de donde transcurrirá el evento. Sin embargo, siguen dentro de la zona habilitada para ello, así que a Grace parece no importarle demasiado, ya que gracias a la gran pantalla podrán ver todo sin problema. Se encuentran en la intersección de la Séptima Avenida con la calle 46.

—¿No quieres que intentemos acercarnos un poco más? —le propone Liam.

—No te preocupes, estamos bien aquí. Además, tú odias las aglomeraciones.

—Es cierto, pero un día es un día —le sonríe.

El sueño de Grace es ver la caída en directo y vivir en *Times Square* una experiencia que, aunque dure solo un minuto, será el minuto más feliz de su vida. Así que no dudaron en celebrar su primer aniversario de novios viendo el *New Year 's Eve Ball Drop*.

Una hora después, comienza la ceremonia de apertura. La gran bola esférica, de tres metros de diámetro y recubierta de dos mil seiscientos ochenta y ocho triángulos de cristal, sube lentamente

hasta llegar al punto más alto del edificio situado en el corazón de la ciudad: el *One Times Square*.

Los ojos de Grace muestran alegría, pero también nerviosismo ante lo que va a vivir.

A lo que se dan cuenta, están más apretujados de lo que les gustaría, por lo que ella sujeta con fuerza la mano de su novio, a la vez que contempla su globo de helio con los números *2026* atado a su muñeca, tal y como hacen muchos de los asistentes.

—Te quiero —le dice Liam.

La sonrisa cómplice de Grace es su única respuesta.

En el momento en que caerá la bola, la zona será desalojada poco a poco para que la multitud se desplace a otros sitios y puedan seguir con la celebración. No habrá fuegos artificiales ni alcohol, tan solo diez segundos de exaltación y, quizá, demasiadas expectativas puestas en ese momento.

A los pocos minutos, el murmullo de los asistentes se mezcla con la música que les acompañará hasta que dé comienzo el Año Nuevo, mientras suena la tradicional *Auld Lang Syne*, que todo el mundo canta con emoción, a la vez que se besan y abrazan en un sincero —aunque demasiado breve— hermanamiento.

Los nervios están a flor de piel; miles de personas cantan y bailan, haciendo así que la fría noche de invierno sea más llevadera. Se juntan los unos a los otros; ya no hay tanto espacio para moverse y los empujones cada vez son más frecuentes, aunque no perturban el buen ambiente ni las ganas de disfrutar.

El tiempo pasa volando.

Quedan diez minutos para que termine el año y Grace estalla en júbilo: no puede creerse lo que está viviendo. Por fin la vida parece sonreírle, y no quiere desaprovechar esta oportunidad, a pesar de que solo sea por unos segundos.

Liam la mira enamorado.

La bola comienza a descender poco a poco ante la atenta mirada de todos los espectadores. Apenas les separan sesenta segundos de dar la bienvenida a *2026*, y la emoción se palpa en el ambiente.

Con cada segundo que pasa, el sonido del cronómetro resuena en el aire como un *tic-tac* agudo y preciso, como los latidos del

corazón de cada una de las personas que están observando.

Todo el mundo sostiene en sus manos los teléfonos para inmortalizar esos instantes y poder revivirlos en cualquier momento.

Liam está cada vez más incómodo, llegando incluso a sentirse agobiado, ya que casi no tiene espacio. No le gusta esto: hubiera preferido celebrar el Fin de Año tranquilo en su casa, pero es el sueño de Grace y, por ella, haría cualquier cosa.

La multitud en *Times Square*, vestida con gorros brillantes, cuenta expectante los últimos segundos de la noche.

—¡Diez… nueve… ocho… siete…! —La bola, con sus luces parpadeantes, continúa bajando poco a poco—. ¡Seis… cinco… cuatro…!

—¡Pide un deseo, cariño! —le grita eufórico sin dejar de mirar la pantalla.

En ese momento, Grace cierra los ojos con todas sus fuerzas, pidiendo el último deseo del año. Restan apenas tres segundos para que el descenso llegue a su fin.

—¡Tres… dos… uno…! ¡Feliz Año Nuevo!

Cuando Liam se gira para besarla, su cuerpo se paraliza, sintiendo una sensación de ahogo que no puede controlar. Comienza a temblar mientras nota estar viviendo en una realidad paralela. Ya no siente frío; un calor inmenso invade su cuerpo.

Grace ha desaparecido.

2

La desaparición

Todo el mundo se abraza y se besa, a la vez que Liam, todavía paralizado, vuelve en sí, consciente de lo que acaba de suceder. Su novia ha desaparecido delante de sus ojos. Mira a su alrededor, aterrado, buscándola mientras su corazón late como un caballo desbocado. No sabe qué hacer; busca alguna mirada cómplice que no es capaz de encontrar.

El mundo ahora está ocupado en celebrar, en gritar, en saltar, viendo cómo millones de confetis y globos de helio vuelan por el cielo de Nueva York. ¿Será uno de ellos el globo que sostenía Grace en su muñeca?

Liam rompe en llanto. A los pocos minutos, comienza a escabullirse como puede de la multitud, intentando encontrar a algún agente de policía, mientras la música de Frank Sinatra inunda la atmósfera. *New York, New York*, un himno para esa ciudad.

No le es fácil salir de ahí. El frío se le clava por todo el cuerpo y apenas puede moverse. Va como pollo sin cabeza y, tras varios empujones, cae al suelo debido a su delgada complexión.

Consigue levantarse con mucho esfuerzo, y una voz grave parece darle un atisbo de esperanza.

—Disculpa, ¿te encuentras bien?

Sin saber cómo, ha conseguido salir de la aglomeración y se encuentra frente a un policía. Se abraza a él e intenta explicarle lo que ha ocurrido.

—Mi novia ha desaparecido —logra decir, sumamente debilitado —. Todo es culpa mía. Estábamos juntos y le solté la mano un instante. No sé cómo ha podido ocurrir. Había mucha gente, no me di cuenta.

Su ritmo se acelera. Liam hace todo lo posible por controlar su respiración, pero la ansiedad se está apoderando de él.

Enseguida, el inspector jefe del equipo policial encargado de la seguridad del evento le proporciona una bolsa de papel para que intente calmarse inhalando y exhalando su propio aire.

—¿Cómo te llamas?

—Patel, Liam Patel.

—Tienes que tranquilizarte, Liam. Mi nombre es Smith. Siento decirte que, en estas circunstancias, no podemos hacer nada. Sois adultos; puede que se haya despistado. Es fin de año y hay muchísima gente. Enseguida regresará.

Al ver la cara de incredulidad del joven, el agente continúa con sus indicaciones:

—Hagamos una cosa: si no aparece en una hora, vuelve y veremos qué hacer. Estaré en aquel centro de control —le indica, señalando una carpa situada unos metros más adelante.

—No voy a estar una hora de brazos cruzados esperando a que aparezca. ¿Y si le ha pasado algo? Es increíble lo que me estás pidiendo.

—¿Estabais con amigos? ¿Alguien que os haya podido grabar en ese momento con su móvil? —pregunta el agente, intentando transmitirle algo de calma—. Seguro que está unos metros más allá.

—¡El teléfono! ¿Cómo no lo he pensado antes? Estoy demasiado nervioso… ¡Tengo que llamarla!

Con las manos aún temblorosas, pulsa en su agenda un contacto identificado como «Gordi» mientras ve cómo el policía se aleja. Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos. La llamada se corta.

Vuelve a llamar, pero esta vez es el contestador lo que escucha al otro lado. El teléfono está apagado.

«¿Cómo puede ser? ¿Lo ha apagado ella? Han tenido que raptarla, ella jamás desaparecería voluntariamente».

Entre la multitud, comienza a correr y a llamar a gritos al agente hasta captar su atención.

—¡Lo tiene apagado! —dice, sacudiendo el teléfono de lado a lado—. Ha dado señal, pero cuando la he llamado por segunda vez, ya estaba apagado. Por favor, ayúdame, es muy extraño.

—Está bien, acompáñame —acepta con un poco de hastío—. Necesito que me des más datos de ella. Nombre, edad y descripción o, mejor todavía, una foto. Con esta información comenzaremos el protocolo de búsqueda.

—Se llama Grace Bennet —comienza a decir, un poco más calmado—. Tiene veintiséis años. Mide uno sesenta y es delgada. Es rubia, con ojos verdes. Lleva… lo siento, estoy muy nervioso, no recuerdo… creo que llevaba algo dorado y un abrigo negro. Eso es todo lo que puedo decirte. Llevaba atado un globo, pero imagino que eso ya no importa. Y una fotografía… —duda mientras busca en su móvil—. Ésta es reciente y se le ve bien la cara.

—Gracias, es suficiente por el momento. Por favor, quédate aquí hasta que averigüemos algo y pásame la imagen a este dispositivo —dice mientras introduce su contacto en la agenda del teléfono de Liam.

El inspector coge el transmisor para informar a sus compañeros de lo sucedido.

—Atención a todas las unidades, soy el inspector Smith. Se reporta la desaparición de Grace Bennet. Fue vista por última vez en la zona de *Times Square* con la Séptima Avenida hace tan solo veinte minutos. Veintiséis años, rubia, ojos verdes, delgada, uno sesenta de estatura. Ropa dorada y abrigo negro. He compartido su fotografía en nuestra aplicación interna. Solicito refuerzos en el área. Por favor, confirmen la recepción de esta información.

Cuando recibe la confirmación, a Liam le da la impresión de que está todo hecho y no puede permitirlo. Intenta poner su cabeza en orden, pero el barullo que hay a su alrededor se lo impide.

Mientras permanece sentado, sin saber qué hacer, los demás siguen celebrando ajenos a su misteriosa desaparición. Cantan, bailan y se felicitan unos a otros.

De repente, notan cómo la magia se desvanece de manera drástica y una gran penumbra comienza a engullir toda la manzana. Las luces de las farolas luchan por mantenerse encendidas, pero finalmente sucumben al peso de la oscuridad.

Para Liam, esto es lo peor que puede pasar. La búsqueda de Grace se complica todavía más.

El miedo comienza a apoderarse de la multitud, y una sensación de agobio se instala en el aire, como si algo macabro estuviese a punto de revelarse en esta mágica noche.

3

El apagón

La plaza, siempre iluminada por el brillo de sus rascacielos, es absorbida por una oscuridad abrumadora. Las grandes pantallas publicitarias que adornan *Times Square* se han apagado.

El pánico se extiende entre las miles de personas que se han reunido para celebrar el Año Nuevo. Sus rostros son iluminados por el tenue parpadeo de las pantallas de sus móviles y de las sirenas de los coches de policía, que bailan entre la negrura que envuelve la ciudad.

Los agentes, con expresiones de preocupación, sacan sus linternas, pero no es suficiente: la luz se pierde entre demasiadas sombras.

La multitud, ansiosa, respira a un ritmo desacompasado.

Nadie se atreve a moverse. Atrapados en una marea de incertidumbre, sus corazones palpitan, temerosos, por lo que pueda ocurrir.

En medio de este caos, Liam se encuentra en un estado de angustia creciente. Su mente da vueltas; cada segundo sin Grace es una eternidad para él.

«¿Dónde estás?», se pregunta, llamando a su novia en un susurro desesperado, tratando de abrirse camino entre la multitud aterrorizada. No soporta quedarse en el puesto de control ni un minuto más y, tras hacérselo saber al inspector, se marcha de ahí.

Liam se mueve entre rostros pálidos y ojos que brillan con miedo.

Por fin, se anima a preguntar a la gente si ha visto a su novia, mostrándoles una fotografía que se han hecho poco antes de la separación. No todos se paran a escucharle, y las pocas personas que lo hacen le dan la misma respuesta:

—No la hemos visto, lo siento.

Enseguida se da cuenta de que ahora lo que realmente les preocupa es el gran apagón.

Su corazón palpita con fuerza, y el eco de su nombre resuena en su mente: *Grace, Grace...*

La desesperación comienza a apoderarse de todos, pero, en ese momento, una chispa de luz parece parpadear en medio de la oscuridad, devolviéndoles por poco tiempo la esperanza.

La pantalla donde, poco antes, una cuenta atrás indicaba el comienzo de un nuevo año empieza a cobrar vida, mostrando lo que parece ser el interior de un ascensor con siete personas atrapadas.

En cuestión de minutos, cada una de las pantallas de *Times Square* comienza a retransmitir exactamente lo mismo, devolviendo un poco más de luz, pero incrementando la preocupación y la estupefacción general. Una falsa armonía reina en el ambiente, esperando que, de un momento a otro, continúe la fiesta, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Qué cojones está pasando? —pregunta Smith a Carter, uno de sus compañeros de jornada—. Es todo muy extraño. Primero el apagón, ahora esto. Todo apunta a un ciberataque, pero ¿quién y por qué querría hacer algo así?

—Vaya comienzo de año... Creía que, a mis sesenta y cinco años, y a punto de jubilarme, tendría una noche tranquila —refunfuña Carter, observando atentamente lo que está ocurriendo tras la gran pantalla, en ese lujoso ascensor.

Una de las personas aprieta el botón de alarma repetidamente, sin conseguir que el habitual pitido resuene en el pequeño espacio. Parece que nadie les escucha. Aguardan angustiados, preguntándose cuánto tiempo más estarán atrapados. Solo dos personas parecen conversar más calmadamente.

De repente, el ascensor se queda sin luz, dando lugar a un nuevo apagón.

Después de unos segundos de incertidumbre, el silencio en *Times Square* se rompe de una forma brutal e inesperada. Un fuerte disparo resuena desde el interior. El eco avanza entre los rascacielos, haciendo que la multitud se gire hacia las pantallas. Horrorizados y

congelados en el tiempo, son incapaces de comprender lo que está sucediendo.

Un nuevo drama comienza a desatarse en la ciudad, y Liam no puede dejar de pensar en su único objetivo:

Encontrar a Grace y poder volver juntos a casa.

4

El disparo

Tras unos minutos de auténtico pánico, las pantallas se encienden simultáneamente, mostrando de nuevo el interior del ascensor.

La atmósfera es agobiante. La falta de luz hace que el espacio se sienta todavía más pequeño, y la oscuridad envuelve a los ocupantes como un manto pesado.

La angustia crece con cada segundo que pasa.

Como un destello de esperanza, un tenue resplandor comienza a filtrarse desde el techo. Los rostros, antes ocultos en la penumbra, comienzan a emerger de las sombras sin saber con qué se van a encontrar.

Fuera, la multitud se queda sin habla, mirando con atención la escena tan dantesca que hay ante sus ojos.

El espectáculo que se presenta es aterrador: una de las personas atrapadas yace en el suelo con un disparo en la sien, dejando un rastro de sangre brillante en las paredes del ascensor, que se va expandiendo lentamente por el suelo del mismo. A su lado, una pistola reposa tranquilamente, como si la cosa no fuera con ella.

El horror se ha apoderado de cada centímetro cúbico del ascensor, y los gritos de desesperación resuenan en el pequeño espacio, mientras algunos cubren sus bocas en un intento de reprimir las arcadas que acechan en su garganta.

—¡Dios mío! —grita una joven de cabello rizado, mientras llora desconsolada, abrazándose al chico que tiene a su lado.

—Tranquila, Zoe, voy a llamar a la policía —le dice, tratando de mantener la calma.

El chico saca el teléfono, pero sus manos tiemblan tanto que apenas puede desbloquear la pantalla.

Con el miedo en el cuerpo, otro joven —de aspecto algo desaliñado para esa noche del año, con dilataciones en las orejas y tatuajes en el cuello— se arrodilla ante la víctima para corroborar lo que todos temen.

—Está muerto —les confirma.

La luz fluorescente del ascensor parpadea, creando una atmósfera de pesadilla. Una de las chicas, que estaba de pie en la esquina, se deja caer deslizándose por la pared, con los ojos llenos de lágrimas y la cara salpicada de sangre.

—No, por favor... esto no puede estar pasando —murmura, sosteniéndose la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta el joven.

—Me llamo Scarlett —dice, mirándole a los ojos, suplicando en silencio que todo sea una pesadilla.

—Tranquila, todo saldrá bien. Yo soy Michael. Están llamando a la policía, pronto saldremos de aquí.

—¡El teléfono no da señal! —grita el chico que se ofreció a llamar a la policía—. ¡Estamos incomunicados!

—¿En serio? ¡No me había dado cuenta! —El tono irónico de otra chica, que no se había pronunciado hasta el momento, hace que pierda los papeles.

—¿De qué vas? ¿Te crees muy lista, verdad? ¿Por qué, en lugar de reírte de mí, no haces algo por sacarnos de aquí?

El chico le clava la mirada, llena de rabia, y ella lo mira desafiante a través de sus gafas, pero no le devuelve ni una sola palabra.

—Dylan, tranquilo, por favor —le pide Zoe.

En medio de la confrontación, algo llama la atención de otra mujer: una nota escrita a ordenador, arrugada y manchada de sangre, se deja ver en un rincón del ascensor.

—¡Callaos ya! —Un grito seco consigue captar la atención de todos—. He encontrado esto.

Con una voz firme y demasiado serena para lo que están viviendo, comienza a leer:

«Jacob ha muerto. ¿Quién será el siguiente? Hay un asesino entre vosotros. Si no dais con él, uno a uno moriréis tras un nuevo apagón.»

Todos se quedan atónitos ante esa información y, sin esperarlo, Dylan —el chico que intentaba llamar a la policía y se enfrentaba con la chica de las gafas minutos antes— vuelve a perder los nervios.

—¡Tú eres la asesina! ¡Eres tú quien ha encontrado la nota!

Sin achantarse y conservando la compostura, la mujer —de mediana edad y buen talante— se dispone a responderle.

—¡Me llamo Emma y no soy la asesina! He encontrado esta nota porque, mientras tú te enfrentabas a ella, yo me he preocupado de intentar analizar todo. ¡Quizá el asesino seas tú!

—¡Por favor! ¡Yo solo soy un simple informático, jamás haría daño a nadie!

—No seas tan modesto, Dylan. Eres el mayor experto en ciberataques que conozco —Los ojos con los que le mira Zoe son de auténtica admiración.

El terror aumenta y el ambiente se vuelve aún más asfixiante. Miradas de pánico e incredulidad se cruzan. Michael vuelve a acercarse al cadáver, que todavía permanece con los ojos abiertos de par en par, perdidos en el vacío.

Tras cerrárselos cuidadosamente, indaga en sus bolsillos, evitando con mucho esfuerzo que el vómito salga por su boca. Tienen que saber quién es e intentar averiguar por qué lo han matado.

Saca una especie de cartera y se encuentra con algo inesperado: una placa de policía.

—Sargento Lewis, Jacob. Departamento de Policía de Nueva York —lee en voz alta ante los demás.

Sin ser ellos conscientes, la cámara instalada en la cabina aumenta el *zoom*, y desde el exterior se ve de forma nítida la documentación de la víctima.

Varias manos se agolpan sobre el botón de alarma, presionándolo una y otra vez. Cada pulsación es una súplica desesperada que se pierde, mientras el botón cede aplastado bajo la presión. La claustrofobia y el miedo aumentan en cada uno de ellos.

Tras un último intento, y sin separarse de su teléfono, Dylan confirma de nuevo que no hay línea. Están incomunicados, y saben

que, en cuestión de minutos, sus vidas pueden cambiar para siempre.

5

Primeros avances

Son muchas las personas que sacan sus teléfonos para llamar a emergencias, aun viendo que la policía está ahí mismo. La reacción de todos es la misma: no hay cobertura. No pueden llamar ni enviar mensajes.

A su vez, observan paralizados lo ocurrido. El frío intenso no es nada comparado con lo que sienten en este momento. La oscuridad sigue reinando en el ambiente.

Están inmersos en las imágenes de la gran pantalla, viviendo en directo una auténtica película de terror. Está claro que quien está detrás de todo esto quiere que así sea; es aterrador poder ver y escuchar con tanta claridad lo que está pasando ahí dentro.

A pesar del morboso interés que despierta la situación, algunas personas, entre el temor y la repulsión, van abandonando la plaza, mientras llegan ambulancias para atender desmayos y ataques de ansiedad, así como los bomberos y altos responsables policiales, avisados por los agentes presentes.

—Esto es surrealista —comenta Smith—. Han asesinado a sangre fría a un compañero nuestro. Tenemos que averiguar a qué departamento pertenecía y si tenía alguna relación con esta gente.

Los agentes se ponen manos a la obra. Para su tranquilidad, comprueban que su red de transmisores sigue perfectamente operativa.

—Soy el inspector Smith. Atención a todas las unidades: necesito toda la información posible del sargento Lewis, Jacob. Repito: Lewis, Jacob. Es... Era compañero nuestro. Ha aparecido asesinado en el interior de un ascensor. Otras seis personas permanecen atrapadas en el mismo: dos hombres y cuatro mujeres. El asesino parece estar entre ellos. El tiempo va en nuestra contra.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunta, desganado, el agente Carter.

—He hablado con el comisionado. Llegará enseguida. Mientras esperamos órdenes del centro de coordinación que están montando, tenemos que intentar averiguar cómo se puede recuperar la red telefónica y saber en qué edificio se encuentran. No puede estar muy lejos, el disparo se ha oído demasiado.

—Puede ser por las cámaras, o quizá también haya amplificadores de sonido.

—Tienes razón, no podemos descartar nada —dice Smith mientras observa a las víctimas en la pantalla—. Parece que están tranquilas, dentro de lo que cabe.

Mientras se dirige al centro de mando y coordinación, tal y como le ha solicitado el comisionado, se pregunta si ya habrán notificado al departamento de ciberseguridad lo sucedido. Necesitan saber cuánto alcance tiene la caída de la red y averiguar quién ha podido hackear las cámaras del ascensor y conectarlas a las pantallas, así como burlar la seguridad de donde sea que estén. Y, por supuesto, lo más importante: recuperar el control.

Más unidades comienzan a llegar a los alrededores, pero es el agente Carter quien se está encargando de localizar el ascensor. Están evacuando poco a poco la zona, pero mucha gente se resiste a abandonarla.

Los teléfonos siguen sin funcionar, por lo que es inútil llamar a las recepciones de los rascacielos. Un día como hoy no debería de haber nadie en ninguna empresa, así que centra su búsqueda en los hoteles, comenzando por los más cercanos a la ubicación.

Cuando ambos agentes se reúnen en la carpa recién instalada para ponerse en situación, se encuentran con un Liam devastado. Ha pasado una hora y no hay rastro de Grace.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta el inspector, extrañado de que no esté buscando a su chica.

—Hola, agentes, ¿tenéis noticias de mi novia? Grace Bennet —pregunta con un ligero brillo en la mirada.

—Lo siento, Liam —responde Smith, desbordado—. Con todo lo que está pasando, la búsqueda se está complicando.

—No se está complicando, ¡es que no la estáis buscando, joder! —Liam pierde los papeles, no sabe qué hacer y el mundo se le viene encima—. Ya veo que lo único que os importa es el puto ascensor.

—Las vidas de estas personas están en juego, Liam —prosigue Smith, tratando de calmarle.

—¿Y la de Grace? ¿La de ella no?

En ese momento, el ruido del transmisor interrumpe la conversación.

—Agentes, les habla Brian Moore, coordinador de la red telefónica. Siguiendo órdenes del comisionado, debo deciros que hemos registrado varios intentos de llamada desde el hotel *Riu Plaza Manhattan* a eso de las doce y media de la noche. La red ha caído justo en ese momento. Creo que lo hemos encontrado, agentes.

—Lo siento, Liam —se disculpa Smith—. Tenemos que dejarte. Haré todo lo posible por encontrar a tu novia, te lo prometo. Aunque lo más probable es que se haya extraviado y también te esté buscando.

—Moore, por favor, necesitamos las imágenes de todas las cámaras de seguridad que pueda haber en *Times Square* y alrededores. A las doce de la noche ha desaparecido una chica; todavía no sabemos si ha sido casual o no. Puede que encontremos algo por ahí. Mis compañeros te darán más detalles —solicita Smith, para que Liam le oiga, aunque en su cabeza comienza a forjarse el presentimiento de que la desaparición puede ser real.

Los agentes se marchan, dejando a Liam plantado, así que no tiene otra opción que remover cielo y tierra para encontrarla por sí mismo. Decide marcharse a los lugares donde cree que podría estar, en el caso de que su desaparición haya sido fortuita y no lo que se está temiendo. Pero lo cierto es que las imágenes que atraviesan las pantallas atrapan a cualquiera, y Liam también termina sucumbiendo a ellas.

6

El hotel

El hotel se encuentra a tan solo cinco minutos de *Times Square*.

Los agentes se dirigen hacia allí sin perder ni un minuto, pero es a mitad de la Séptima Avenida cuando Smith se detiene para dirigirse a su compañero.

—Carter, será mejor que te quedes por aquí —le dice, señalando una de las muchas pantallas que iluminan la zona—. Necesito saber qué está pasando en tiempo real, y prefiero que seas tú quien lo haga. Intenta grabar todas las imágenes que te sea posible; puede que nos sean útiles en un futuro. Estaremos en contacto. Voy a llamar a otro agente para que me acompañe.

—De acuerdo, así lo haré. Ten cuidado, por favor.

Smith prosigue la marcha mientras solicita la ayuda de Stone, el policía más joven de la unidad de seguridad y que, por suerte o por desgracia para él mismo, también ha tenido que trabajar en una noche como esta.

Enseguida, ambos se encuentran ante el imponente rascacielos acristalado de cuarenta y ocho plantas.

Se acercan hasta la gran puerta de entrada para intentar ver el interior. No les sorprende que esté todo apagado, ya que todavía no ha vuelto la luz; sin embargo, les llama la atención que esté completamente vacío.

Muchos hoteles organizan cenas de gala para vivir el cambio de año, y este es uno de ellos.

Con ayuda de la luz de sus linternas, son capaces de intuir las siluetas de seis o siete árboles de Navidad de gran altura, junto con grandes paquetes simulando regalos y varias bolas gigantes decorando el vestíbulo del hotel.

Intentan abrir la puerta sin éxito: está bloqueada y ven inviable romper semejante cristalera con los medios que ahora tienen a su disposición. Seguramente estará blindada y a prueba de balas.

—¿Estamos seguros de que es aquí? —pregunta Stone, sintiendo el frío de la noche clavándose en su nuca—. Es muy raro que en un hotel tan grande y después de oírse el fuerte disparo no haya nadie en el *hall* intentando pedir ayuda. De no ser por la decoración, diría que estamos ante un edificio abandonado. No se oye nada.

—Parece ser que a eso de las doce y media alguien intentó pedir ayuda desde esta ubicación, pero la línea se cortó en ese preciso momento.

—Querrás decir… la cortaron, ¿no?

—Correcto, es demasiada casualidad. Tampoco sabemos quién llamó ni dónde está.

Las interferencias del transmisor interrumpen la conversación. Es Brian Moore.

—Agentes, hemos revisado todas las cámaras de seguridad de la zona.

—¿Tan rápido? Dime que has encontrado algo —le interrumpe.

—A las doce menos diez de la noche dejaron de emitir señal. También las han hackeado, Smith.

—¡Joder! ¿Pero esto qué es? ¿Tenemos toda la manzana controlada por un delincuente?

—Vamos a encontrarle, dalo por hecho.

El inspector Smith está perdido. Cada paso que avanzan en la investigación, siente que retroceden dos. Stone, que sigue observando el interior del hotel a través de la cristalera, le pone la mano en el hombro intentando transmitir algo de consuelo a su superior.

En ese momento, las pantallas de *Times Square* muestran la esquina superior izquierda del ascensor, donde se ve claramente el nombre del hotel: *Hotel Riu Plaza Manhattan. 4 Estrellas*.

—Agente Smith, soy Carter. Está confirmado. Estáis en el lugar correcto. La cámara del ascensor acaba de enfocar la placa distintiva indicando el nombre del hotel.

—¿Justo ahora? —se extraña Stone.

—Quizá no solo estén manipulando esa cámara —se atreve a insinuar Smith.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que nos estén observando y sepan todos nuestros movimientos. O quizá tengamos pinchada la radio. Antes, la placa de policía de Jacob y ahora el distintivo del hotel. Nos están llevando a su terreno.

El cuerpo de Stone se estremece. Es todo demasiado maquiavélico.

—¿Agente Smith? ¿Me recibes?

—Perdona, Carter, sí. Te oímos. Es muy extraño. Esto está demasiado desangelado. Por favor, ve contándonos todo lo que ocurra dentro del ascensor. No queremos movernos de aquí por si detectamos cualquier movimiento, por pequeño que sea. Tiene que haber alguien dentro, pero no tenemos forma de acceder al interior. Envíanos los planos del hotel, para comprobar las salidas de emergencia y la entrada de servicio, y pide la intervención de los bomberos, a ver si ellos pueden ayudarnos.

—Está bien. Adiós, compañeros —se despide sin dejar de observar la gran pantalla.

En este momento, *Times Square* es un hervidero de sirenas. Las ambulancias continúan aparcadas en zigzag y la policía ayuda a localizar a personas que se han despistado de sus acompañantes. La gente corre despavorida de un lado para otro sin saber qué hacer; incluso caen unos encima de otros. El caos que se ha desatado es tremendo.

Los murmullos de la multitud se transforman en un eco ensordecedor de temor, capturando la ansiedad entre los presentes. Solo se ven gestos de dolor y de nerviosismo, mordiéndose las uñas —literalmente—, con un nudo en el estómago.

Entre ellos, varios niños se aferran a sus padres, incapaces de comprender la magnitud del terror que están viendo. Tapándoles los ojos con las manos, deciden que es el momento de marcharse a casa.

Mientras abandonan el lugar, los adultos avanzan mirando hacia atrás. Son incapaces de dejar de observar la gran pantalla. Sus caminos se cruzan con los de múltiples curiosos y equipos móviles de prensa, radio y televisión, que empiezan a llegar para cubrir la noticia.

7

El mensaje

Todos permanecen inmóviles; sienten que cualquier movimiento podría ser una trampa.

Scarlett continúa de cuclillas en un rincón del ascensor. Sin poder evitarlo, su largo vestido rojo se va empapando poco a poco con la fría sangre del cadáver, del que todos se han apartado cuanto han podido. Siente náuseas.

Mira a su alrededor: solo ve miradas de pánico y ni un ápice de esperanza. Observa el techo con angustia.

Está abrumada. Comienza a sudar, y su corazón late cada vez más rápido. No es capaz de controlar la respiración: la claustrofobia sigue presente en su cuerpo y en su mente. Solo quiere salir de allí, pero no puede pensar en cómo hacerlo.

No tiene fuerzas para levantarse y volver a pulsar el botón de alarma, del cual no obtuvieron respuesta las otras veces.

Hunde la cabeza entre sus rodillas, haciéndose una pequeña bola, y decide permanecer así hasta que los saquen de allí.

—¿Quién se atrevería a matar a un policía?

El silencio que reina entre esas cuatro paredes se rompe ante aquella inesperada pregunta.

Cuando capta todas las miradas del ascensor, la chica de gafas continúa hablando:

—Perdona, ¿cómo te llamabas? —balbucea, mirando al chico con el que tuvo aquel enfrentamiento.

—Dylan —le contesta tajante.

—Perdóname por lo de antes, Dylan. Estaba muy nerviosa y no estuvo bien lo que te dije. Lo siento de verdad.

Viendo que él no iba a dar su brazo a torcer, es Zoe quien habla por él:

—Gracias…

—Anderson. Emily Anderson.

—Gracias de verdad. Estamos todos muy nerviosos. Esto está siendo horrible —dice mientras observa el cuerpo sin vida de Jacob.

—La verdad es que sí. Al menos tú estás acompañada. ¿Es tu novio?

—Oh, no —contesta Zoe, ruborizada—. Somos viejos amigos. Solo que hacía tiempo que no nos veíamos y nos hemos encontrado aquí por casualidad.

—¿Puedes dejar de hablar con ella y de dar tantas explicaciones? —le reprocha Dylan—. ¡Te recuerdo que hay un asesino entre nosotros! ¡Podría ser ella! ¡Podría ser cualquiera, joder! —grita, mientras vuelve a intentar llamar a la policía. No hay señal. Ni siquiera la red de emergencias está operativa, pero no se da por vencido y no suelta su teléfono.

—¡Yo no tendría que estar aquí! —se defiende Emily ante aquella acusación—. ¡Recibí un mensaje, por eso estoy aquí! —responde acelerada y visiblemente nerviosa.

—¿Qué mensaje? ¿Puedo verlo? —interrumpe Emma, la mujer que encontró la nota.

—Sí, claro...

Sin entender nada, Emily le enseña el mensaje y Emma lo lee en voz alta:

«Estimada Anderson, Emily:

Nos complace informarte que has sido elegida en nuestro sorteo anual para asistir a la Fiesta VIP de Fin de Año en el lujoso Hotel Riu Plaza Manhattan. Este evento único se llevará a cabo el próximo 31 de diciembre a las 23:30 h en nuestra elegante azotea.

Sobre las 00:30 h, nuestro maître te acompañará al restaurante situado en la planta baja del hotel para continuar con la fiesta.

Prepárate para disfrutar de una noche inolvidable con barra libre y delicatessen de primera calidad. Además, todos los asistentes entraréis en el sorteo de un viaje de ensueño a un destino exótico, que se anunciará al final de la velada.

Te invitamos a vestir de etiqueta para esta ocasión especial, donde la elegancia y el glamour estarán asegurados. Será una noche

llena de sorpresas y momentos memorables.

Confirma tu asistencia respondiendo a este mensaje. ¡No te pierdas esta oportunidad única!»

—Yo también lo he recibido —dice con la mirada perdida y claramente afectada.

—¡Dios mío, yo también he recibido el mismo mensaje!

Zoe está aterrorizada. No es casualidad que tres personas hayan recibido el mismo mensaje. Las sospechas se confirman tras una reacción en cadena.

—Yo también.

—Yo también.

Solo falta una persona por hablar. Con cuidado, Emma se agacha para enseñarle el móvil a Scarlett, que continúa agazapada en un rincón.

Con un fino hilo de voz, pronuncia las dos palabras más temidas en ese momento:

—Yo también.

—Tiene que haber una explicación a todo esto —dice Emma, retomando el control—. Está claro que alguien nos ha tendido una trampa. ¿Pero quién? ¿Alguien que nos conoce? ¿Y si el asesino no está aquí?

—Eso no puede ser, no nos conocemos de nada —discrepa Emily.

En ese momento, a Emma le asalta una duda: ¿habría recibido Jacob el mismo mensaje?

Conteniendo la respiración, y ante la atenta mirada de todos, se acerca al cadáver y registra sus bolsillos hasta dar con su teléfono móvil. No tiene bloqueo por huella digital, así que es fácil acceder a él. Busca en los mensajes y no encuentra nada.

—O Jacob no lo recibió, o lo borró antes de llegar —les dice a sus compañeros a modo de explicación.

Mientras siguen con las elucubraciones, Michael, el chico de aspecto peculiar, comienza a atar cabos para sus adentros y cae en la cuenta de que solo ha podido ser una persona. Una persona que sabe de tecnología más de lo que dice y no se separa de su teléfono.

Echando la vista al suelo y proyectando la escena en su cabeza, lanza un dardo inesperado, sintiéndose atraído por la pistola que

sigue al lado del cadáver del policía.

—¿A qué has dicho que te dedicabas? —le pregunta directamente a Dylan.

—Soy informático. Trabajo para el departamento de…

En ese momento, un movimiento rápido de Michael impide que el chico termine de responder. Tiene un arma a tan solo diez centímetros de su cara.

—Solo has podido hacerlo tú —sentencia Michael mientras sostiene como puede la pistola en su mano. Tiene los nervios a flor de piel.

Dylan levanta las manos en un gesto de rendición.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡Él no es un asesino! —interviene Zoe al ver que está bloqueado.

—¡Tú no te metas! —grita Michael, sujetando el arma con más firmeza—. No hay red telefónica. Estamos atrapados. La seguridad del ascensor no funciona. Han conseguido nuestros teléfonos. Todos hemos recibido el mismo mensaje. También Jacob tenía que estar aquí por el mensaje, pero alguien lo ha borrado. Solo él ha podido hacer todo esto.

—¡Eso es ridículo! —consigue decir Dylan—. Yo nunca haría algo así.

—Por favor… —Las palabras de Scarlett llegan como un susurro lejano.

—¿No os dais cuenta? ¡Os estoy protegiendo! ¡Alguien ha muerto, y cualquiera de nosotros puede ser el siguiente!

Dylan, desesperado, da un pequeño paso adelante.

—Piensa en lo que estás haciendo.

Michael es incapaz de escuchar. La rabia nubla su juicio y la presión en el ambiente se vuelve insoportable. De repente, Emma se lanza por detrás a su cuello e intenta quitarle el arma inútilmente.

—¡Basta!

Pero esa advertencia llega demasiado tarde. Con un movimiento casi involuntario, Michael aprieta el gatillo, lanzando un estruendo brutal que retumba en sus oídos. Un disparo desafortunado. Gritos, y más gritos de horror.

—¡No! —grita Zoe, mientras el pánico se desata a su alrededor. Todos, excepto Michael, se agachan, buscando refugio entre sus propios miedos y la realidad de lo que acaba de suceder.

8

Nueva víctima

El ascensor se ha cobrado una nueva víctima.

El cuerpo sin vida de Dylan resbala por la pared del ascensor, dejando un reguero de sangre hasta desplomarse sobre el suelo. Sus ojos, con expresión de sorpresa y terror, reflejan el trágico final.

Michael retrocede; el miedo le paraliza mientras el eco del disparo se desvanece, dejando solo el silencio y la incertidumbre de lo que vendría después.

—¡Dios mío, tenemos que salir de aquí! —grita Emma, llevándose las manos a la boca, mientras Emily contempla la escena, petrificada.

Por otro lado, Zoe no puede creer lo que está viendo. Con los ojos inyectados en sangre, llenos de rabia y ahogando un grito de dolor, se dirige hacia Michael.

Éste vuelve a retroceder, sosteniendo la pistola en su mano, incapaz de controlar sus nervios.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué le has matado? —grita Zoe, llorando, fuera de sí.

Ante el silencio del chico, y viendo que el tiempo juega en su contra, consigue romper su coraza y estalla contra él, empujándole contra la pared.

—¡Él no es un asesino, y lo has matado a sangre fría!

—¡Piénsalo fríamente! —consigue responder—. ¿Quién, si no, iba a enviarnos el mismo mensaje a todos? Han cortado la red telefónica y la red de emergencias. No hay nadie al otro lado de la llamada de socorro. No viene nadie a rescatarnos. Está claro que han *hackeado* el sistema. Y él es el único que ha podido hacerlo.

—¡Pero Jacob no recibió ese mensaje! —vuelve a gritar.

—Alguien lo borró, y tu amiguito no se separaba del teléfono ni un solo segundo. ¿Cómo sabes que, en lugar de llamar a emergencias, no estaba haciendo algo para borrarlo por control remoto?

Por unos instantes, Zoe llega a desconfiar del que fue su pareja diez años atrás. La duda se extiende entre todos los pasajeros. Nadie había intentado pedir socorro, salvo él.

Nerviosos, cogen sus teléfonos y se disponen a hacer esa llamada, esperando oír algo al otro lado de la línea. Pero Dylan tenía razón. Están incomunicados, y lo han corroborado cada uno de ellos.

La luz del ascensor comienza a parpadear, sumiéndolos en una confusión todavía mayor.

—Si tu teoría es cierta —continúa Zoe con cautela—, Dylan debería de conservar el mensaje, ¿no?

—Así es.

En ese momento, y sin previo aviso, el ascensor comienza a bajar rápidamente. El rugido metálico del mecanismo hace que el corazón de cada uno vaya todavía más rápido, mientras el descenso se vuelve frenético durante cinco eternos segundos.

Cuando finalmente se detiene en seco, el impacto es brutal. Las cinco personas son lanzadas al suelo, golpeándose entre sí. El caos se desata mientras luchan por levantarse, tratando de sortear los cadáveres con los que están atrapados.

No saben en qué planta están, ni siquiera saben a qué altura quedaron atrapados.

Zoe se acerca al cuerpo de Dylan y, evitando mirar su rostro desencajado, coge su teléfono móvil.

—Qué raro —musita.

—¿Qué ocurre? —pregunta Emily.

—Juraría que antes le he visto poner el *pin* para desbloquearlo. Ahora no me lo ha pedido.

—¡Dámelo! —le ordena Michael, mientras se lo arrebata de las manos.

Su semblante cambia por completo; un sudor frío recorre su cuerpo y el pánico le invade por dentro.

—¿Pasa algo? —vuelve a interesarse Emily.

—No hay ni rastro del mensaje. Alguien lo ha borrado, y esta vez no ha podido ser él. Dylan no es el asesino. Lo siento, Zoe.

Invadido por la culpa, deja caer la pistola al suelo sin pensar en que pueda dispararse sola.

—¡Te dije que no era un asesino! —Zoe, fuera de sí, estalla golpeando con sus puños el pecho de Michael.

Se siente culpable de la muerte de Dylan. Si no hubiera dado tantas explicaciones sobre su trabajo, quizá estaría vivo. Está claro que no puede confiar en nadie.

La desesperación se adueña de cada una de las personas que permanecen atrapadas. Acaban de presenciar un asesinato a sangre fría dentro de un ascensor. El caos, poco a poco, va dando paso al silencio, haciendo que Zoe vuelva a captar la atención de todos.

—Dylan ha muerto por su profesión. Deberíamos decir todos a qué nos dedicamos; así estamos en igualdad de condiciones y puede ayudarnos a esclarecer las dudas. Yo soy guía turístico, trabajo en una agencia de viajes.

—Yo soy abogada —dice Emma, la mujer de mediana edad.

—Yo soy psicóloga —prosigue Emily, mientras se toca el rubí de su colgante.

—Yo no trabajo, llevo un año y medio en paro tras... Bueno, no he tenido un año fácil, pero eso ya no importa. —Michael es incapaz de contener las lágrimas—. ¿Scarlett?

—Yo soy estudiante de Bellas Artes —dice sin mover ni una sola pestaña.

—Tenemos que tener la mente fría —les ordena Emma—. Aparentemente no tenemos nada en común. ¿En serio creéis que hay un asesino entre nosotros?

—La persona que está detrás de todo esto tiene que estar fuera, observándonos —apunta Michael—. Está borrando pruebas para que no le puedan relacionar con esta masacre. ¿Todavía conserváis el mensaje?

Tras comprobar que todos lo tienen, propone dejar los teléfonos en un rincón, en el suelo del ascensor, para asegurarse de que nadie los pueda manipular.

—¡Yo no voy a dejar mi móvil ahí tirado! —protesta Emily.

La mano de Scarlett se estira, ofreciendo su teléfono; parece que su alma se haya separado de su cuerpo.

—Si no tienes nada que esconder, será mejor que lo hagas —sentencia Michael, con una mirada cargada de amenazas.

Sintiéndose entre la espada y la pared, Emily, junto con Emma y Zoe, dejan sus teléfonos en el suelo.

En ese momento, la cámara del ascensor enfoca lentamente el móvil de Dylan, leyéndose perfectamente en las pantallas del exterior: «No tiene mensajes».

9

No me busques

—Carter, se ha oído otro disparo, ¿qué ha pasado?

—Compañero, tenemos otra víctima. Por lo que hemos podido oír, se trata de Dylan, un joven informático. Lo ha asesinado uno de los pasajeros a sangre fría, así que a ese se le ha terminado la libertad; en cuanto consigamos acceder al interior, nos lo llevaremos detenido. Parece ser que hay un nexo entre las personas que están atrapadas, pero no sabemos cuál es todavía. Todo apunta a una trampa: recibieron el mismo mensaje para que acudieran a la cita.

—Esto no me gusta nada, tenemos que encontrar al asesino... —duda un momento, pero decide verbalizar lo que cada vez cree más posible— y a sus cómplices, si los tiene. Esto no puede ser obra de una sola persona.

—Efectivamente, hay algo más, Smith. Alguien está manipulando todo en tiempo real; han borrado ese mensaje de los teléfonos de las víctimas. El asesino no actúa solo, e imagino que tiene que estar en contacto con su cómplice, pero diría que ninguno de ellos se está comunicando con el exterior.

—No tiene por qué. Mira nosotros, sabemos qué es lo que está pasando minuto a minuto.

—¿Quieres decir que el asesino o algún colaborador está entre nosotros? —Carter comienza a sentir miedo por primera vez.

—Verás —prosigue Smith, obviando la pregunta—, he estado hablando con el agente Moore, coordinador de la red telefónica y experto en seguridad. Me asegura que los sistemas de protección y vigilancia de este hotel se controlan desde otro edificio.

—Entonces, ¿crees que estará allí?

—No lo sé, pero si es así, ha tenido que acceder a él de alguna manera, por lo que imagino que habrá más víctimas, o rehenes, o todo esto es el inicio de un acto terrorista de mayor calado. Todavía

no sabemos dónde se ubica el edificio, pero no debería de estar muy lejos. Te avisaré en cuanto me den la información. Por cierto, ¿y los bomberos? Ya deberían estar aquí.

—Les avisé cuando lo solicitaste, no creo que tarden.

—Gracias, Carter, seguimos en contacto. Por cierto, ¿se sabe algo de la chica, esa tal Grace? —el subconsciente de Smith sigue haciendo de las suyas, intentando unir las piezas.

—Nada. Di la orden de desaparición, pero nada más.

—Continúa con el protocolo, por favor.

—Por supuesto.

—¿Qué ocurre, Stone? ¿Te encuentras bien? —pregunta el inspector al ver su cara de preocupación.

—Es solo que... no creo que debamos seguir comunicándonos por radio. Recuerda que puede que la tengamos pinchada.

—¿Y qué propones? No tenemos otra opción.

—Puede ser arriesgado.

—Lo sé, y lo asumiremos. De momento, no podemos hacer otra cosa.

Ambos quedan a la espera de nuevas noticias, mientras el agente Carter se dispone a dar una vuelta por los alrededores sin alejarse mucho de las pantallas.

La multitud poco a poco se ha desvanecido, pero todavía quedan personas que son incapaces de abandonar esta experiencia tan atroz que están viviendo.

Enseguida lo ve. Ahí está Liam, sentado en el bordillo de la acera, absorto, contemplando una de las muchas pantallas que inundan *Times Square*. Sin embargo, su mente está en otra parte. No deja de pensar en Grace.

—Liam, ¿cómo se encuentra? Soy el agente Carter, estoy llevando la investigación de la desaparición de su novia. En estos momentos no podemos hacer mucho más, ya hemos informado a las autoridades pertinentes y, como sabe, hemos dado su descripción. Solo quería saber si ha tenido noticias suyas.

—No —tiene la mirada perdida; es incapaz de mirarle a los ojos, se siente totalmente abandonado—. Como sabréis, no hay red

telefónica, y cuando conseguí llamarla nadie contestó al teléfono. Creo que se la han llevado.

—¿Por qué no la busca en sitios donde cree que podría estar? Puedo acompañarle si quiere.

Enseguida Carter se arrepiente de sus palabras; su superior Smith le necesita en este escenario. Por suerte, Liam rechaza su propuesta.

—Sí, voy a hacer eso, pero iré yo solo. Gracias de todas formas.

—Perfecto, Liam. Cualquier cosa, ya sabe dónde encontrarnos. Me temo que vamos a pasar aquí toda la noche.

—¿Se sabe algo más de lo que está ocurriendo en el ascensor? —Se interesa Liam sin querer saberlo realmente.

—De momento no sabemos nada más. Estamos esperando poder acceder al interior del hotel. Además de la gente del ascensor, dentro puede haber más de dos mil personas entre clientes y empleados.

Tras un suspiro, Liam se despide del agente, dispuesto a comenzar él mismo la búsqueda de Grace. No tener noticias de ella le está consumiendo poco a poco.

Realmente no sabe por dónde empezar. Ha recorrido varias veces la plaza y no ha tenido novedades; siempre la misma gente. Ya no pregunta, ¿para qué? Nadie la ha visto.

Al momento, se le ocurre dónde puede haber ido y se dirige corriendo hacia Rockefeller Center.

Se conocieron allí hace justo un año, en la emblemática pista de hielo. Ambos patinaban en solitario y, de un choque fortuito, surgió el amor a primera vista. Fue digno de película.

Tras llegar allí, se agacha tratando de recuperar su respiración agitada a causa de la carrera. Cuando levanta la mirada, ve que la pista está desierta. La imagen de Grace patinando en el centro de ella desaparece de su mente, pero no por ello la estampa deja de ser espectacular.

Se queda contemplando el árbol de Navidad de veintitrés metros de altura colocado justo encima de la estatua de Prometeo,

recordando cómo el pasado día tres asistieron a la ceremonia de encendido.

Tras pulsar el alcalde de la ciudad el gran botón dorado, las miles de lucecitas que lo adornan, junto con la estrella de *Swarovski*, se iluminaron simultáneamente.

El espectáculo dio comienzo con la actuación de los *Backstreet Boys*, entre otros, interpretando la clásica canción *Last Christmas*. Fue un momento mágico para ellos, y no sabe si podrá volver a vivir alguno más junto con Grace. Está claro que algo le ha ocurrido: no es normal que a estas alturas no sepa nada de ella. No puede evitar pensar que la hayan secuestrado o algo peor.

Sumergido todavía en sus pensamientos, y viendo caer los primeros copos de nieve de la noche, su mirada vuelve a clavarse en el mágico brillo de la estrella.

El árbol de Navidad, también iluminado, da un brillo especial a la atmósfera, junto con los grandes edificios que lo custodian.

Es en ese momento cuando se percata de algo. Hay luz. Está rodeado de luz y no puede evitar sonreír. Una lágrima se derrama por su mejilla mientras se hace una pregunta cargada de esperanza: «¿Habrá también línea telefónica?»

Sin perder el tiempo, con los nervios a flor de piel y sus manos temblando por el frío, saca el teléfono y se dispone a llamarla. En cambio, algo le paraliza: nota cómo su mano vibra tras un zumbido que proviene del mismo.

Tiene un mensaje. Un mensaje de un número desconocido. Un mensaje de Grace.

«Cariño, estoy bien. No me busques. No hables más con la policía. Pronto nos reuniremos. Confía en mí. Vuelve a Times Square. Grace.»

Liam no da crédito a lo que está leyendo. Son tantas las preguntas que se le vienen a la cabeza que no sabe cómo gestionarlas. En ese mismo instante marca el número de teléfono, pero la llamada se corta. El número no está disponible.

«¿Vuelve a *Times Square*? ¿Cómo sabe que no estoy allí? ¿Y cómo sabe que estoy hablando con la policía? Bueno, es lo lógico en

estos casos», se intenta convencer.

Sin embargo, por primera vez, Liam siente miedo por él. Está claro que alguien le está vigilando. Se gira sobre sí mismo, pero no hay nadie, tan solo su sombra.

«¿Y si no es ella? No puede ser ella. Tienen que haberla secuestrado y esta es la única forma que tienen para evitar que siga buscándola. Pero, ¿por qué tengo que volver allí?»

Vuelve a echar la vista a su alrededor y, sin estar muy convencido, retrocede sobre sus pasos para dirigirse a *Times Square*. Pero esta vez no lo hace corriendo. Algo le dice que tiene que ir con cautela; siente que le acechan y debe ir con pies de plomo.

La oscuridad aparece de nuevo en cuanto llega a la plaza.

Con su tez pálida y su mirada todavía confusa, es al agente Carter a quien ve primero.

—¿Se encuentra bien? ¿Ha descubierto algo?

Liam duda, no sabe qué hacer, pero finalmente se decanta por obedecer ese extraño mensaje.

—Estoy bien. Nada nuevo. Seguiré buscándola. Gracias, agente.

Tras una cordial despedida, Liam se queda embelesado, atento a la pantalla donde no deja de verse el interior de aquel traumático ascensor.

10

Algo extraño

Han pasado dos horas desde el primer disparo y el *rigor mortis* comienza a establecerse en el cuerpo de Jacob. Su piel, ya pálida y en un estado de descomposición inicial, tiene un tono amarillento.

El penetrante olor provocado por la orina derramada por los esfínteres descontrolados, mezclada con la sangre de los cadáveres y las fragancias de los perfumes de los pasajeros, invade el pequeño espacio con un hedor que daña las fosas nasales e irrita los ojos.

Dylan, que tan solo lleva media hora inerte, todavía conserva un leve rubor en su piel, como si se resistiera a la inexorable marcha hacia la muerte. El olor natural que desprende todavía recuerda a algo humano. Sin embargo, un leve cambio en la temperatura corporal y un sudor frío empiezan a filtrarse por su frente. Zoe es la primera que se percata de ello tras acercarse y cerrarle los ojos entre lágrimas, susurrando un tímido «lo siento».

El tiempo se ha detenido, pero la muerte avanza sin compasión.

Los cinco pasajeros, paralizados por la fatalidad, intercambian miradas nerviosas. La atmósfera se tensa cada vez más mientras la realidad de la muerte se vuelve insoportable. Cada uno de ellos se convierte en un prisionero de su propio terror, atrapados no solo entre los confines de un ascensor atascado, sino también en el macabro juego entre la vida y la muerte.

Una respiración más agitada de lo normal se oye por encima del murmullo, llamando la atención de todos.

Scarlett no deja de llorar. Apenas puede mantener una respiración rítmica y no quiere levantar la cabeza. Sabe lo que está sucediendo por lo que oye. Desearía no estar ahí, desearía no escuchar nada. Se tapa los oídos con ambas manos, pero no lo consigue.

—Tenemos que ayudarla —ordena Michael—. Sufre un cuadro de ansiedad y claustrofobia.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Emily, extrañada.

—Sé reconocer estos comportamientos. Yo también los he sufrido en alguna ocasión. Ayúdame a levantarla.

Scarlett se resiste, dejándose caer a peso muerto.

—Es inútil continuar con esto —protesta Emily.

Al levantarse, Michael pierde el equilibrio al resbalar con la sangre y otros residuos que cubren casi toda la superficie y, en un acto reflejo, se apoya en la espalda de Emily, sintiendo algo extraño bajo su ropa.

Ella se estremece y sus miradas se cruzan, desconfiadas. Algo no va bien entre ellos. Siguen mirándose cuando la luz parpadeante que emana del techo se apaga, dándoles un poco de tregua. La oscuridad se cierne sobre los ocupantes y Emily aprovecha para dar un paso hacia atrás. No soporta que la toquen, y menos en esa situación.

Nadie se atreve a hablar; permanecen en silencio mientras se rozan los unos a los otros, notando a su vez la sangre viscosa bajo sus zapatos. No saben quién les está tocando y eso les provoca un miedo difícil de gestionar.

La primera y única vez que hubo un apagón, un disparo terminó con la vida de uno de ellos. ¿Ocurrirá ahora lo mismo? ¿Aprovechará el asesino la oscuridad para continuar con el supuesto plan?

Es ahora cuando se empiezan a arrepentir de haber abandonado sus móviles, ya que podrían utilizar la función de linterna para tener algo de luz.

Son muchas las preguntas que se hacen mientras el resto de sentidos se agudizan ante la falta de visión.

—¿Estáis todos bien? —pregunta Emma.

—Sí —Michael está temblando. Mueve sus brazos con lentitud, tratando de encontrar sin éxito la figura de Emily para tocarla de nuevo. Tiene que volver a sentir aquello tan extraño, para asegurarse de qué puede ser o para descartarlo, si solo ha sido una imaginación suya.

Scarlett continúa acurrucada. Sus piernas comienzan a dormirse, pero no le importa. No va a moverse. Al menos ahora puede levantar la cabeza, mover el cuello y abrir los ojos sin miedo a ver aquellas atrocidades.

No es la única que permanece ahora en el suelo. Emily se ha agachado silenciosamente para que nadie pueda rozarla; sin embargo, no puede permitir que Michael la vea ahí y siga alimentando sus dudas sobre ella. Ella no es una asesina.

Espera lo más pacientemente que puede a que la luz del ascensor vuelva a parpadear poco a poco. Cuando lo hace, se levanta rápidamente entre tinieblas, apoyándose de espaldas en una de las paredes, acariciándose el rubí de su colgante.

Todos se quedan inmóviles de nuevo. Algo les llama la atención. No ha habido ningún disparo y, a pesar de que es una gran noticia, no dejan de sentir un miedo aterrador.

Desde que están encerrados, nadie ha acudido a su llamada de socorro, no hay nadie al otro lado de la alarma y, aunque los teléfonos siguen depositados en un rincón, están seguros de que todavía no hay línea telefónica. No emiten sonido alguno, ni de llamadas ni de mensajes.

—Está claro quién es el asesino, ¿no? —pregunta Michael en tono desafiante, mirando a Zoe.

—No sé a qué te refieres. Antes has dicho que no era él. No ha podido borrar su propio mensaje, no sabía que iba a morir.

—En el primer apagón murió…

—Jacob —apunta Emily, mirando su cadáver.

—Eso, el policía. Según la nota que encontramos, tras este segundo apagón tendría que haber habido otra víctima. Todo está programado. El problema, o por suerte para nosotros, es que el asesino está muerto. Estoy convencido de que el asesino era tu noviecito.

—¡No hables así de él! ¡No es un asesino! —grita, mirando el cadáver con lágrimas en los ojos y rabia en su corazón.

—Era… querrás decir.

—¡Eres un hijo de puta! Él jamás haría algo así.

—Chicos, tranquilizaos, por favor. Esto que está pasando es muy fuerte, pero no ganamos nada poniéndonos así.

Emma sabe cómo mantener la calma en estos momentos. En su carrera como abogada ha presenciado muchas tensiones y está preparada para gestionar momentos de nerviosismo y tensión emocional, aun cuando su vida corre verdadero peligro.

—Michael —vuelve a retomar Emma—, esa es tu teoría. Pero, ¿y si no hay ningún asesino? ¿En serio crees que una de nosotras va a tener las agallas para matar así a un hombre? Mira a Scarlett: apenas puede respirar. Zoe está abatida. ¿Acabas de matar a su amigo y te preguntas quién es el asesino? Y Emily…

—Emily oculta algo —interrumpe, con la mirada llena de odio.

—¡Por el amor de Dios! ¿En serio, Michael? ¡Aquí el único asesino que hay eres tú! Mataste al pobre chico solo por ser informático. ¿Te has mirado al espejo? ¡Pareces un drogadicto, por favor, mira las pintas que llevas! ¿Te matamos a ti por eso? —escupe Emily, desviando la mirada hacia Zoe.

Cada vez que observa el cuerpo sin vida de Dylan, un nudo comienza a formarse en el estómago de Zoe. Llevaban varios años sin verse, y el encuentro en aquel ascensor fue una chispa de alegría para ella. Un amor que no empezó de la mejor manera y que terminó tras la culpa que invadía a Dylan. Pero ella seguía enamorada de él durante estos años.

Poco a poco, ese nudo se va transformando en rabia, en impotencia, en asco hacia esa persona que ha terminado con su vida y que ahora se encuentra frente a ella.

«Es fácil, solo tengo que coger la pistola y disparar».

—¡Cuidado! —grita Zoe mientras se tira al suelo, creando un instante de confusión.

Cuando se levanta, ya con la pistola en una mano, apunta al pecho de Michael y se da cuenta de que no se trata solo de disparar.

La mano le tiembla. Los ojos del chico desprenden temor. Nadie se mueve.

—¡No lo hagas! —le ordena Emma—. ¿Quieres convertirte en una asesina como él?

Emily y ella la miran perplejas. No pueden creerse lo que está a punto de hacer.

—¡Si no lo hago, acabará matándonos a todas!

—Por favor, te lo suplico. Siento mucho todo lo que he hecho y lo pagaré cuando salga de aquí. Pero, por favor, no me dispares. Por favor, Zoe, a él no le gustaría…

—¡Ni se te ocurra nombrarle! ¡Jamás vas a salir de aquí! ¡Eres un asesino!

Intenta sujetar la pistola con ambas manos, pero es incapaz de hacerlo con firmeza. Sus dedos tiemblan y se tensan hasta provocarle dolor, deseando apretar el gatillo mientras no deja de apuntarle.

Michael, consciente del peligro, levanta las manos en señal de rendición.

Ella respira hondo, pero lo único que siente es un nudo en el estómago y la presión de una decisión que podría cambiarlo todo. La vida y la muerte se encuentran cara a cara, y el temblor de sus manos es un reflejo de la lucha entre el deseo de protegerse y de no cruzar la delgada línea de matar.

En ese momento, Scarlett se levanta, dejando a todos petrificados, mientras un grito ahogado sale de su garganta.

—¡Parad, por favor! ¡Dejadlo ya!

Comienza a golpear las puertas del ascensor a la vez que sigue soltando por su boca toda la rabia que lleva acumulada.

—¡Por favor! ¡Ayuda! ¡Que alguien nos saque de aquí! ¡Ayuda!

El grito de Scarlett se desvanece tras perder el conocimiento. Por suerte, Emma, que está a su lado, puede sujetarla y la deja caer lentamente en el suelo.

Aprovechando ese momento de tregua y, sin pensárselo dos veces, Zoe aprieta el gatillo, atravesando el pecho de Michael.

Un fuerte disparo vuelve a resonar a través de las muchas pantallas que aprovisionan de luz a *Times Square*.

11

Entre ellos

La multitud, atrapada entre la fascinación y el horror, observa las pantallas con los ojos muy abiertos, algunos con las manos pegadas a las mejillas.

Una mujer se lleva la mano al pecho; su expresión es una mezcla de temor y pena. A su lado, un grupo de adolescentes sostiene sus teléfonos, transmitiendo en vivo su reacción, mientras la alegría y la emoción iniciales se desvanecen lentamente.

Más allá, una pareja mantiene sus manos entrelazadas; la mujer muestra una expresión de angustia. Su compañero la mira fijamente, intentando ofrecerle consuelo, mientras sus propias cejas se arquean, indicando su profunda inquietud ante lo que está ocurriendo.

Las pantallas iluminan el rostro de Michael al borde de la muerte, emitiendo un gorgoteo entrecortado. Una mezcla de aire y sangre lucha por escapar de sus frágiles labios.

Cada exhalación es un quejido ahogado, una súplica silenciosa que parece pedir perdón y ayuda a la vez. Los latidos de su corazón, cada vez más débiles, son acompañados por un susurro quebrado. Las mujeres le miran con diferentes estados de ánimo, pero son incapaces de auxiliarle.

En la calle, las sirenas de policía resuenan por encima del murmullo. Han acordonado la zona, pero la gente y los medios de comunicación, cada vez más numerosos, no dejan de entrar y salir. Es imposible controlar todo ese caos, a pesar de la orden del comisionado de desalojar la zona ante la posibilidad de que sea el inicio de un ataque terrorista a gran escala.

El agente Carter acude al puesto de control para informar a su compañero de la situación.

—Smith, ¿me recibes?

—Carter, te estaba esperando. Me ha parecido oír otro disparo, ¿puede ser? Desde aquí no podemos ver nada.

—Así es. Tenemos otra víctima. Se trata de un chico de unos treinta años, con un aspecto, digamos… peculiar. Fue él quien mató a Dylan.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Una de las chicas lo ha matado.

—¡Joder! ¿Se han vuelto locos? ¿Se están matando entre ellos?

—Eso parece, Smith. Tenemos que saber si tienen alguna relación. ¿Sabemos algo de Dylan, la anterior víctima?

—No. Tan solo contamos con su nombre y con que era informático. Nadie ha denunciado su desaparición. Lo curioso es que tampoco nadie ha preguntado por Jacob, nuestro compañero.

—Yo creo que hoy, donde la gente está de celebración, y viendo que no hay red telefónica, no se habrán extrañado si no pueden contactar con algún familiar. Además, aunque no fuera así, siempre se saturan las líneas en una noche como esta.

—Puede ser, Carter, pero no me da buena espina. Las cosas aquí en el hotel siguen igual: no hay ningún movimiento ni se escucha nada.

—¿Te ha dicho algo el agente Moore sobre el centro de seguridad?

—Todavía no. Estoy empezando a desesperarme. Tenemos muchos frentes abiertos y no avanzamos con ninguno.

—Ánimo, Smith, no podemos bajar la guardia. Lo conseguiremos. Avísame si tienes noticias nuevas. Por cierto, parece que el novio de Grace, la chica desaparecida, ha accedido a buscarla por su cuenta hasta que esto se solucione.

—Es lo normal. Seguro que es una falsa alarma y la chica se ha perdido o marchado con otro, a saber…

—Por cierto, se me olvidaba: acabo de enviaros a un agente con los planos del hotel, aunque los bomberos seguro que ya los tienen y estarán estudiándolos durante el trayecto —indica Carter, mientras ve cómo decenas de periodistas siguen llegando a la zona.

Tenían órdenes expresas de no acudir, pero, viendo la magnitud de lo acontecido, no querían quedarse al margen. Sortearían ese problema de desacato cuando todo pasase.

Liam se fija en un grupo donde hay varias cámaras, fotógrafos y periodistas hablando por sus micrófonos, y corre hacia ellos sintiendo una última esperanza.

—Hola, soy Liam Patel, vengo a denunciar…

De repente, las supuestas palabras de Grace resuenan en su cabeza: «No me busques».

Aturdido, comienza a andar hacia atrás, dejando a los periodistas confundidos y con la palabra en la boca. Las cámaras le enfocan y algunos le siguen micrófono en mano, intentando arrancarle algún comentario, pero consigue evitarlos, escabulléndose entre la multitud, que se acerca a las cámaras buscando protagonismo.

Desbloquea su móvil y lo mira durante unos segundos, esperando un nuevo mensaje que no llega. Decide llamarla otra vez, pero la señal sigue siendo inexistente. Intenta escribirle, pero el envío ni siquiera sale de su teléfono.

Continúa caminando entre la multitud. Se siente tan mareado por ver tantas brutalidades en la pantalla que no es capaz de tomar una decisión, al menos no la correcta.

¿Qué puede hacer? Se encuentra ante una situación angustiosa. Los policías no hacen nada por él; obviamente, el suceso del ascensor ha eclipsado su búsqueda.

«¿Debo dejar de buscarla? No puedo quedarme de brazos cruzados. ¿Y si, buscándola, la pongo en peligro?»

Liam no puede dejar de darle vueltas a ese mensaje que recibió hace apenas treinta minutos. Vuelve a coger el móvil para releerlo y buscar alguna pista, pero su cuerpo se tensa al ver que ha desaparecido. Mira en los mensajes de texto, en los mensajes de WhatsApp y en el correo. Ya no recuerda de qué manera lo recibió. No hay ni rastro de él, y lo peor de todo es que no tiene ninguna prueba.

«Se acabó. No voy a dejar intimidarme por esto. Tengo que encontrarla, cueste lo que cueste.»

—¡Smith, los malditos periodistas no dejan de exigir declaraciones! ¡Están por todas partes, acosan a nuestros agentes e intentan acceder a nuestra carpa! —grita Carter por el intercomunicador.

—¡Maldita sea, lo que nos faltaba! Por favor, que algún jefazo hable con ellos y que no se entrometan. No queremos filtraciones.

—Un momento, hay movimiento en la carpa. Ahora te informo.

Smith resopla mirando a Stone. No le gusta nada que le dejen con la palabra en la boca. Al cabo de unos minutos, Carter vuelve con nuevas noticias.

—Acaba de llegar el jefe de la división de antiterrorismo. Te lo paso.

—Inspector Smith, soy el agente Adams. Tus compañeros me han puesto en situación, pero necesito hablar contigo para saber cuánto podemos abarcar desde aquí.

—Adams, esto es un caos —se limita a decir Smith, cortante y sin ocultar su irritación, sabiendo que quien está al otro lado del transmisor es un incompetente con el que ha tenido más que palabras en alguna ocasión.

—La realidad es que esto es más grande de lo que pensábamos, y no puedes manejarlo tú solo —responde Adams, con su habilidad para hurgar en la herida.

—No se trata de manejarlo solo. Se trata de tener un plan. Y eso es lo que necesito que hagas: un plan de actuación. Estamos hablando de vidas en peligro.

—Si hubieras reforzado más la seguridad, tal vez no estaríamos en esta situación —Adams sigue con sus provocaciones; desde que llegó al cargo, no han hecho buenas migas entre ellos.

—¡No voy a permitir que pongas en duda mi trabajo ni que un chupatintas me diga cómo debo actuar en mi campo! —recrimina Smith, desatado.

—Es fácil hablar cuando no tienes el peso de una crisis sobre tus hombros. Pero aquí estamos, y lo que importa es que necesitamos trabajar juntos.

Smith suspira. No ve otra salida.

—Juntos, sí. Pero eso significa que tú y tu equipo debéis confiar en lo que hago. No voy a dejar que tu falta de acción comprometa más la seguridad de este evento.

—Y yo no voy a permitir que tu arrogancia nos lleve a una tragedia mayor. Así que, ¿qué vamos a hacer?

—Primero, tenemos que estabilizar la situación. Luego, buscaremos al responsable. Pero si seguimos discutiendo, solo les estaremos dando más ventaja —dice Smith, dando su brazo a torcer.

—De acuerdo —asiente Adams—. Pero recuerda que cada segundo cuenta. No quiero que esta sea la última vez que trabajemos juntos —argumenta con tono conciliador.

—Bien. Entonces, empecemos a hacer lo que sabemos hacer y dejemos los egos a un lado. ¿Sigo con la investigación junto con Carter y Stone?

—Está bien. Yo seguiré en la carpa trazando el plan y preparando a mi equipo por si tuviéramos que actuar. Adiós, Smith.

12

Life 360

La mente de Liam viaja hasta *Serendipity 3*, una de las cafeterías más encantadoras de Nueva York y el lugar donde Grace y él tuvieron su primera cita tras el *choque* en la pista de hielo.

Pidieron el famoso *Frozen Hot Chocolate*, un exquisito batido. Compartieron risas y confidencias, y no dudaron en comenzar una relación más allá de la amistad.

Piensa en ir allí y buscarla, pero enseguida se da cuenta de que, a estas horas, estará cerrada, por lo que se decanta por ir hasta Central Park, uno de los parques que los vio crecer como pareja.

Abandona la zona acordonada sin ningún problema y comienza a recorrer los mil metros que lo separan de ese lugar. No deja de mirar a ambos lados, viendo a Grace por todas partes y en ninguna a la vez. Se está volviendo loco.

«¿Por qué ha desaparecido? No me di cuenta, no gritó, no pidió auxilio. No han podido llevársela. Ha tenido que irse ella, pero ¿por qué lo haría?»

Las ideas en la mente de Liam se contradicen continuamente, y la única forma de saber la verdad es encontrándola.

La luz vuelve a reinar de nuevo. Ya ha llegado, y el parque está iluminado por sus habituales farolas y luces navideñas. Nunca ha estado allí a estas horas, y no hay ni una sola alma.

Camina despacio sobre el manto de nieve que cubre el suelo; se respira paz y tranquilidad, nada que ver con lo que está sucediendo manzanas atrás. El silencio comienza a agobiarle; llega a ser incluso aterrador. Se siente minúsculo ante ese imponente paisaje.

La brisa helada de la última noche del año le cala los huesos, pero es el vacío del parque lo que realmente le hace temblar. No hay

risas, no hay música, solo un siniestro silencio que acompaña el crujir de sus pasos sobre la nieve.

La angustia lo atenaza, y un nudo en su estómago crece con cada segundo que pasa sin encontrarla. Siente un miedo paralizante que lo invita a retroceder y a rendirse, pero el amor que siente por Grace lo empuja hacia adelante, obligándolo a explorar las sombras que se extienden bajo los árboles.

—¡Grace! —grita. Su voz, desgarrada, busca penetrar en la noche helada. Está atrapado en un ciclo aterrador de pensamientos e imágenes de lo que podría haberle sucedido. La idea de perderla lo está carcomiendo por dentro.

El Reloj de Ángel de Medianoche suena a lo lejos; son las tres de la mañana de un nuevo año. Su corazón se hunde al darse cuenta de que, sin Grace, el nuevo año no significaría nada. Dando un paso más, se gira bruscamente al oír un ruido detrás de él.

—¡Grace! —pero no hay respuesta.

El silencio es abrumador. Sus sentidos están en alerta máxima; cada sombra parece cobrar vida, cada crujido anuncia una amenaza. Pero, en su interior, la esperanza sigue brillando, tenue pero presente.

—Te encontraré —susurra al aire. No está dispuesto a dejar que el miedo lo venza. Tiene que luchar, por ella, por ellos.

En ese momento, siente una ligera vibración que sale de su bolsillo. Paralizado, coge el teléfono móvil y observa que está iluminado. Tiene un mensaje. Un mensaje de Grace.

Abandona Central Park. Necesito que confíes en mí. Todo saldrá bien. Pronto nos reuniremos. Vuelve a Times Square. Grace.

«¿Qué cojones…?»

Sin dudarlo, hace una captura de pantalla para no perder esa pista. Es muy extraño que el otro mensaje haya sido borrado, pero no puede correr el riesgo de que eso vuelva a suceder.

De nuevo, muchas preguntas revolotean por su cabeza mientras no deja de navegar por su teléfono.

«¿Cómo sabe que estoy aquí? ¿Me está siguiendo? ¿Y si no es ella?»

Su pulgar se detiene en una aplicación que nunca antes había visto. Liam odia la tecnología y solo la usa para llamar y enviar *WhatsApp*; apenas tiene nada instalado.

Un icono con una espiral blanca cerrada sobre un fondo morado le llama especialmente la atención. No duda en abrirla. Un mapa y un pequeño punto verde parpadean en tiempo real, mientras que la palabra *Seguimiento* se le viene a la mente como un destello de advertencia.

«No puede ser».

A medida que la realidad se abre ante él, explorando esa *app*, una ola de incredulidad se mezcla con la certeza de que no puede permitir que eso continúe.

«¡No, no, no!» —se dice a sí mismo, sintiendo el pulso de su corazón acelerarse—.

La necesidad de deshacerse de aquel dispositivo se apodera de su mente. Está furioso, quiere lanzarlo al suelo y romperlo en mil pedazos, pero la razón lo detiene. Si realmente hay alguien detrás de él, si alguien puede verlo y lo están utilizando para alguna maquinación, destrozar el teléfono podría ser su final.

Decide navegar hacia la configuración de la aplicación y, con su dedo agitado, pasa sobre el botón de desinstalación. La locura de sentirse vigilado se está adueñando de él, y, aunque el terror se cierne sobre su cabeza como un manto oscuro, encuentra la fuerza para presionar *Desinstalar*.

Con un grito de desahogo hacia el cielo, Liam descarga toda la frustración y rabia que tiene acumulada en su interior, dando lugar a una nueva duda.

«¿Debo seguir buscando a Grace?»

13

Nuevas teorías

—Carter, ¿me recibe?

—Sí, Smith. ¿Alguna novedad en el hotel?

—Todo sigue igual, no hemos detectado ni el menor movimiento. Hemos localizado las puertas de emergencia y la de servicio, pero también están bloqueadas. Los bomberos han avisado que están al llegar. De los *SWAT* no tenemos noticias; tal vez sigan dándole vueltas a algún plan o estén paralizados por la burocracia y el estúpido de Adams. Escucha, Carter, acaba de contactarme el agente Moore para confirmarnos que el centro de seguridad del hotel se ubica a tan solo dos kilómetros de aquí. Estamos yendo hacia allí. He dejado a Miller y Brown en el hotel para que nos cubran y expliquen a los bomberos cómo está la cosa —informa Smith con algo de fatiga, por el cansancio acumulado y el esfuerzo de llegar cuanto antes al centro de seguridad—. Por favor, no pierdas detalle de lo que ocurre en el ascensor. Si alguien está hackeando la seguridad, debería verse afectada con nuestra intervención.

—Smith —interrumpe Carter—, he estado revisando antes las notas que he tomado y recordando lo sucedido. Tengo otra teoría.

—Te escucho.

—¿Y si no hay ningún asesino?

—¿Qué quieres decir, Carter? Han matado a tres personas.

—Realmente han matado a dos por el instinto de supervivencia, pero la muerte desencadenante de todo esto, la del agente Jacob, no la hemos visto. Ha aparecido muerto ante las cámaras, con un disparo en la sien. Se veía perfectamente. ¿Y si se ha suicidado? ¿Y si fue él quien escribió esa nota y nadie de los pasajeros está conectado?

—¿Estás diciendo que Jacob tenía un perfil suicida y fingió este juego para… qué? No tiene sentido.

—No lo sé, Smith, pero vuelvo a decir que es la única muerte que no hemos visto. Son las dos teorías que tenemos: o se ha suicidado o lo han matado desde dentro del ascensor. En ese caso, el asesino no puede actuar solo. Esos apagones y esos descensos solo pueden estar manejados desde el centro de seguridad.

—Escúchame, Carter, ya hemos llegado. Por favor, estudia cada una de las teorías, por absurda que te parezca, y no pierdas ni un segundo de vista las pantallas. Si ves algo raro o consigues contactar con alguien del hotel que sepa algo, llámame de inmediato.

—Así lo haré. Adiós, Smith, adiós, Stone.

El centro de seguridad se ubica en otro de los rascacielos de la ciudad. Al acercarse a la puerta, esta se abre de manera automática, lo que les parece extraño al tratarse de seguridad.

—Buenas noches. Somos agentes de policía: inspector Smith y mi subordinado, el agente Stone —se dirige el primero, mostrando la identificación al hombre que aguarda tras un mostrador—. ¿Usted es?

—Buenas noches. Soy Gabriel Wilson. ¿Sucede algo?

—Esperaba que usted nos lo dijera.

—No le comprendo, inspector.

Es Smith quien lleva la voz cantante del caso.

—¿No se ha enterado? Está ocurriendo algo en el hotel Riu Plaza Manhattan. Parece que han hackeado la seguridad del hotel. No puedo decirle mucho más. ¿No ha notado nada extraño?

—La verdad es que esta noche del año suele ser muy tranquila, pero ahora que lo dice...

Gabriel se queda pensando unos minutos.

—Un hombre ha venido hace unas horas alegando que tenía que revisar unos sistemas de seguridad. Se me hizo raro porque nunca le había visto por aquí.

—¿No tiene usted contacto con el hotel?

—No, tan solo con las personas que trabajan aquí. Son varias, pero las tengo localizadas.

—¿Los ha visto salir de aquí?

—No. En este turno hay cuatro personas y no ha salido nadie.

—¿Logró ver cómo se llamaba el hombre que entró?

—Se identificó con la tarjeta del hotel haciendo un movimiento rápido, pero pasó el torno y la identificación por huella sin incidentes. Esas tarjetas, por seguridad, no llevan fotografía, pero me dio tiempo a leer el nombre y el puesto de trabajo. Tengo memoria fotográfica. Logan Reed, jefe de seguridad del hotel, decía.

El interrogatorio va demasiado rápido, mientras Stone no deja de observar a Gabriel, un hombre alto y musculado, de anchas espaldas.

—Gracias, Gabriel. ¿En qué planta se encuentra la seguridad del hotel?

—Planta cuarenta y cuatro, señor. Necesitará una clave para poder acceder, pero sin una orden de...

—Agente Moore —interrumpe Smith, sin perder ni un minuto—, por favor, consígueme cuanto antes una orden de registro para el centro de seguridad.

—Enseguida, Smith.

A los pocos minutos, que los agentes aprovechan para consultar la ficha policial del tal Logan Reed, sin encontrar nada llamativo, y tras solicitar que le investiguen más a fondo en la central, un sonido en el móvil les avisa de un correo electrónico.

—Aquí la tiene, Gabriel.

Tras leerla detenidamente, no duda en colaborar.

—Gracias. La clave es 281720. Todo vuestro.

—Por favor, avísenos si ve algo extraño.

Cuando los agentes se disponen a coger el ascensor, Stone se detiene frente a su compañero.

—No estarás insinuando subir por las escaleras, ¿no?

—No es eso, Smith. Aunque, ahora que lo dices... Creo que me he traumatizado de por vida. Me he quedado parado un momento porque no tenemos foto del jefe de seguridad y desconocemos su aspecto.

—Tienes razón. ¡Disculpe, Gabriel! —grita mientras se acerca de nuevo al mostrador, haciendo que este se sobresalte—. ¿Podría describirnos cómo era el hombre que entró o enseñarnos las imágenes de seguridad?

—Sí… claro —dice mientras busca en las imágenes el minuto exacto en el que se ve—. Aquí lo tienen. Aparenta unos cuarenta años, demasiado canoso para su edad, complexión fuerte y con ojos verdes.

—Gracias, Gabriel —contesta mientras fotografía la imagen del terminal para compartirla con Carter—. Ya sabemos quién está aquí dentro —se dirige a Stone—, pero ¿por qué el jefe de seguridad de un hotel como este haría una cosa así? Está claro que está ayudando a alguien o... —vacila un instante, en el que casi se puede escuchar trabajar a su cerebro— está siendo chantajeado por…

—El asesino —dice Stone rápidamente, terminando la frase de su superior.

—Correcto.

Con miradas de desconfianza e incluso algo de temor, entran al ascensor para subir las cuarenta y cuatro plantas que les acercan un poquito más a la verdad.

—Smith, no había nadie en el hall del hotel. ¿Cómo es eso?

—Si controlan todos los sistemas, como parece, han podido usar cloroformo u otra sustancia similar a través de los conductos de ventilación. Si no conseguimos acceder pronto, en cuanto amanezca, el hotel puede convertirse en un matadero. La radiación ultravioleta de la luz solar hace que el cloroformo y el oxígeno del ambiente reaccionen, formando fosgeno, que es muy tóxico y peligroso, sobre todo en espacios cerrados.

—¿Tú crees? ¿Y no se defendieron ante el ataque?

—No fue un ataque como tal. ¿Quieres saber mi teoría?

—Por supuesto, Smith. Sería un placer.

Smith es un agente veterano que se ha enfrentado a demasiadas cosas en su carrera como inspector jefe del distrito de Manhattan. Sin embargo, Stone tan solo lleva seis meses en el cuerpo de seguridad. Es esa juventud la que le hace mirar a su superior con una gran admiración.

—Verás, Stone —le dice, poniéndole una mano en el hombro—, este hombre conoce perfectamente todos los recovecos del hotel. Ahora estoy más convencido de que el supuesto asesino está dentro del ascensor y está cooperando con él. Entró a cualquier estancia del hotel y roció cloroformo por los conductos de ventilación. Todos, menos los del ascensor. Seguramente en las habitaciones también habrá gente dormida. Si estoy en lo cierto, ha tenido que estudiar la seguridad de este hotel a conciencia.

—¿Cuánto dura el efecto?

—Depende de las personas. Pueden ser minutos u horas. Puede incluso que lo estén propagando de forma intermitente, según cómo vea el panorama. ¿Qué estás pensando, Stone? —le pregunta al ver su semblante.

—Puede ser que el hotel esté vacío. En nuestra inspección intentando encontrar algún acceso, no hemos visto a nadie. Parece que esta persona tiene mucho poder; ha podido manipular las reservas.

—Buena teoría. Ojalá tengas razón. Pero, sea cual sea, el asesino y esta persona están conectados. Desde aquí controla todo el hotel: las habitaciones, el ascensor... y seguramente sea también quien está enviando las imágenes de las cámaras a las pantallas de *Times Square*, aunque no podemos descartar la colaboración de más personas, ni que este movimiento sea una distracción para algo peor.

—Entonces… ¿el asesino no sabe nada de lo que está haciendo desde aquí?

—Solo puede confiar en él, salvo que tengan un sistema de comunicación muy avanzado, porque el bloqueo es total. ¿Estás preparado para intervenir? —pregunta Smith cuando las puertas del ascensor se abren.

—Sí, entremos —contesta Stone sin estar realmente preparado.

14

Centro de seguridad

Al salir, una gran puerta blindada de acero inoxidable les da la bienvenida. A su derecha, un cajetín para introducir la clave.

Con los nervios a flor de piel, Smith se dispone a teclear la clave numérica 281720. Un mensaje aparece en la pequeña pantalla: *Puerta bloqueada.*

—Qué raro… ¿nos la habrá jugado el cachitas de abajo? Ya no me fío de nadie.

—¡No jodas, Smith! ¿Has puesto bien la clave?

—¡Que sí, joder! Mira.

Tras poner nuevamente la clave, se dan cuenta de que un pilotito verde se enciende justo antes de aparecer el mensaje.

—Tengo una idea —propone Stone—. Probemos con otra combinación al azar, a ver si ocurre lo mismo.

Es Smith quien vuelve a poner otra clave: 384746. *Puerta bloqueada*. Pero algo distinto aparece esta vez: un piloto rojo que hace saltar una fuerte alarma.

—¿Qué hacemos, Smith? ¡Nos van a descubrir!

—¡Cállate, Stone! ¡Me estás poniendo muy nervioso! Por favor, introduce la clave que nos dio el chico: 281720. Piloto verde. *Puerta bloqueada*. La alarma se ha parado.

Ambos respiran aliviados dentro del susto que han tenido.

—Está claro que la clave de acceso que nos ha facilitado es la correcta, pero la persona que hay aquí dentro también ha hackeado esto.

—¿Cómo vamos a entrar? —pregunta Stone, desesperado—. No creo que esta puerta se pueda abrir tan fácil, está cerrada herméticamente.

—Me estoy cansando ya de tantos jueguecitos.

Sin dudarlo, y siendo presa de sus impulsos por primera vez, Smith dispara dos veces en la redonda manivela de la puerta, haciendo así que Stone se agache rápidamente ante esa inesperada reacción de su compañero.

—Es hora de solicitar la ayuda de los *SWAT*. Esto nos viene demasiado grande, y no podemos esperar las órdenes de Adams. Me da igual saltarme la cadena de mando.

El inspector se pone en contacto con el comisionado para que los envíen al centro de seguridad. Tras unos tensos minutos de conversación, solo les queda esperar.

—Esto nos llevará tiempo —protesta por primera vez Stone.

—Lo sé, pero has visto que no podemos hacer nada más. A veces lo mejor, aunque no queramos, es delegar en otros —le sonríe mientras posa la mano en su hombro—. No todo está bajo nuestro control.

Al cabo de unos minutos, los *SWAT* irrumpen en el centro ante la atónita mirada de Gabriel y, sin dar ninguna explicación, suben hasta la planta cuarenta y cuatro para reunirse con los agentes.

El líder del equipo se acerca a la puerta dando indicaciones a sus compañeros.

—Necesitamos entrar rápido y limpio. No sabemos qué tipo de resistencia encontraremos —su voz suena firme y neutra, muy profesional.

Stone y Smith se miran con complicidad. Ambos saben que dependen de ellos.

Tras la señal de su jefe, uno de los especialistas en explosivos se acerca con una bolsa de carga. La tensión aumenta mientras el resto del equipo se posiciona cubriendo el perímetro. Con manos firmes y concentradas, coloca la carga en la bisagra de la puerta.

—¡En posición! —dice retrocediendo rápidamente—. ¡Tres, dos, uno!

Una explosión ensordecedora resuena y la puerta blindada se sacude violentamente, abriéndose de golpe. El polvo y los escombros vuelan por los aires mientras el equipo *SWAT*, junto con Smith y Stone, avanza armado y listo para la acción.

—¡Alto! ¡Deténgase y levante las manos! —ordena Smith mientras observan la gran sala en la que se encuentran.

Ahí está él, sentado de espaldas y sin inmutarse. Los cascos de aislamiento que lleva han impedido que escuchase el estruendo. Sigue inmerso en la tarea, con sus dedos danzando sobre el teclado de la computadora como si tocaran una melodía secreta. La luz de la pantalla ilumina su rostro sudoroso, mientras cada línea de código lo acerca más a su objetivo.

El silencio invade la habitación; tan solo se escucha su respiración agitada y el golpeteo de sus dedos en cada una de las teclas.

En la mesa de control se extienden filas de monitores de alta definición, cada uno mostrando una toma en vivo de las distintas cámaras dispuestas por el hotel. Algunas imágenes son nítidas y bien iluminadas, mientras que otras, más tenues, ofrecen figuras distorsionadas.

Una de las pantallas retransmite lo que está sucediendo ahora mismo en el ascensor, nada preocupante dadas las circunstancias.

El resto muestra diferentes estancias del hotel. El hall está completamente vacío, tal y como ellos lo vieron por última vez. En los pasillos tampoco hay nadie.

«¿Qué habrá hecho con la gente?»

La fila de atrás de los monitores les lleva a observar algunas de las habitaciones: todas están vacías. Parece que Stone tenía razón; decidió no alojar a nadie en esta fatídica noche.

Stone le da un codazo a Smith y le señala una con mala definición, pero no la suficiente como para impedir vislumbrar varios cuerpos tendidos en el suelo detrás del mostrador.

—Esto no me gusta nada, Smith. Este hombre parece de hielo —susurra Stone, con miedo de ser escuchado por Logan—. Ni siquiera nos ha visto.

—Shhhh. Mira —le indica Smith, señalando un pequeño espejo que hay en la mesa—. Nos está viendo en todo momento. Por favor, intenta contactar con Seguridad Nacional. No podemos esperar las órdenes de Adams —le dice en un tono casi inaudible.

—De acuerdo, jefe.

Los agentes avanzan con cautela hacia Logan, que parece ajeno a lo que está ocurriendo tras sus espaldas. Sin embargo, sabe que no tiene tiempo para mucho más. Tan solo puede pulsar aquel botón rojo en el centro de mandos, el cual desatará más caos dentro del ascensor en cuestión de minutos. Pero tiene que ponerle en sobreaviso.

El silencio se rompe con las interferencias del transmisor.

—Smith…

—Ahora no, Carter —le corta su superior.

—De acuerdo —fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que se cortara la comunicación.

15

La alarma

Scarlett continúa en el suelo. Su respiración es lenta. Afortunadamente, no ha perdido la consciencia y, poco a poco, vuelve en sí, suplicando un poco de agua.

Ninguna de las chicas puede ofrecérsela: llevan más de cuatro horas encerradas sin agua ni comida. El frío se ha convertido en un calor asfixiante, y el olor de los cadáveres cada vez es más nauseabundo.

—Michael… —suspira.

—Está muerto. Lo he matado yo.

La mirada de Zoe no manifiesta ningún arrepentimiento; se muestra fría, como si sus manos no hubiesen disparado aquella pistola.

—Pero él… él me ayudó…

—Él mató a Dylan, no lo olvides.

De repente, uno de los móviles se ilumina.

—¡El mensaje! —exclama Zoe, entre aliviada y asustada.

Sin dudarlo, lo coge y comprueba que el mensaje que las llevó hasta esta trampa mortal ha sido borrado del teléfono de Michael. Viendo todavía la pantalla iluminada, intenta sin éxito llamar a la policía. Siguen sin línea.

—Tenemos que hacer algo para salir de aquí. No podremos aguantar mucho más —les dice Emma, tratando de mantener la calma.

Sus miradas se cruzan y consiguen encontrar algo de paz entre ellas. Emily se dispone a recolocar los cadáveres cuando un grito la sobresalta.

—¡No! ¡No los toques! ¡Dejarás tus huellas! Solo Michael los ha tocado, y ahora está muerto. Será mejor que todo se quede así. No

podemos permitir que nos incriminen cuando consigamos salir de aquí. Si es que alguien viene a ayudarnos —grita, mientras su afilada mente de abogada no deja de buscar posibles soluciones legales, si consiguen salir de ahí con vida.

Emma está desesperada.

—Tienes razón, aunque a estas alturas ya nada importa —contesta Emily, con resignación.

—¿Habrá muerto el verdadero asesino? —pregunta Scarlett, levantando poco a poco la cabeza. Es la primera vez que interactúa voluntaria y conscientemente desde que quedaron atrapadas en el ascensor.

—Realmente no lo sabemos. Zoe es la última que ha matado —apunta Emily, con mirada desconfiada—. Solo nos queda esperar.

Como pueden, las chicas consiguen encontrar un momento de calma. Se han agachado una al lado de otra y sus manos se entrelazan. Todas, menos Emily, que ha optado por quedarse enfrente de ellas. Después de lo que pasó con Michael, no puede permitir que nadie la roce. Es superior a ella.

En completo silencio, son sus miradas las que hablan. Se prometen paz, pero, a su vez, no dejan de desconfiar las unas de las otras.

Todas van cerrando los ojos poco a poco, tratando de evadirse de la cruel realidad, mientras el sentido del olfato les recuerda que están más cerca de la muerte que de seguir con vida.

El ascensor comienza a tambalearse cuando, de repente, la alarma chirriante, con un timbre agudo y penetrante, comienza a sonar, resultando insoportable. Un tono desesperante que ha conseguido cortar el tan ansiado silencio, haciéndoles ver, una vez más, que siguen atrapadas.

Las chicas se cubren las orejas con ambas manos; el sonido es irritante, insoportable. Les van a estallar los oídos.

Emily se queda paralizada. Emma intenta decir algo, pero es imposible. Todas prueban a alzar la voz por encima del estruendo, pero no se oyen entre ellas. Tan solo consiguen ver cómo sus labios se mueven, deseando poder comunicarse.

Cada pitido de la alarma es un recordatorio del tiempo que les queda. El destino de las cuatro desconocidas no es coincidencia: es parte de un juego al que le queda mucho por terminar. *La verdadera batalla entre la vida y la muerte*.

La alarma se ha detenido. Una de las chicas, intentando ocultar su nerviosismo, comienza a mirar hacia arriba, de un lado a otro. Parece estar buscando algo… o más bien, pidiendo algo.

Su corazón late desbocado, mientras el resto la imita, mirando también hacia arriba en un acto reflejo.

Sabe que este instante es decisivo. Algo no va bien ahí fuera, y esto no formaba parte del plan. *«¿Por qué ahora? ¿Qué está pasando?»* Ahora es cuando realmente está en peligro.

Disimulando cualquier gesto que pudiera delatar su verdadera intención, vuelve a mirar hacia arriba, a la vez que su mente no deja de repasar el plan.

Se pregunta si su cómplice estará a salvo. El inoportuno sonido de la alarma parecía apostar lo contrario.

La policía ya habrá cercado el hotel, y si no logra llevar a cabo su plan, nada de lo trabajado durante meses habrá servido de nada.

La adrenalina corre por sus venas, esperando un apagón que no llega.

No puede hacerlo sola. *La necesita*. *Necesita la oscuridad*.

16

La detención

—¡Logan! Hemos venido a detenerle, sabemos que ha hackeado la red de seguridad del *Hotel Riu Manhattan* de Nueva York. Necesitamos que la restablezca lo antes posible y coopere con nosotros —grita Smith mientras le arranca los cascos sin miramientos.

Pero el hacker no se detiene. Sabe que está a tan solo unos segundos de completar su misión. Con una rápida pulsación de teclas y una combinación de acceso que llevaba semanas perfeccionando, el progreso en la pantalla aumentó en un instante.

En ese momento de respiro, Stone le agarra del brazo tratando de inmovilizarlo, pero él logra esquivar hábilmente el agarre sin despegar la mirada de la pantalla.

—¡No, no, tengo que acabar esto! —murmura mientras sus dedos continúan trabajando con frenesí.

Smith se abalanza sobre él, produciéndose un forcejeo frenético sobre la mesa. Las sillas caen al suelo. El hacker lucha con todas sus fuerzas, pero la presión de los agentes es implacable.

A pesar de los violentos y desesperados intentos de zafarse, ambos agentes logran inmovilizarlo por fin. Mientras uno le sujeta por el cuello, el otro le inmoviliza un brazo a la espalda.

Finalmente, siente cómo una fría mano de acero le rodea la muñeca. El sonido del metal al cerrarse es como una campana que anuncia su derrota, pero es en ese momento cuando Logan tiene una visión fugaz de la pantalla, donde su finalidad está a tan solo un clic de distancia.

—¡Un último intento! —Sin rendirse y con un tirón violento, evita que le pongan la otra esposa y pulsa la combinación final antes de ser completamente reducido.

Un destello de éxito se refleja en su rostro por un instante mientras abandona su lucha, con la certeza de que su misión ha sido cumplida, aunque a un alto precio. Los agentes han conseguido llevarlo al suelo.

—Se acabó, queda usted detenido. Ahora mismo nos lo llevamos a comisaría.

Logan es apresado y lo llevan hacia la salida, pero Stone, en ese momento, se detiene.

—¿Qué ocurre, Stone? ¿Otra vez miedo al ascensor? —le dice su compañero con una sonrisa cómplice.

—No, no es eso. Quizá tendríamos que quedarnos aquí. Está claro que es el culpable de todo lo que está ocurriendo con la seguridad del hotel, el ascensor y la red telefónica, pero también es el que puede ayudarnos a restablecer el orden.

—Tienes razón. Estás ganando muchos puntos esta noche, seguro que llegas a ser un gran agente de policía. Pero, aun así, vamos a llamar a los técnicos, no podemos fiarnos.

Stone sonríe. Está siendo una noche dura, pero las palabras de apoyo de su superior hacen que merezca la pena. Realmente le admira.

Se quedan unos minutos observando de nuevo las pantallas y comprueban que no emiten ningún sonido. En ese momento ven que lleva un auricular en uno de sus oídos. Sin dudarlo, uno de los policías se lo quita y se lo coloca a sí mismo. Efectivamente, ahora Smith puede escuchar todo lo que ocurre en el interior del ascensor.

—Carter, soy el inspector Smith. Tenemos al hacker esposado. Vamos a quedarnos aquí con él. Si no hay nadie más involucrado en esto, él podrá ayudarnos. ¿Has averiguado algo sobre él? ¿Cómo sigue todo ahí dentro? Por favor, solicita la ayuda de los técnicos en ciberseguridad y que acudan aquí.

—No tengo nada todavía. Las cosas parecen estar tranquilas. La alarma se detuvo enseguida.

—Perfecto. Espero que pase todo pronto y tengamos buenas noticias desde el hotel. Compañeros —dice dirigiéndose a los *SWAT* —, gracias por la rápida actuación. Por favor, acudid al hotel. Tenemos que entrar cuanto antes.

17

Seguridad nacional

Para sorpresa y alivio de Stone, ve que la línea que va al Departamento de Seguridad Nacional está activa.

—Agente Harper al mando, ¿con quién hablo? —responde una voz de hombre, con el suave acento bien articulado del Noroeste.

—Buenas noches, soy el agente Stone, del Departamento de Policía de Nueva York. Necesitamos su colaboración de forma inmediata.

—Nos han alertado de la situación y nos dirigimos al hotel, pero hemos tenido problemas con la comunicación y no sabemos exactamente...

Stone le interrumpe; no hay tiempo que perder.

—Han hackeado *Times Square*. Se han cometido tres asesinatos en un ascensor del hotel *Plaza Riu Manhattan*. Han bloqueado sus puertas y han desactivado la red telefónica. Cuatro personas siguen atrapadas; es cuestión de tiempo que mueran por falta de oxígeno... eso, si no se matan antes.

—¿Tenéis alguna idea de quién está detrás de todo esto?

—No sabemos quién es el asesino —si es que lo hay—. Se están matando unos a otros, presas del pánico. Solo ha habido una muerte que no hemos visto. Harper, esto es horrible... se está retransmitiendo todo en directo a través de las pantallas de *Times Square*.

—¿Y sabemos quién es el que ha hackeado todo? ¿Hay algún superviviente?

—Se trata de Logan Reed, jefe de seguridad del hotel. Lo tenemos aquí, detenido en el mismo centro de seguridad, a la espera del equipo de ciberseguridad, por si conseguimos que colabore con ellos. —Tras un ataque de tos por haber soltado la

frase del tirón, se aparta del micrófono—. Harper, ¿sigues ahí? —pregunta de nuevo Stone al no escuchar nada al otro lado.

—Sí, perdona. Es solo que... nada, olvídalo. Voy a mandar a todos mis efectivos a la puerta del hotel. Vosotros quedaos ahí con el detenido.

—De acuerdo, gracias, Harper.

Al cabo de unos minutos, el sonido de las sirenas de varios vehículos oficiales resuena en la calle, interrumpiendo el murmullo de las personas que se ha formado en torno al hotel.

Un grupo de agentes de Seguridad Nacional, vestidos con trajes oscuros y auriculares discretos, se mueve con precisión y determinación. Sus rostros serios reflejan la gravedad de la situación.

Con el agente Harper al frente, el equipo de especialistas en desactivación de amenazas se prepara para entrar en el hotel, abriendo su postura ligeramente, formando un semicírculo que cubre la entrada. Sus miradas se escanean mutuamente, asegurándose de que cada uno esté en su lugar, listo para actuar.

—¡Atención! Este es un operativo de Seguridad Nacional. Exigimos la cooperación de todos los presentes. Deben mantener la calma. Pronto les sacaremos de ahí. Por favor, no hagan ninguna tontería —dice a través de su megáfono.

Los murmullos se intensifican entre los curiosos; algunos intentan acercarse, pero son rápidamente reprimidos por las miradas severas de los agentes.

Con un sonido sordo, uno de los agentes lanza su hombro contra la puerta, pero el cristal no cede. La superficie resistente refleja la luz de las linternas, mostrando la determinación en los rostros de aquellos que intentan abrirla.

Un segundo agente se acerca al coche patrulla para coger un ariete hidráulico y operar desde una posición segura, o incluso por control remoto, pero cada golpe resuena en el aire como un eco de frustración. La puerta permanece imperturbable.

—¡Alejaos de la puerta!

El tiempo corre y el pánico comienza a apoderarse de ellos. Sin otra opción, uno de los agentes desenfunda su arma y, con manos

temblorosas pero decididas, dispara contra el cristal. El estruendo del disparo se mezcla con el sonido del impacto, pero la bala rebota, haciendo que todos los ahí presentes se agachen instintivamente. Unos pitidos se oyen a través de la cristalera.

—¡¿Qué cojones has hecho?! ¿Disparar sin permiso, ante un cristal blindado? ¡Podrías haber matado a alguien! —estalla Harper como un energúmeno ante esa acción.

—¡Yo solo intentaba ayudar! He tenido un impulso —contesta el agente, siendo consciente del error que ha cometido.

—¡Eres un agente, no un héroe de película! Necesitamos disciplina, no impulsos.

—Lo siento, pero tengo que hacer lo que creo que es correcto. No voy a quedarme parado cuando hay vidas en juego.

Harper exhala, intentando calmarse.

—Vuelvo a decirte: no se trata de ser un héroe, se trata de trabajar juntos y de seguir un protocolo. La próxima vez, piensa antes de disparar. Esto no va a quedar así. Tendremos que hablar de las consecuencias de tus actos.

—Lo entiendo, pero no me arrepiento.

—Eso es lo que me preocupa.

Absortos en esa discusión, no se han percatado de que algo ha cambiado. Las puertas han sido bloqueadas por un ciberataque: un sistema de seguridad que los ha dejado impotentes ante un enemigo invisible.

Los agentes se turnan para intentar abrir las puertas a golpes, mientras otros escanean el área en busca de alguna ayuda. La desesperación crece a medida que los segundos se convierten en minutos.

Finalmente, Harper se detiene, respirando pesadamente, con la mirada fija en la puerta blindada. Hay algo que no le cuadra. Justo en el momento en que iba a ordenar a sus agentes que cubrieran las puertas de emergencia y la de servicio, para intentar abrirlas, una potente voz le interrumpe.

—¡Parad! —grita el líder de los *SWAT*, haciendo sobresaltar al resto—. Hemos encontrado algo. Me temo que no va a ser fácil acceder al hotel.

18

Reacción en cadena

—Inspector Smith al habla.

—Soy el agente Harper, de Seguridad Nacional. Hemos descubierto algo nuevo. Logan no se anda con tonterías. Han identificado diez explosivos en las puertas del hotel, tanto en la principal como en las de emergencia. Cuando hemos intentado forzar las puertas, se han activado. Si entramos al hotel, volará por los aires.

—El equipo de los *SWAT* tiene que estar al caer. Ellos podrán desactivarlos, nosotros no podemos hacer nada —ordena Smith, molesto y extrañado de que no hayan llegado todavía.

—No te molestaría si no fuese necesario. Ya los tenemos aquí, pero no pueden hacer nada. Los explosivos están conectados en cadena…

—Pásame con el jefe del equipo —interrumpe el inspector Smith.

—Inspector Smith, soy Hobbes, el líder de la unidad de artefactos. Como ha comentado Harper, han conectado diez explosivos en cadena y solo se pueden desconectar uno a uno. El problema es que, tras desactivar el primero, el temporizador del resto se reduce diez minutos. Además, cada artefacto es más potente que el anterior. En caso de explosión, no podemos prever la magnitud de la misma.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Cincuenta minutos y nueve explosivos. Si desactivamos el siguiente, el tiempo se reducirá a cuarenta minutos, y así sucesivamente. Cuando desactivemos el sexto, nos quedaremos sin tiempo y los cuatro restantes se detonarán. No tenemos salida, Smith, es matemáticamente imposible. Estamos ante una reacción en cadena. Al menos, esa es mi teoría.

—¿Tenéis identificado el orden de la secuencia?

—Estamos en ello, inspector.

—No hay tiempo para teorías. Tenemos que intentarlo. Id desactivando los explosivos y mantenedme informado.

—Perdone, inspector, pero no nos ha llegado la orden por parte de Antiterrorismo. No podemos actuar.

—¡Joder! Esto es increíble. Dame unos minutos.

Hecho una furia, el inspector Smith se pone en contacto con Adams. Está claro que no van a conseguir trabajar en armonía.

—Jefe Adams al habla.

—No sé qué pretendes, pero creo que no estamos para perder ni un segundo más. Tenemos que intentar entrar al hotel, y para ello es necesario desactivar los explosivos. Al menos, intentarlo.

—Eso nos llevará mucho tiempo. Tenemos que esperar… —contesta Adams, obviando el tono de Smith.

—¿Esperar a qué? ¿A que mueran todos?

—No sabemos si se trata de un acto terrorista o no —el agente Adams hace todo lo posible por mantener la compostura ante un Smith agresivo.

—Mira, me da igual. Me da igual que seas el jefe de Antiterrorismo. Yo soy el jefe de seguridad del evento, y llevo muchas horas en esto como para que ahora vengas tú y eches por tierra todo mi trabajo.

Furioso, y sin dar crédito a las órdenes que acaba de recibir, Adams confirma la actuación con el comisionado. Tras un sí rotundo de este, no tiene otra opción que ceder a las órdenes de Smith.

—Agente Hobbes, ¿me recibe? Le habla el inspector Smith.

—Le recibo.

—Proceded a la desactivación de artefactos.

—Pero…

—¡Es una orden! —interrumpe Smith, cabreado porque le replique.

—Está bien, inspector —acepta a regañadientes—. Otra cosa: Logan no ha podido actuar solo. Alguien más tiene que estar detrás de todo esto. Son demasiadas cosas muy bien trazadas para un simple hacker. Intenten hacer hablar a su sospechoso.

En ese momento, el transmisor interfiere desde la otra línea.

—¡Smith! Soy Carter. Algo está ocurriendo en el ascensor.

Tras unos minutos de angustia y desespero, la luz del ascensor comienza a parpadear hasta sumirse en la completa negrura.

Sin ser vista por los demás y mirando a cámara, una sonrisa macabra comienza a dibujarse en uno de los rostros, sin que ningún espectador pueda reconocerlo en la oscuridad.

Una sonrisa que atraviesa los corazones de todos los que, desde fuera, observan esa auténtica película de terror, entre ellos Liam Patel.

—¡Smith, se está delatando! ¡Creemos saber quién está detrás de todo esto!

El apagón ha llegado. Es hora de mover ficha de nuevo.

19

El último apagón

Las chicas permanecen ajenas a que cientos de personas están viviendo en directo su agonía.

El nerviosismo tras esas cuatro paredes de acero se palpa en el ambiente.

Scarlett ha vuelto a acurrucarse en un rincón, manteniendo su mirada fija en el suelo. Se toca su melena pelirroja, que ahora está llena de sangre y sudor. El carmín de sus labios hace tiempo que ha desaparecido, y su belleza se va evaporando junto con la esperanza de salir de allí con vida.

El ascensor se va quedando sin ventilación conforme pasan las horas, y la sensación de asfixia va apareciendo en cada una de ellas. La visión comienza a nublarse, y se esfuerzan por inhalar viendo cómo el aire se les escapa. Sienten un ardor en el pecho y una punzada que se intensifica cada segundo que pasa.

—Tenemos que intentar abrirla, no aguantaremos mucho más tiempo, apenas tenemos oxígeno —propone Emma, mirando la trampilla—. Emily, yo puedo subirte a hombros.

—Va a ser inútil, no sabemos cómo hacerlo. Además, no tenemos ninguna herramienta que nos ayude —protesta Emily con desgana, viendo cómo Scarlett no mueve ni un ápice de su cuerpo.

—Yo lo haré —se ofrece Zoe—. Emma, cógeme —dice mientras se agacha delante de ella.

Una vez a hombros, revisa minuciosamente cada esquina de la trampilla mientras Emma trata de mantener el equilibrio. No le resulta fácil quedarse inmóvil con ella encima.

—¡No puedo! —Zoe no deja de empujarla con las pocas fuerzas que le quedan, pero sin nada para poder hacer palanca, es imposible abrirla.

—¡Inténtalo una vez más! —le ordena Emma.

Tras un último intento donde puso toda su alma, Emma pierde el equilibrio y cae al suelo junto con Zoe, sobre los cadáveres.

Tras levantarse y recomponerse entre náuseas y repulsión, las cuatro chicas se quedan calladas durante un rato ante la idea de seguir ahí encerradas.

—Tengo miedo, no quiero que me maten —consigue decir Zoe, rompiendo el silencio.

Emma es la única que sigue manteniendo la calma, al menos en apariencia, por lo que decide transmitirle algo de seguridad.

—Tranquila, todo saldrá bien. No sé qué está pasando, pero aquí no hay ningún asesino. Pronto saldremos de esta.

Emily, que sigue petrificada, se levanta e intenta con todas sus fuerzas abrir la puerta del ascensor. Al ver que ninguna coopera, se dirige a ellas reclamando su atención.

—¡Esto es imposible! ¿Podéis ayudarme, por favor?

Zoe y Emma se levantan y, junto con ella, se ponen en posición.

—Una... dos... ¡y tres! —tras un grito desgarrador y apretando los dientes, consiguen abrir la puerta unos tres centímetros.

Solo son capaces de ver los cables y poleas que viajan verticalmente por el hueco del ascensor. Hay tanta distancia entre las plantas que ni siquiera se ve el suelo. No saben dónde están.

Con los ojos semicerrados y la cara desencajada, siguen manteniendo la puerta entreabierta. El sudor les baja por el cuello.

—¡Por favor! ¡Ayuda! —Emma suelta una de sus manos para aporrear la puerta, pero es inútil. Nadie responde. Tan solo oyen sus respiraciones agitadas y el suave zumbido del sistema de poleas.

Poco a poco, van perdiendo la fuerza hasta que la puerta vuelve a cerrarse, sumergiéndolas de nuevo en la completa oscuridad.

Las chicas se quedan de pie, recostadas en las paredes, mientras intuyen con angustia los tres cadáveres junto con los casquillos de bala en el suelo del ascensor. Las arcadas vuelven a sus gargantas, aunque al menos han conseguido ventilar un poco el fétido ambiente y reducir unos pocos grados la temperatura interior.

Emily está tan de puntillas para no rozarse con uno de los cuerpos, que cree haber crecido cinco centímetros.

Emma se maldice por haber acudido a esa cita. Hubiese sido mejor celebrar el Fin de Año con sus amigos, como hacía todos los años, pero le pudo más la curiosidad. *Y dicen que la curiosidad mató al gato.*

—¿Por qué no vuelve la luz? Esto no me gusta nada. La nota, la nota decía que...

«No hay tiempo para más»

De nuevo, durante el apagón, un impacto brutal y devastador resuena en el interior del cubículo, transportándose al exterior por las pantallas de *Times Square*.

El ruido del disparo se mezcla con los gritos de los ocupantes, viviendo otra pesadilla dentro de su propia pesadilla.

—¡Smith! Se ha oído otro disparo.

—Lo sé, Carter. Hemos conseguido acceder al audio del ascensor. ¿Quién es la víctima?

—No lo sabemos, está todo oscuro, jefe. No sabemos quién ha sido ni a quién ha disparado.

—Puede que haya sido un tiro al aire.

—No lo sé. ¡No se ve nada!

La multitud en el exterior sigue viviendo una entrada de Año Nuevo que jamás olvidarán.

El apagón dura demasiado. Necesitan luz. Necesitan saber qué ha pasado.

Stone se dirige a Logan con la mirada llena de rabia.

—Haz que vuelva la luz.

—No lo haré —contesta, desafiante.

—¡Te he dicho que des la puta luz del ascensor!

A punta de pistola, y con las muñecas esposadas, se acerca de nuevo hasta la mesa de control. Cuando llega, le hace un gesto a Smith indicando que necesita una mano libre, por lo que el inspector decide dejarle libre la izquierda.

No le queda otra opción que colaborar con la policía. Tras unos minutos tecleando, más lento de lo que hacía normalmente, el ascensor se ilumina.

—Ahora restablece la red telefónica —continúa Stone, ahora al mando.

—No es tan fácil. Me llevará un rato.

—¡Cállate y hazlo! —Stone le golpea en la cabeza con la culata de la pistola, dejándolo semiinconsciente.

—Stone, tranquilízate. No podemos perder los papeles.

Tras volver en sí y estar unos minutos manipulando los ordenadores, parece que la red telefónica vuelve a estar activa. Pero no toda.

—Ya está —sentencia, mientras Carter sigue al otro lado de la línea escuchando todo.

Logan vuelve a ser esposado en ese mismo instante, sin darle tiempo a nada más, mientras observan lo que está ocurriendo en directo dentro de esa trampa mortal.

Es Zoe la que ha perdido la vida con un disparo en el cuello.

—¡Dios mío! ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

En estado de shock, Emma se acerca a ella tocando su brazo con ternura, como si esa simple acción pudiera devolverle la vida. No le importa que encuentren sus huellas en el cadáver. Ya nada importa.

Tiene la cara desgarrada. Su garganta emana un sonido gutural, ahogándose en la sangre que sale a borbotones de su yugular, manchando el suelo y salpicando al aire. La mirada de Zoe está perdida.

Emily y Emma, aterradas, desvían sus miradas hacia los teléfonos que continúan en un rincón del ascensor. No hay movimiento, ningún móvil se ilumina. Parece que ningún mensaje ha sido eliminado.

—¿Te importa si lo reviso? —pregunta Emily con cautela.

Su compañera asiente con un leve movimiento de cabeza, mientras Scarlett continúa agazapada, sabiendo todo lo que ha ocurrido solamente con lo que oye. Es incapaz de levantar la mirada.

—Su móvil está bloqueado —sin dar tiempo a que nadie diga nada, coge con cuidado la mano sin vida de Zoe para desbloquearlo.

Efectivamente, el mensaje sigue en su teléfono.

20

Idem

Son las cinco de la mañana y Liam no aguanta más; es incapaz de mantener los ojos abiertos. El sueño se apodera de él. Son muchas horas las que lleva despierto y está agotado física y mentalmente. No tiene noticias de Grace y, lo peor de todo, es que no sabe si quiere tenerlas.

Cada vez tiene más claro que se ha ido por voluntad propia; sin embargo, vuelve a mirar el móvil con la esperanza de recibir algún mensaje, aun habiendo desinstalado aquella aplicación.

Las esperanzas de una noche de alegría se han desvanecido, siendo reemplazadas por la cruda realidad de la tragedia. El aire, antes impregnado de risas, ahora está cargado de miedo.

El nuevo año, que prometía ser un nuevo comienzo, se ha convertido en un recordatorio escalofriante de la fragilidad de la vida. Todo puede cambiar en apenas unos minutos.

Los pocos curiosos que quedan en la zona, junto con los periodistas —resistiéndose a ser desalojados como ordenó el comisionado—, no dejan de mirar en las pantallas aquellas atrocidades.

Son tres las personas que permanecen con vida en el ascensor: Emily, Emma y Scarlett.

El pequeño espacio, cargado de un hedor repugnante, se aferra a sus fosas nasales, haciéndoles sentir como si estuvieran tragando veneno. La mezcla de sangre y otros fluidos corporales se infiltra en cada rincón.

Una oleada de revulsión les recorre el cuerpo mientras observan los cadáveres, con su piel pálida y amorfa, amontonados en el suelo.

El asco se convierte en una sensación palpable, una especie de marea que sube y baja, amenazando con ahogarles. Cada vez que

intentan moverse, el roce del metal contra su piel les recuerda que están atrapadas en ese ataúd vertical.

Scarlett, sin apartar la mirada del suelo y moviéndose lo menos posible para no rozar ningún cuerpo, se rasga el vestido y se pone la tela en la nariz a modo de mascarilla. Sin embargo, en lugar de apaciguar sus sensaciones, el vómito sale de su boca al sentir la humedad de la sangre pegada a su cara.

Tras limpiarse con la mano, se pone de pie y, acto seguido, se desabrocha su espectacular vestido rojo empapado en sangre para tapar el cadáver de Zoe, quedándose así en ropa interior. No soporta más verle con la boca y los ojos todavía entreabiertos.

Comienza a respirar de manera agitada, incontrolada, hasta casi ahogarse por falta de aire. Poniéndose las manos sobre la boca, intenta inhalar y exhalar a ritmo más lento mientras vuelve a acurrucarse en un rincón. Solo así se siente segura, aun estando sentada en medio del charco de sangre que recubre el suelo del ascensor.

Emma se tapa la nariz con la parte baja de su blusa, dejando su vientre al descubierto. No siente frío, a pesar de que en el exterior están a cuatro grados bajo cero. El calor que les envuelve ahí dentro es angustiante.

Después de estar un largo rato en silencio observando semejante brutalidad, es ella quien lo rompe.

—Scarlett no ha sido —le cuesta hablar; todavía lleva el jersey pegado a su nariz y apenas se le entiende.

—¿Cómo dices?

—Ella no ha podido matarla —dice, enfrentándose a Emily—, y yo no soy ninguna asesina.

Su mirada es fría. No siente ni un ápice de miedo en ese momento. No puede parecer débil. No ahora. Pero lo cierto es que está muerta de miedo.

Harta de que la incriminen por segunda vez, Emily no se deja achantar y sale en su defensa.

—¡Yo tampoco lo soy! Puedes haber sido tú. ¿Por qué estás tan convencida de que no ha sido ella? ¡Escúchame! ¿Por qué crees que

ha sido el único cadáver que ha tapado? Te lo diré: lo ha hecho para no verle la cara y no sentirse culpable.

Emily comienza a estudiar cada gesto, cada palabra que Emma suelta por la boca, para descubrir si dice la verdad o está mintiendo.

—¡Mírala! ¡Está indefensa! Es una pobre chica que apenas puede con esta situación. Está mareada, no se tiene en pie. Al menos nosotras nos mantenemos fuertes a pesar de las circunstancias.

—¿Y si alguien nos está viendo desde la trampilla del ascensor y está ejecutando todo desde ahí?

Esa pregunta lanzada al aire por Scarlett deja a ambas paralizadas. El hecho de pensar que encima de sus cabezas podría encontrarse el verdadero asesino les genera auténtico pavor.

—¿Creéis que seremos capaces de estar en silencio y sin movernos para detectar cualquier movimiento ajeno a nosotras? —pregunta Emily, tanteando el terreno.

—Estoy muy nerviosa. No creo que sea capaz —responde Emma.

—Todas lo estamos. Tomad —dice mientras mete la mano con cuidado en uno de sus bolsillos—, siempre llevo un blíster de *Ativan* conmigo. Creo que nos vendrá bien tomar uno.

Sin dudarlo, y aferrándose a lo único que tienen, las tres se ponen la pastilla debajo de la lengua y esperan unos minutos hasta que se deshaga, para que empiece a hacer efecto.

—¿Estamos listas? —pregunta de nuevo Emily.

Emma se deja resbalar por una de las paredes hasta quedarse de cuclillas.

—Sí, lo intentaré.

—IDEM —sentencia la otra de las chicas.

«Aguanta, queda lo peor, pero lo conseguirás».

Cuando Liam oye esa palabra, se gira despacio hacia una de las pantallas con cierto temor. Es en ese momento cuando ve un gesto que le resulta familiar. Demasiado familiar.

No puede evitar estremecerse.

«No puede ser».

21

Investigación

Las cosas en el centro de seguridad están demasiado tranquilas, aun sabiendo que hay una nueva víctima.

Logan continúa esposado a la pata de la mesa, bajo vigilancia de los agentes, mientras observan todos los monitores. El auricular ha dejado de funcionar y ya no pueden escuchar lo que ocurre ahí dentro. Las cámaras no se mueven. Cada una apunta a un sitio fijo: aquel que él mismo enfocó por última vez.

—Inspector Smith, ¿me recibes? Tenemos algo.

—Carter, dime.

—He conseguido contactar con la policía de Vermont; nuestra red interna funciona por el momento. Han analizado las caras de las víctimas por biometría. Como ya sabíamos: Jacob Lewis, la primera víctima, era agente de policía, concretamente del cuerpo de Desactivación de Artefactos Explosivos. Veintiocho años. La segunda víctima, Dylan, treinta años, se trata de un joven informático que trabajaba para el Ministerio de Defensa.

Michael, tercera víctima. Treinta y dos años. Un ex convicto que pasó varios años en la cárcel por drogas y abusos sexuales.

Cuarta víctima, Zoe, veintiséis años. No tenemos mucho: tan solo una ciudadana sin antecedentes penales…

—Para un momento, Carter —le pide Smith, tras dar más peso a otra de sus teorías—. Dices que Jacob trabajaba en explosivos; Dylan, informático en el Ministerio de Defensa; tenemos las puertas del hotel rodeadas de explosivos… No puede haber tanta casualidad. ¿Acto terrorista?

—No sé, Smith, puede que tengas razón, pero esas no son las únicas coincidencias. Verás, Dylan y Zoe eran pareja. Hemos revisado sus redes sociales y tiene varias fotografías con ella en el

año 2015. Pero eso no es todo: anteriores a esto, hay fotografías donde aparece con Grace, Grace Bennet. La chica desaparecida. Creo que esto se escapa, nos desvía del ataque terrorista.

—¿Crees que ella tiene algo que ver con todo esto?

—¡Eh, eh, tranquilo! —grita Stone a Logan al ver que hacía movimientos extraños—. Si intentas soltarte, te juro que disparo.

—¿Qué ocurre, Smith?

—Nada, Carter, está todo bajo control. Nuestro amiguito creía que podría escapar de nosotros. Escúchame: encuentra a su novio, cuéntale lo de las fotografías de Dylan con Grace y Zoe. Tenemos que saber si los conoce. Quizá él nos pueda aportar algo más.

—De acuerdo. Te aviso en cuanto sepa algo.

—¿Sabemos algo de las personas que permanecen con vida? —se interesa Smith.

—Nada.

—¿Y de Logan?

—Tampoco. Las cosas van lentas al tener que depender del estado de Vermont. De momento no descartamos nada. Te mantendré informado. Adiós, Smith.

Tras despedirse del inspector jefe, se dispone a dar una vuelta por la plaza para localizar a Liam. Son varias las personas que se le acercan para preguntar si saben quién está haciendo todo esto, pero no puede darles ninguna respuesta.

Unos metros más adelante, ve a Liam. Está sentado en un bordillo, recostado en la pared, profundamente dormido. Si no supiera quién es, diría que es un mendigo o un borracho tras disfrutar de esta noche de celebración.

—Liam, perdona. Necesito hablar contigo.

—¿Qué hora es? ¿La habéis encontrado? —contesta aturdido, frotándose los ojos.

—Todavía no, pero necesito hacerte unas preguntas. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. Necesito despejarme.

—Vayamos al puesto de control. Tenemos termos de café y estaremos más tranquilos.

Carter comienza el interrogatorio extraoficial mientras le sirve un vaso de plástico con café todavía caliente.

—¿Cuánto hace que os conocéis Grace y tú?

—Justo hace un año. Nos conocimos tal día como hoy. Hoy era... hoy es nuestro aniversario —sus ojos se llenan de lágrimas. Nunca creyó que estaría en esta situación.

—¿Conoces a este chico? —prosigue, tendiéndole la fotografía de Dylan en Instagram.

—Un momento, ¿hay red telefónica? —pregunta Liam, sorprendido, mostrando un ápice de esperanza en su mirada.

—No toda. Pero esto ahora no nos incumbe. ¿Le conoces? —vuelve a insistir, esta vez en tono más serio.

—No. No le conozco.

—¿Y a ella?

—Tampoco. No entiendo nada. ¿Me puedes decir quiénes son y qué tiene esto que ver con mi novia?

—Son dos de las personas que están atrapadas en el ascensor. Muertas.

—¿Y? —Liam sigue sin entender a qué viene todo esto.

—Dylan y Grace mantuvieron una relación sentimental hace diez años. Según las fotografías, solo estuvieron seis meses juntos. Después de este tiempo, Dylan aparece con Zoe, la otra víctima.

Liam se queda parado al ver la foto de su novia junto con ese chico años atrás. Se nota que ha cambiado: apenas tenía quince años.

—¿Conoces algo de su pasado? ¿Si tiene familia, amigos…?

Liam, avergonzado porque sabe que no es lo normal, niega con la cabeza.

—Solo sé de su vida desde que estamos juntos. Nunca habla de su pasado. Sé que fue adoptada y que vivía con su padre. No ha tenido una vida fácil. Solo me tiene a mí.

—Creemos que puede estar involucrada en lo que está ocurriendo en el ascensor, pero no sabemos si como víctima o como asesina.

—Eso no puede ser.

—¿No te parece extraño que tu novia desaparezca y aparezcan dos personas muertas que están relacionadas con ella? —Carter le mira desafiante.

—¿Estás diciendo que Grace es una asesina? —dice Liam, fuera de sí—. Esto ya es el colmo. ¿No solo no buscas a mi novia, sino que insinúas que es la culpable de todo? ¡Por favor, es absurdo!

—No estoy diciendo eso. Puede ser que sea una víctima más.

—¡Pero no está en el ascensor! —Se muerde la lengua, pues acaba de recordar esa rara sensación que tuvo antes de quedarse dormido. Para intentar disimular, añade casi sollozando—: ¡No sé dónde está!

—Solo tenemos que encontrarla para descubrir la verdad.

—Si pensar que está involucrada en todo esto va a ayudar a que muevas el culo y la busques, adelante. No voy a oponerme.

Liam se fue hecho una furia. Nada de esto tiene sentido.

Sin embargo, hay algo que no puede sacarse de la cabeza: ese gesto que vio en el ascensor hace apenas unos minutos.

22

El gesto

Liam continúa deambulando de un sitio a otro sin dejar de observar aquellas pantallas. Su cabeza da vueltas, intentando buscar una explicación lógica a la desaparición de su novia.

No gritó, no pidió ayuda, simplemente se desvaneció. *¿Por qué haría algo así? Necesito recordar. Necesito encontrar cualquier pista, algún mensaje subliminal que me pudiera haber mandado estos últimos días.*

Mira el móvil: no hay ningún mensaje nuevo, ni siquiera conserva aquellos que recibió dando órdenes de que volviera a *Times Square*. De repente, se le ocurre una idea: irse de allí. Necesita saber que está cerca de Grace, y con esos mensajes, a pesar de resultar casi amenazantes, siente que es la única manera de conseguirlo.

Después de caminar durante varios minutos, se encuentra ante el grandioso estadio *Madison Square Garden*, donde unos meses antes, exactamente el veintiuno de febrero, fueron a ver el partido de los Knicks contra los Chicago Bulls, disfrutando de la victoria de los Knicks por 113-111 tras la prórroga. Fue en ese momento cuando Liam le prometió a su novia pasar el fin de año viendo caer la Bola de *Times Square*.

Ahora, la fachada del icónico edificio brilla con luces de colores en tonos rojos, verdes y dorados, entrelazándose de manera armoniosa y resaltando su imponente estructura.

Hay luz, al igual que en Central Park, hay luz. Una lágrima le cae por la mejilla. No pierde la esperanza de encontrarla.

Intenta llamar por teléfono, pero sigue sin dar señal. Mira a su alrededor a la espera de que algo o alguien haga que su móvil se ilumine de nuevo recibiendo un mensaje. Echa de menos ese zumbido vibrando en su mano. Pero ese mensaje nunca llega.

Los enormes letreros luminosos que promocionan eventos y espectáculos parecen cobrar vida, reflejando la energía vibrante de la ciudad que nunca duerme. La entrada principal, con sus amplias escaleras y columnas clásicas, está adornada con guirnaldas de pino y grandes lazos rojos, donde la magia de la Navidad se hace palpable en cada rincón. Una magia que se desvaneció poco más de las doce de la noche.

Liam prueba a instalar de nuevo la aplicación que indicaba su ubicación en tiempo real, pero la falta de datos le impide hacerlo. Está totalmente desamparado.

Con Grace presente en su mente y recordando aquel partido a su lado, decide marcharse de ahí.

Tras caminar bastante rato sin rumbo fijo, se siente demasiado aturdido. El cansancio físico y, sobre todo, mental está haciendo mella en él.

Son pocos los coches que circulan a esas horas por la ciudad, pero entre ellos, consigue ver un taxi libre que no duda en coger para regresar al silencioso bullicio de *Times Square*.

—Buenas noches, feliz año.

—Hola —saluda Liam, un poco borde—. Llévame a *Times Square*, pero por favor, ve despacio. Necesito descansar.

El chófer le mira desconfiado: parece un vagabundo. Aun así, viendo que va totalmente sobrio, decide hacer lo que el joven muchacho le ha indicado. Lleva siete años de taxista en la Gran Manzana y ya ha visto de todo.

Recorre lentamente las calles de Nueva York mientras observa por el retrovisor cómo Liam no deja de mirar por ambas ventanillas del taxi; parece estar buscando a alguien.

—¿Seguro que quieres ir a *Times Square*? ¿Te has enterado de lo que está sucediendo por ahí?

—Sí. Algo he oído. Perdona, ¿te funciona el teléfono?

—Ya me gustaría. No tenemos ni red telefónica ni nos funciona la emisora. Estoy sobreviviendo a esta noche gracias a la poca gente que me para por la calle.

El silencio se hizo de nuevo entre ellos, hasta que el taxista vuelve a insistir con el tema.

—Es muy fuerte todo lo que está pasando. Cuando llevé al anterior cliente, habían muerto tres personas. ¿Quién haría algo así?

—Ha desaparecido también una joven de veintiséis años. ¿Has oído algo? —interrumpe Liam, harto de que nadie sepa nada sobre eso.

—No, no he oído nada. La gente solo habla del ascensor, y no es para menos, menuda…

—Pare aquí, por favor. Tengo que bajar.

—Pero no hemos llegado todavía.

—¡Me da igual! ¡Por favor, pare! —Liam está harto de que todo el mundo esté pendiente del ascensor; su novia ha desaparecido y no parece importarle a nadie.

El taxista, confundido e incluso asustado, estaciona el taxi a un lado de la carretera.

—Son ocho dólares con cincuenta —dice, temeroso.

—Ahí los tiene —se despide Liam, tirando el billete de malas maneras—. Quédate con el cambio y, por cierto, feliz año para ti también.

Esas dos palabras, lejos de sonar amistosas, parecían una auténtica amenaza.

Tras bajarse del taxi, transita la poca distancia que le separa de *Times Square* mientras no deja de pensar en lo que le tiene absorbido. Esa palabra: Ídem, esa mirada característica, ese gesto enredando su dedo en un mechón de pelo detrás de la oreja haciendo un tirabuzón… todo eso es propio de Grace.

No sabe qué pensar. Es imposible que esté dentro del ascensor, pero, como dijo el agente, es mucha casualidad que haya desaparecido minutos antes de ocurrir el apagón que desencadenó semejante tragedia.

Necesita una señal, algo que le haga salir de dudas.

Como una iluminación, las palabras de los agentes resuenan en su cabeza:

«… varios intentos de llamada desde el hotel Riu Plaza Manhattan a eso de las doce y media de la noche… Creo que lo hemos encontrado…»

Tiene una corazonada, y no puede obviarla.

No se lo piensa dos veces y se dirige corriendo hacia ese hotel. Sabe dónde está; hace unos días estuvieron visitando el hall con su decoración navideña.

Conforme se acerca a las inmediaciones, su respiración es más agitada. Apenas puede controlarla. Llega exhausto.

Cuando consigue recomponerse, ve que no está solo: varios curiosos se encuentran agolpados y retenidos por una cinta policial, a pocos metros de la cristalera, junto con los agentes que conversan en voz baja y los efectivos que han llegado a la zona. Sin embargo, eso no le impide intentar entrar al hotel, algo que es totalmente imposible.

—¿Qué estás haciendo? Tenemos acordonada la zona. No puedes estar aquí —le ordena el agente Miller.

—¡Por favor! —grita con la voz rasgada por la desesperación—. Mi novia, mi novia está en el ascensor. ¡Tengo que entrar!

Ambos policías le miran con sus rostros imperturbables, pero Liam continúa con su discurso.

—Desapareció justo antes del apagón.

—Lo siento, pero no podemos entrar.

—¡Tengo que entrar! —Liam, superado por la situación, comienza a golpear las puertas del hotel sin ser consciente de la cantidad de agentes que hay alrededor. Está en una burbuja.

—¡Hay diez explosivos en las puertas! ¿Es que no lo ve? Si entramos, todo se habrá acabado.

En ese momento, se queda paralizado al ver las lucecitas de los detonadores a lo largo de la puerta del hotel.

Ante su silencio, el agente prosigue con su cometido.

—No sé si lo sabrá, pero han hackeado media manzana y la seguridad de todos está comprometida. Solo podemos esperar y confiar en los *SWAT*.

—¡No lo entendéis! ¡Puede morir en cualquier momento! —reacciona Liam.

—¡Por favor, cálmate! —le ordena el agente Miller.

Las palabras de consuelo le parecieron vacías. La imagen de Grace sonriendo entre la multitud se mezcla con la oscuridad del ascensor y la idea de que no saliera con vida.

—¡No puedo! —suplica de nuevo, lleno de angustia—. ¡No puedo quedarme aquí sin saber si está ahí dentro!

Los gritos son oídos tanto por el equipo de Seguridad Nacional como por los *SWAT*, pero están tan inmersos en sus trabajos que no pueden permitir que nadie interrumpa sus acciones.

El agente Miller le mira, reflejando en sus ojos un rayo de comprensión, pero las normas son las normas. Además, en este caso, entrar al hotel es algo inviable.

—¡No puedes estar aquí! Brown —se dirige a su compañero—, llévatelo al centro de mando para que sea interrogado por los superiores, puede que…

En ese instante, al sentir la mano de Brown en su brazo, Liam nota que su mundo se desmorona todavía más. No está preparado para esto. La desesperación le invade y, en un arranque de adrenalina, le empuja con todas sus fuerzas, haciendo que este se tambalee y caiga al suelo.

—¡No! —grita, mientras unas manos firmes le sujetan por los brazos—. ¡Suéltame!

—Acaba de agredir a un policía. Esto no va a quedar así. De momento, se viene conmigo a comisaría —le indica mientras le pone las esposas.

—¡Por favor, no! Lo siento, lo siento mucho. Su compañero Carter, él me conoce. Está llevando el caso de mi novia.

Siente cómo el aliento se le escapa. La impotencia le consume y, mientras el frío le cala los huesos, no le queda otro remedio que esperar.

—Carter, le habla el agente Miller. Tenemos aquí a un loco intentando asaltar el hotel. Dice que es el novio de una chica que ha desaparecido.

—¿Liam?

—¡Sí! —contesta acercándose al transmisor—. Por favor, Carter, no puedo más, creo que Grace está ahí dentro.

—¿Qué hago con él? Ha agredido a nuestro compañero, el agente Brown.

—Lo siento —se lamenta Liam.

—Tráemelo —le ordena Carter—, pero ten cuidado. Ahora mismo, tal y como están las cosas, no podemos permitirnos ningún fallo. Estoy en *Times Square*, en el centro de operaciones que han montado.

—¿Estarás bien? —le pregunta a Brown, que permanece sentado en el bordillo.

—Sí, no te preocupes. Solo serán unos minutos.

El agente Miller esposa a Liam y lo coge del brazo bruscamente para acompañarle hasta el epicentro de la tragedia.

23

Consecuencias

A pesar de la presión y el estrés emocional al que está sometido, la actitud de Liam deja mucho que desear. Desde que está con Grace, siempre es ella quien maneja la relación. Es más madura que él en muchos aspectos y, gracias a sus conocimientos como psicóloga, sabe perfectamente por dónde llevarlo.

Sin Grace, Liam va como pollo sin cabeza. Realmente la necesita. Igual que ella a él.

Liam llega a la altura de Carter, siendo zarandeado por el agente Miller. Lo están tratando como a un delincuente cuando, en realidad, es otra víctima más de lo que está ocurriendo.

—Gracias, agente —dice Carter al verlos llegar—. Yo me encargo de él.

—Liam, por favor, no puedo estar ahora pendiente de ti. Lo último que necesitamos son estos numeritos.

—¡Pues déjame! ¡No necesito tu ayuda! Te la pedí una vez y no sirvió de nada.

—¿Por qué crees que Grace está en el hotel?

—Está en el ascensor. Tengo una corazonada.

—Pero no hay nadie que encaje con su descripción.

—Lo sé, es muy extraño. Pero, como dijiste, es mucha casualidad. Hay más cosas, agente —comienza a hablar sin hacer caso al mensaje que recibió sobre no buscarla—. Las dos veces que salí de *Times Square* para encontrarla, recibí mensajes de un número desconocido diciendo que volviese. ¿Cómo es posible que supiera que no estaba allí? Después vi que tenía una aplicación de GPS que yo nunca instalé.

Carter coge el cuaderno donde tiene apuntadas todas las notas: tanto lo que va ocurriendo dentro del ascensor como lo que le va

contando el agente Smith.

—¿Puedo ver tu teléfono?

—Sí, claro —contesta, haciendo un gesto para que lo coja de su bolsillo—, pero no encontrarás nada. Los mensajes han sido borrados y la aplicación la desinstalé yo mismo.

—¿Dónde has estado ahora?

—Me fui a Garden Square. Necesitaba recordar.

—¿Recibiste algún mensaje de nuevo?

—No.

«Mensajes que se borran y se envían hasta el momento en que Logan es interceptado. Demasiadas casualidades…» —piensa el agente.

—Gracias, Liam. Por favor, no te muevas de aquí. Puede que necesite tu colaboración de nuevo.

—Está bien. Me quedaré aquí, pero podrías quitarme las esposas… —responde alzando las manos, resignado ante el abandono de Carter, mientras observa cómo se aleja unos metros para hablar por el transmisor.

—Carter, ¿me recibes? Soy Smith.

—Sí, Smith. ¿Qué ocurre?

—Parece que se va estrechando el círculo. Por favor, dime que tienes algo.

—Sigo manteniendo que esto es un juego macabro y que, inicialmente, no había ningún asesino. Las dos únicas muertes que no hemos visto, según los disparos, podrían haber sido suicidios. Ahora sabemos que la anterior víctima, Zoe, tenía motivos para hacerlo. Mataron al que fue su novio hace tiempo delante de sus ojos.

—No sé, Carter. Es todo muy extraño. ¿Qué hay de Logan? Desde que estamos aquí con él, nadie más ha manipulado las cámaras del ascensor.

—Ni Liam ha recibido nuevos mensajes.

—¿Cómo dices?

—Perdona, Smith. Cosas mías. Seguimos investigando la desaparición de Grace. Creemos que está relacionada con todo esto

y también con Logan. La policía de Vermont sigue investigándolo. En breve nos dirán.

Logan, que continúa escuchando la conversación entre ambos agentes, está muy nervioso. Está claro que ayudaba al asesino —o asesina—, pero... ¿quién es?

—Smith, el jefe de antiterrorismo, nos sigue ordenando que lo llevemos a comisaría. ¿Qué le digo?

—¡Joder! ¡No se preocupa de lo suyo y tiene que estar jodiendo a los demás! —protesta, harto de tantas gilipolleces.

Tras respirar hondo durante unos segundos, le arrebata el transmisor para poder hablar con él.

—Adams, por favor, a pesar de estar convencidos, no tenemos pruebas suficientes como para detenerlo —miente sin ningún pudor —. Ha hackeado el sistema, sí, y ha estado controlando las cámaras de seguridad. Pero no es el asesino. Hemos avisado a los técnicos, pero todavía no han venido. Como ha colaborado, solicito retrasar su detención hasta que lleguen los especialistas, por si necesitamos algo más de él.

—¿Colaborado? ¿Y por qué no arregla todo de una puta vez? ¡Tenemos a toda la manzana aterrorizada!

—No es tan sencillo. Creo que es mejor esperar a nuestros compañeros de ciberseguridad. No creo que tarden —contesta despacio, controlando su respiración.

—¿Esperar a qué? ¿A que mueran todos?

Esa frase se le clava a Smith como una puñalada.

—Eres un rastrero, Adams. ¿Ahora tienes prisa? Pues no, no te vas a salir con la tuya. Ahora el hacker no tiene el control de nada... —responde con mucha más convicción de la que siente—. Las cosas en el ascensor tienen que cambiar y darán un paso en falso. Si detenemos a Logan, jamás delatará a sus cómplices y, si todo esto forma parte de algo más gordo, quiero tenerlo aquí. Lo más urgente es acceder al hotel, detener esta carnicería y averiguar si tienen preparadas más sorpresas. Ya habrá tiempo para acusaciones y detenciones, joder.

—Tendrá consecuencias para ti, Smith. Y para Stone.

—A Stone no le metas. Él obedece mis órdenes. Así que yo asumiré las consecuencias. Además, esta situación cada vez tiene menos pinta de ser un ataque terrorista y más de un problema de *mi* competencia. Adiós, Adams.

Smith corta la comunicación sin darle tiempo a reproches. La relación entre él y su compañero no es buena desde hace un tiempo y no está dispuesto a que se cargue otro caso de nuevo, por su ego y su incompetencia.

—Gracias —suspira Stone.

De nuevo, la admiración que siente por Smith es inevitable.

—Por cierto, ¿de verdad crees que las cosas cambiarán?

—No lo sé. Por favor, intenta contactar con el equipo del alcalde o del gobernador. Nos estamos saltando la cadena de mando y necesitaremos ayuda de las altas esferas —le ordena, completamente abatido por esta situación que están viviendo. Apenas puede controlar su temperamento.

—De acuerdo, jefe.

Ambos se quedan mirando los múltiples monitores que los rodean. El hotel sigue vacío y no detectan ningún movimiento.

En el ascensor, tras el pacto que hicieron las chicas de permanecer sin moverse y en silencio, es Scarlett quien deja de hacerlo tras un largo rato.

—No me encuentro bien. Tengo mucho frío y no se oye ningún ruido sospechoso en el techo —dice, mirando desconfiadamente a la pequeña tapa que cierra el acceso de emergencia.

Está tiritando. Por mucho que se abrace a sí misma y que la temperatura del ascensor supere los veinte grados, no consigue entrar en calor.

Emily y Emma se miran mutuamente, pero ninguna da un paso al frente. No se fían de nada ni de nadie.

Finalmente, es Emma quien cede a dejarle su americana. Por su profesión, aunque sea para salir de fiesta, siempre viste con traje de chaqueta negro entallado, combinado para esta ocasión con una blusa de seda color beige.

—Esto es inhumano —dice Emily, aguantando las ganas de vomitar.

El aire, impregnado de un olor nauseabundo, se aferra a sus fosas nasales provocándoles arcadas constantes.

Los cuatro cadáveres se amontonan en el suelo como las piezas de un rompecabezas; sus cuerpos se entrelazan sin distinguir dónde empieza el de uno y termina el del otro. Parecen ser parte de una macabra escenografía.

La piel, pálida e hinchada, empieza a mostrar un tono verdoso en las manos, sobre todo en los cuerpos de las primeras víctimas, como si la vida estuviera siendo drenada de sus cuerpos.

Sus rostros congelados muestran expresiones de terror. La sangre coagulada y oscura ha manchado el suelo y las paredes del ascensor, formando un contraste cruel con el metal pulido.

El silencio es interrumpido solo por el ocasional goteo de la sangre líquida de Zoe, que todavía mana de su rostro tapado por el vestido rojo de Scarlett, mezclándose con el incipiente olor a descomposición.

Sienten el pequeño espacio como una tumba, un lugar donde el tiempo ha dejado de fluir y la muerte se ha convertido en la única compañía.

A medida que el ascensor permanece detenido entre plantas, la claustrofobia cada vez es mayor y el miedo se enreda con la terrorífica realidad que están viviendo. A buen seguro, dejará una marca imborrable para quien logre sobrevivir.

Si es que alguien logra hacerlo.

24

Quien mata, muere

Scarlett permanece casi inmóvil; sus rasgados ojos verdes reflejan el pánico y la claustrofobia que la consumen.

Emma, con el rostro pálido, mira el cuerpo de Zoe, mientras su mente intenta procesar lo que están viviendo.

Es ahora Emily quien fuerza su mente, pretendiendo atar cabos, y se acerca lentamente a Emma.

—Emma, tienes que escucharme —dice con la voz temblando ligeramente—. Scarlett... ella no está bien.

Emma frunce el ceño, confusa.

—¿Qué quieres decir?

Emily se inclina un poco más, fijando su mirada en la de Emma, como si compartieran un oscuro secreto.

—Mira su comportamiento. Apenas se mueve, apenas habla. Es como si estuviera esperando algo... o a alguien.

—Pero, ¿por qué haría algo así? —pregunta Emma, sin confiar plenamente en su discurso.

—Porque tiene miedo. Miedo de ser descubierta. ¿No te parece extraño que ni siquiera haya intentado ayudar? —continúa Emily—. Los culpables a menudo se esconden a plena vista.

Scarlett, temblando en su rincón, mira a ambas con ojos asustados, pero su silencio solo sirve para alimentar la idea de Emily.

—Emma, mírala. Tan solo nos observa, no interactúa.

—No la veo capaz de hacer algo así, la verdad.

Atrapada entre la lógica y la emoción, Emma comienza a dudar. No puede fiarse de nadie. *¿Y si lo hace para desviar su atención porque es ella la asesina?*

—¿Cómo puedo fiarme de ti?

Esa pregunta pilla a Emily por sorpresa, pero sabe contestar con convicción. Sin embargo, no deja de ser una respuesta perturbadora.

—Si fuese yo la asesina, ya habría acabado con todas.

La tensión en el aire es evidente. Emma respira profundamente y sus ojos dilatados miran a Scarlett, la cual parece más pequeña y más vulnerable que nunca. Pero la semilla de la duda ha sido plantada, y está creciendo rápidamente.

—Scarlett, ¿por qué lo hiciste? —Emily sigue tomando las riendas de la situación.

El silencio es abrumador. Atrapada en su claustrofobia, no puede articular una respuesta.

—No hay tiempo que perder, Emma —sigue presionando.

—Si estás tan segura de que ha sido ella, ¿por qué no la matas tú?

«Esto no entraba en mis planes. Todo saldrá bien. Tengo que confiar».

—¡Yo jamás haría algo así! —Emily empieza a perder los nervios, y en este momento es lo que menos le conviene.

—¿Y crees que yo sí? ¿Crees que voy a dejarme llevar por tus teorías para matar a una persona? Estás loca. Además, a estas alturas, una de nosotras ya tendría que estar muerta. Está claro que el asesino era uno de ellos —dice, desviando la mirada a los cadáveres.

—No olvides que Zoe tiene un disparo en el cuello —dice, enfatizando cada palabra.

—¡¿Y eso qué más da?!

Emma no entiende nada de lo que está insinuando. El *Ativan* que han tomado, el estrés, el terror y el cansancio forman una combinación nefasta para su tren de pensamientos, cada vez con más lagunas e inseguridad.

—¡Scarlett es la única que estaba sentada en el momento en que la dispararon! ¡Joder, mira!

Con un esfuerzo sobrehumano, Emily se acerca al cadáver de Zoe y tira de su pelo para poder ver su rostro.

—¡Observa el agujero que tiene! Es imposible que ese disparo se hiciera desde la misma altura. Tiene que haberse hecho desde más

abajo, y ella es la única que está sentada.

Emma, horrorizada una vez más por la escena, da un paso hacia atrás, asimilando esa información mientras observa a Scarlett, que sigue acurrucada en una esquina con los brazos abrazando sus rodillas. Está en trance.

Lo que dice Emily tiene sentido: ese disparo… no ha podido hacerse en otra posición que no sea desde abajo.

Motivada por el miedo, la ira y la confusión por su estado y la teoría de Emily, da un paso hacia ella y se agacha lentamente, lista para hacer lo impensable.

—¡Esperad! No sé qué pretendéis. ¡Yo no soy la asesina! Por favor, Emma, ¡confía en mí! No tengo nada que ver con esto —responde, asustada y medio adormilada. El tranquilizante es la guinda del pastel de confusión y desesperanza que ahora tiene por cerebro.

—¿Por qué no te levantas y nos dices la verdad? —pregunta Emily—. Solo eres una mosquita muerta haciéndonos creer algo que no eres.

—¡Calla! —grita Emma—. ¡Me estás volviendo loca! ¿Por qué no disparas tú? ¿Por qué no te atreves?

—Porque no soy una asesina —contesta Emily fríamente.

—¡Y yo tampoco, joder! ¡Ninguna lo somos!

—Lo siento, Scarlett, pero no puedo confiar en nadie. Solo dime algo que haga que no te mate —dice Emma, con la pistola ya en la mano, apuntando a su pecho desnudo—. Emily, te digo lo mismo. Dame una razón para no dispararte. No puedo fiarme de ti —susurra con los ojos vidriosos, mientras sigue apuntando a Scarlett.

En un impulso casi espasmódico, el brazo estirado de Emma se dirige a ambas mujeres por turnos. En cuestión de segundos, el arma oscila hacia arriba y hacia abajo, apenas sostenida por su temblorosa mano.

Scarlett sigue abrazada a sí misma, mientras que Emily no deja de acariciar el rubí de su colgante, algo que no es la primera vez que hace.

Ambas, viendo pasar su vida por delante, contestan inseguras de la manera más filosófica que pueden, raspando los últimos posos de

razonamiento de sus mermados cerebros para intentar evitar lo que parece inminente.

—¿Scarlett? —pregunta Emma, casi gritando, pero con tono suplicante.

—La única manera de ganar es no jugar —responde, cerrando los ojos, totalmente derrotada.

—¿Emily? —Esta vez el tono es menos airado y suplicante. Intenta, sin mucho éxito, usar su voz de interrogar a testigos hostiles en un juicio.

—Es una cadena: quien mata, muere después. ¡Mátala!

Esa orden, inesperada pero muy firme, resuena como un eco en la cabeza de Emma una y otra vez.

Tras unos segundos eternos, confiando en la suerte, en el azar o en un ser superior, ambas esperan su destino. No son capaces de defenderse.

Finalmente, un estruendo seco y brutal traspasa las pantallas de *Times Square*.

Emma, mirando hacia el techo del ascensor, ha sentenciado el final de una de ellas. Solo espera no haberse equivocado en su decisión.

25

Sin coincidencias

—Smith, ¿lo habéis visto?

—Sí, Carter. Es devastador. Lo hemos vivido como si fuera en nuestras propias carnes, no me puedo sacar de la cabeza ese cuerpo semidesnudo teñido de sangre. De verdad, no entiendo cuál es el fin de todo esto. Tenemos que actuar ya.

—Acabo de hablar con los compañeros de Vermont. La última víctima corresponde a Scarlett Cooper, veintiséis años, estudiante. No se le conocen antecedentes penales. La mujer de mediana edad, se trata de Emma Clark, cuarenta y cinco años, una cotizada abogada en Nueva York especializada en familia con una trayectoria intachable y un noventa y nueve por ciento de sus casos ganados.

—Bien, Carter —le interrumpe Smith mientras Stone no deja de vigilar a Logan—. ¿Algo en común entre ellas?

—Nada.

—¿Y la otra chica? —pregunta observando el monitor que retransmite las imágenes del ascensor.

—Eso es lo extraño. Al igual que han hecho con el resto de personas, han intentado identificarla por biometría, pero no han encontrado coincidencias.

—No puede ser, Carter. ¡Asegúrate bien! —dice Smith alzando el tono de voz.

—Es lo que me han dicho. Siguen investigando, pero es como si esa persona no existiera.

—¡Eso no tiene ningún sentido! Tienen que seguir insistiendo y si no, que pidan ayuda a la Interpol, por si es extranjera, pero necesitamos tener identificadas a todas las personas para ver el nexo en común, si es que hay alguno claro. Trabajad en ello. —ordena Smith mientras observa a través de los monitores que los

SWAT no dejan de trabajar ni un segundo, eso sí, odia no tener noticias directas de ellos.

—Está bien, Smith. Seguimos en contacto.

Carter retrocede sin dejar de mirar la pantalla. Aquella pantalla que hace unas horas reflejaba fuegos artificiales y corazones felicitando el año nuevo.

En sus años como policía jamás ha visto una cosa igual, están viviendo una auténtica película de terror.

Los servicios de limpieza comienzan a llegar a la zona, ya que por las circunstancias no se les permitió hacerlo antes.

El suelo de *Times Square* sigue inundado de confetis y tiras de papel de colores, recordando cómo empezó esa noche que prometía ser inolvidable. Lo va a ser, pero por un motivo muy distinto.

Ahora la escena está llena de medios de comunicación, pese a la prohibición de permanecer allí, ambulancias y personal médico que siguen atendiendo desmayos, haciéndose hueco entre curiosos, *youtubers* y conspiranoicos, que están intentando sacar tajada a esta tragedia.

26

Quien eres

Tras dejar caer la pistola al suelo, Emma sigue horrorizada por lo que acaba de provocar. El cuerpo de Scarlett yace sin vida junto a ella, con un disparo en el pecho.

Su fragancia se pierde, mezclándose con el hedor que desprenden los demás cadáveres.

—¿Cómo he podido hacerlo? —se lamenta Emma, tapándose los ojos y agachando la cabeza.

—Era lo que había que hacer.

—¿Por qué no lo hiciste tú? ¿Por qué? Me manipulaste para que le disparase. Pobre chica, no sé si voy a poder vivir con esto —grita con un atisbo de lucidez que intenta abrirse paso en su confusa mente.

—Podrás —afirma Emily de forma tajante mientras se sienta en un rincón.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Emma pulsa el botón de la alarma sin éxito. Nada se oye. Siguen completamente solas.

Abriéndose paso como puede entre los cuerpos, toma impulso y comienza a saltar. Salta una y otra vez con la esperanza de que el movimiento pueda hacer que el ascensor baje.

—¡Para! —le ordena Emily—. No va a funcionar.

Pero Emma no se detiene, cada salto que da es una declaración de que no se va a rendir. Mira a sus compañeros, que ya no pueden hacer nada por su vida, y siente una punzada de determinación. No puede dejar que ese sea su destino.

—¡Ayúdame, por favor! —grita a Emily, extendiendo su mano hacia ella—. ¡Salta conmigo!

Los saltos son cada vez más sosegados y más distantes por el cansancio, pero debe luchar hasta el final.

—¡Para!

Emma está agotada, las fuerzas le flaquean y apenas puede coordinarse. El tono y la determinación de la orden de Emily casi consiguen doblegar su voluntad, pero sigue con los saltos.

—¡He dicho que pares! —grita mientras se pone en pie. Ese tono de Emily, completamente distinto al anterior, hace que Emma deje de saltar en ese mismo instante. Su mirada desprende odio.

—No entiendo nada. ¿Por qué me miras así? —está asustada. No comprende a qué viene el comportamiento de la persona que tiene de nuevo frente a ella.

—Estás muy nerviosa, veo que no te ha hecho efecto la pastilla de antes, o quizá sí... Has hecho exactamente lo que te pedí. Matar a Scarlett, y lo hiciste bajo los efectos de la droga que te administré. ¿Nunca te dijeron de pequeña que no tienes que coger nada de desconocidos?

Los ojos de Emily parecen salirse de las órbitas, están inyectados en sangre. Tras mirar a su alrededor, vuelve a fijar sus ojos marrones en los de Emma.

—Me has sorprendido. Una prestigiosa abogada de familia, ¡qué ironía! Cuesta ver cómo te has manchado las manos de sangre... Ma-má.

—¿Quién eres? —pregunta aturdida.

—Sí, mamá, o mejor dicho, Emma —dice con desprecio—. Porque no mereces que nadie te llame así. Probablemente no te acordarás de mí porque me abandonaste con tan solo unos días de vida en la puerta de un hospital. Pero ya ves... yo siempre me he acordado de ti, y como puedes comprobar, no para bien.

Emma está perpleja, tanto que le ha costado ser consciente de que tiene una pistola apuntándole a la cabeza.

—Era muy joven, yo...

—¡Cállate! *Estaba sola... era muy joven... fue un error... no podía mantenerte... te merecías algo mejor... bla... bla... bla* —enumera Emily en tono de burla, moviendo la pistola de lado a lado—. Ya me sé todas las excusas, y no me vale ninguna.

—¿Eres tú la asesina? —consigue articular Emma.

—Bueno... digamos que... ¡sí! —responde con una sonrisa maquiavélica. Pero he de decir que habéis jugado todos muy bien y os habéis matado los unos a los otros, aunque he tenido algunos problemas técnicos. Imagino que la policía no tardará en llegar, pero mientras tanto podemos charlar un rato.

—Por favor, baja la pistola, lo siento mucho.

—¿Sabes? No ha sido fácil haber llegado hasta aquí, no sabía si acudiríais a vuestra cita a pesar de que todos confirmasteis la asistencia respondiendo a ese mensaje.

—Por favor, piensa en tus padres... —se atreve a interrumpirle Emma.

—¿Tú me vas a hablar de padres? Pues si tanto te interesa, te diré que me adoptaron enseguida. Mi madre, la que me crió y cuidó, murió cuando tan solo tenía ocho años. Y mi padre... mi padre está muy orgulloso de mí. Gracias, papá. —Suspira mirando a la esquina superior derecha del ascensor, justo donde se encuentra la cámara del mismo.

Liam está paralizado observando desde el puesto de control lo que parece ser el desenlace de esta fatídica noche. Pero hay algo que no termina de cuadrarle en esa imagen. Está tan cerca del monitor que reproduce en el centro de coordinación lo que se ve en las grandes pantallas, que le dificulta la visión, por lo que decide echar unos pasos hacia atrás.

Emily se muestra fría y calculadora. Está disfrutando con todo esto.

—A estas alturas estarán atando cabos, aun así, voy a ponérselo un poco más fácil.

Emily se quita las gafas y las mete en el bolsillo trasero de su pantalón, ante la asustada mirada de Emma. Después de parpadear un par de veces, se acerca la mano a su ojo y, con los dedos índice y pulgar, procede a quitarse una lentilla. Tras cambiarse la pistola de mano, repite el proceso en el otro ojo, dejando a la vista sus preciosos, y ahora macabros, ojos verdes.

«No, por favor, esto no puede estar pasando», piensa Liam con horror mientras se lleva sus manos esposadas a la boca.

El siguiente movimiento es clave para él.

Emily se lleva las manos a la cabeza. La peluca es su segunda piel, suave y sedosa, pero a pesar de su cometido, ha comenzado a sentir su cabeza aprisionada. Con un movimiento decidido, comienza a desabrochar las pequeñas pinzas que la sujetan. El sonido de los clips resuena en el silencio del ascensor.

Finalmente, la peluca se desliza suavemente, cayendo sobre el suelo y manchándose de sangre.

Emma no se pierde detalle.

Con un gesto firme, sacude la cabeza dejando que su larga melena rubia caiga en cascada sobre sus hombros.

—¡Grace! —grita Liam angustiado—. ¡Dios mío, Grace! «¿Qué has hecho? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?»

Está viviendo una auténtica pesadilla. Sin embargo, las imágenes no mienten.

—¡Agente! —llama con sobrealiento.

—¡Ahora no, Liam! —Carter está absorto en plena conversación con sus compañeros de Vermont, ajeno a lo que está ocurriendo dentro del ascensor.

—¡Es Grace! ¡Ella está ahí! —le dice empujándole con el hombro para que salga y mire una de las pantallas.

Sin dejar de observar las imágenes y sin creerse lo que está oyendo, el agente coge el transmisor y lanza una última petición a sus compañeros mientras envía una fotografía desde su red interna. —Por favor, identifiquen a esta joven.

—¡Tenemos que entrar! ¡Está en peligro! ¡Es ella!

—Liam, por favor, tranquilízate. No sabemos si es...

—¡Te estoy diciendo que es ella, joder! —le interrumpe de forma brusca—. ¡Conozco a mi novia!

—¿Estás seguro? No decías eso hace unas horas.

De nuevo, el transmisor acapara la atención de ambos, dando una tregua a la tensión que se ha generado entre ellos.

—Agente, ¿me recibe? Hemos conseguido identificarla. Es Grace Bennet. Veintiséis años. Sin antecedentes...

Carter no necesita escuchar nada más.

—Gracias, compañeros —se despide devastado por no haber podido hacer más.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudar? —pregunta el compañero de Vermont con auténtico interés y empatía.

—No. Habéis hecho un buen trabajo. Gracias por todo.

27

La negociación

Logan mira con atención el monitor que hasta hace unas horas él mismo estaba controlando. Una lágrima le cae por la mejilla.

—Mi niña… —suspira.

No hacen falta más palabras. Stone le coge por el cuello y le estampa la cara contra la mesa de control, rompiéndole las gafas.

—Ya puedes empezar a contarnos qué es todo esto, o te juro que disparo.

—Stone, tranquilo. Déjame a mí, por favor. Contacta de nuevo con Seguridad Nacional, necesitamos saber cómo están las cosas en el hotel. ¿Dónde cojones están los técnicos? —pregunta Smith, sabiendo que no va a obtener ninguna respuesta.

El joven agente suelta a Logan y se retira unos metros para hacer su cometido.

—Logan —se dirige Smith con aparente calma—. Tenemos dos opciones; o colaboras y haces lo que te pida, o te llevamos al calabozo y tu hija terminará muriendo en ese puto ascensor por falta de oxígeno entre los cinco cadáveres que ella misma ha provocado.

Tal y como hizo anteriormente, Logan se niega a hablar, tan solo mira los monitores con cara de satisfacción.

—¡Se acabó! —grita Smith golpeando la mesa con los puños—. Está claro que estás detrás de todo esto. Hackear la seguridad de toda una manzana no es un juego. ¡Tu hija ha asesinado a varias personas!

—¿Y qué? Eso no es asunto mío.

—¡Escúchame! Ya me estoy cansando, si no colaboras, te prometo que desearás haberlo hecho durante el resto de tu vida.

—¿Me estás amenazando? ¿En serio? —Logan se muestra impasible, cosa que a Smith le saca de sus casillas.

—Podemos hacer esto fácil, o podemos hacerlo difícil… Tú mismo —le dice al oído mientras roza su mejilla con la pistola.

—¿Y qué pasa si no quiero? ¿Vas a matarme aquí? Eso sería un error por vuestra parte. Necesitáis a un hacker, ¿y sabéis qué…? Ese soy yo.

—¡Hijo de puta! Estás muy equivocado si crees que eres el único que puede ayudarnos. ¡Hay miles como tú! —grita Smith, con la pistola apuntando ahora a su frente.

—El que está equivocado eres tú, y pronto te darás cuenta —se atreve a amenazar Logan mientras Smith, dejando atrás sus impulsos, siente miedo por primera vez ante la frialdad y seguridad que muestra el hacker.

—Agente Stone, ¿me recibes? Soy Harper, de Seguridad Nacional.

—Harper, te escucho.

—No es Logan Reed.

—¿Cómo dices?

—El hombre que tenéis detenido y que está controlando todo lo que ocurre no es Logan Reed, se trata de Gary Bennet. Fue compañero nuestro hasta hace un año.

En ese momento, y sin dejar de vigilarle, Smith se acerca a Stone para poder escuchar bien todo lo que les venía encima.

—Gary fue destituido del cuerpo de Seguridad Nacional por violar nuestra política. Entre otras cosas, desvió fondos destinados a proyectos de seguridad para su propio beneficio personal.

—Pero hay algo que no entiendo —interrumpe Stone—. Hemos leído su ficha policial, ¿cómo es que no pone nada de eso?

—¡Es un puto hacker, Stone! —le recrimina Smith esta vez con menos modales; es Harper quien vuelve a tomar las riendas de la conversación.

—Efectivamente, Gary ha borrado todo su historial dejando solamente lo que le interesaba. Es cierto que ahora trabaja como jefe de seguridad. Y con todo esto que está pasando, nos cuadra que hiciera lo que hizo.

—¿Qué fue lo que hizo? —pregunta Stone con miedo de volver a quedar mal ante su superior.

—Durante los dos últimos años se dedicó a realizar accesos no autorizados a sistemas de seguridad para obtener información personal o confidencial de otros. Utilizó recursos del departamento para realizar actividades ilegales, como hackear cuentas de personas o empresas sin autorización previa. Lo extraño es que en todas sus hazañas dejaba una firma que ahora cobra sentido. Logan Reed.

—¿Por qué se presentaría aquí con ese pseudónimo si sabía que llegaríamos hasta él?

—Para ganar tiempo —sentencia Harper.

—¡Eres un puto mentiroso! ¿Quiénes son esas personas, Gary? —grita Smith perdiendo de nuevo los nervios.

—Bueno, vosotros ya lo sabéis. Jacob, Dylan, Michael, Zoe, Scarlett, Emma y… ¡ah! Os falta la última. Venga, os voy a dar una pista. La chica desaparecida.

—No puede ser… ¿Grace Bennet? ¿Grace Bennet es tu hija?

El silencio de Gary es la única respuesta.

—¡Contesta! ¿Es ella tu hija? ¿Es Grace?

Stone está devastado, son demasiadas revelaciones en pocos minutos después de tantas horas de agonía.

Aun sintiendo la presión de la situación, el hacker no cede. La sonrisa en su rostro se transforma en una expresión de desafío.

—¿Vas a seguir intimidándome? ¡Inténtalo! Pero recuerda que soy yo quien controla las puertas y el ascensor. Sin mí, este juego no tiene fin.

Las interferencias del transmisor llegan de nuevo.

—Chicos, necesitamos que Gary coopere. No podemos acceder al hotel de ninguna manera hasta que desbloquee las puertas. De lo contrario, podríamos perder las dos únicas vidas que quedan.

—¿Qué hay de la gente del hotel? ¿Dónde están los huéspedes?

—Ha sido fácil manipular las reservas para que nadie estuviese esta noche en el hotel. Podéis estar tranquilos. Tan solo están las personas del ascensor.

—Entre ellas tu hija —sigue presionando Smith—. ¿Es ella la asesina? ¿Cómo consiguió llegar hasta el hotel sin ser vista? Su novio la está buscando desesperadamente.

—Pobre Liam, no tiene ni idea de esto. En el fondo me da pena —responde Gary entre sonrisas macabras.

—¿Y esto? —interrumpe Stone, señalando el monitor donde se vislumbran los cuerpos tendidos en el suelo.

—Bueno, tenía que mantener un poco las apariencias, son los recepcionistas. Solo están dormidos, se despertarán cuando todo esto acabe.

—No te lo voy a poner fácil, Gary. Esto no ha terminado —sentencia Smith.

En ese momento, unos pasos se oyen tras los agentes y, sin tiempo de reacción, alguien se abalanza sobre Stone, bloqueando su cuello con su brazo derecho y apuntándole con una pistola en la cabeza.

—¿Tú? ¿Tú estás detrás de todo esto? —pregunta incrédulo Smith sin quitar la vista a Gary—. ¿Por qué nos dejaste entrar? —Su voz grave se desvanece, dando paso a una gran vulnerabilidad. Es en ese momento cuando Stone descubre quién está detrás de él.

Gabriel aprieta su agarre y los músculos de su brazo se tensan como las cuerdas de un arco.

—Tenía que mantener las apariencias —responde con frialdad—. No podía dejar que sospecharais de mí. Pero no puedo permitir que os salgáis con la vuestra. Es bonito ver cómo van desactivando los explosivos que yo mismo coloqué —dice mientras observa en uno de los monitores el plano de la reacción en cadena—. Por cierto, vuestros amiguitos los informáticos están dormiditos veinte plantas más abajo.

La situación ha escalado de tal manera que la sala está a punto de estallar. Stone, atrapado en el agarre de Gabriel, intenta liberarse, pero la fuerza del hasta ahora recepcionista es impresionante.

—¡Suéltalo! —grita Smith desesperado. La tensión que se ha generado puede cortarse con un cuchillo. Gary observa la escena consciente de que cada segundo cuenta, y de que su vida, así como la de todos ellos, pende de un hilo.

—Tú tienes a Gary, yo tengo a Stone. Estamos en igualdad de condiciones. ¿Qué más quieres?

—¡Que abráis la puta puerta! ¡Joder!

De pronto, un estruendo resuena en la habitación. El disparo al aire de Smith hace que una lluvia de escombros y fragmentos de yeso comience a caer, como si el propio techo decidiera rendirse ante la presión del momento.

—No te pongas tan nervioso, Smith. Las reglas son sencillas. Si quieres que tu amiguito permanezca con vida, no te queda otro remedio que soltarle. Las cosas se harán a nuestra manera.

Mientras los agentes se miran entre sí, conscientes de que el tiempo se les acaba, Gary sonríe disfrutando de la tensión.

Se muestra reconfortado. Aunque sabe que la cosa para ellos no terminará bien, su hija había conseguido hacer lo que deseaba desde hace tantos años.

28

Un monstruo

—¿Cómo sé que eres mi hija?

—Te refrescaré la memoria. Martes trece de junio del año dos mil. Hospital Monte Sinaí. ¿Te vas acordando?

Los ojos de Emma comienzan a llenarse de lágrimas.

—Ni siquiera me buscaste. Ni una llamada, ¡nada! —grita Grace acercándose más a ella.

Emma retrocede como puede hasta apoyarse en la pared. No debe permitir que el miedo se apodere de ella. Sabe cuál va a ser su final, pero no se rendirá sin luchar.

—¡Eres un monstruo! ¡No puedo creer que estés haciendo esto!

—¿Y tú qué sabes de monstruos, mamá? Te dejaste llevar por el miedo y me abandonaste. ¿Quién es el verdadero monstruo aquí? ¡Me dejaste! ¡Me dejaste sola! —Grace respira hondo, tiene que mantenerse fría—. Crecí sin el amor de una madre, pero ahora soy yo quien tiene el control.

—¿Control? ¿Crees que esto es control? Estás destruyendo vidas, Grace. No eres una víctima, eres una asesina.

—Y tú eres la razón por la que soy así. Te encontré, y ahora que estoy aquí, es hora de que pagues —le susurra al oído con voz amenazante.

—¿De verdad crees que esto solucionará algo? ¿Vengar tu dolor con más dolor?

—No se trata solo de venganza, es justicia. Y tú, mamá, serás la última en recibirla.

—Por favor, Grace, no tienes que hacer esto. Podemos hablar, podemos intentar entendernos —le suplica con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—¿Entendernos? ¿Después de una vida de ausencia? Ya no hay nada que entender. Solo quiero que sientas el mismo vacío que yo

sentí.

—Te prometo que todo lo que hice fue pensando en ti.

—¡Ja! Perdona que me ría, mamá —dice enfatizando la última palabra—. Esto es increíble.

—Estás loca, acabarás en la cárcel —se atreve a decir Emma.

—Puede ser, pero estaré feliz por haber cumplido mi sueño. Por haber terminado con las seis personas que han arruinado mi vida.

—¿Seis?

—Oh, claro que sí, querida mamá. Estas muertes de aquí —dice señalando el resto de cadáveres con la pistola— no han sido casualidades, ni resultado de un accidente. Estaba todo planeado en mi cabecita loca, como tú dices. Fue muy divertido llegar al hotel y ver cómo estabais esperando con vuestra copa de champán y acatabais las órdenes del *maître*, que, obviamente, formaba parte de este juego. En ese momento, nos dirigimos al ascensor para bajar al restaurante y continuar con la fiesta de Fin de Año. Qué ingenuos fuisteis. ¿Quieres que te cuente quiénes son? —dice con una sonrisa demasiado tétrica mientras coge a Emma de su corta melena.

Emma no contesta, se ha quedado bloqueada, está en shock.

—¡Contesta! ¿Quieres saberlo? —Grace le tira tan fuerte del cabello, echando su cabeza tan hacia atrás que el dolor es insoportable. Dos mechones caen al suelo acompañados de un grito ahogado.

—¡He dicho que contestes!

—¡Sí! —ese grito desgarrador es lo único que sale por la boca de su madre biológica.

29

Reiniciando

Las cosas no van nada bien desde el centro de seguridad; ahora son los agentes quienes vuelven a estar a merced de Gary.

—Smith… —el susurro de Stone es lo único que sale de su boca; apenas puede respirar. El brazo de Gabriel le está asfixiando. Es la primera vez que está en una situación así en los seis meses que lleva en el cuerpo.

—Tranquilo, compañero, saldremos de esta.

Siendo consciente de que no tienen otra salida, Smith le quita las esposas a Gary, viendo cómo, acto seguido, Gabriel suelta a Stone, haciendo que este coja una bocanada de aire, volviendo a llenar sus pulmones de vida.

—Colaboraré. Pero lo haré a mi manera.

Ambos agentes se miran, pero es eso o nada, así que no tienen más remedio que ceder a su chantaje por el momento.

Gary se reclina en la silla y se prepara para devolver la conexión a millones de usuarios.

Tras marcar una numeración en su teléfono móvil, hace que en uno de los monitores aparezca un santuario de circuitos y algoritmos.

Las líneas de código se arremolinaban en su mente como un torbellino; cada comando, cada línea de texto, es un paso hacia la redención. Las pantallas muestran gráficos en tiempo real del tráfico de datos, y los indicadores de conexión parpadean como luces de alerta.

Un mensaje aparece en uno de los monitores: *Sistemas de ventilación desactivados*.

Una vez cierra esa ventana, accede a un sistema de encriptación que él mismo había creado previamente.

—*Reiniciando el sistema...* —dice en voz baja, apretando los dientes.

Presiona la tecla *Enter* y contiene la respiración. Las pantallas titilan y un zumbido resuena en la sala mientras el sistema comienza a responder. En cuestión de segundos, ve cómo las conexiones se restablecen una a una. Las líneas que antes estaban en rojo comienzan a volverse verdes, como si la ciudad recuperara la vida.

Un suave pitido suena, y Gary deja escapar un suspiro de alivio. La red está de vuelta. Los teléfonos de Nueva York comienzan a vibrar y a sonar, devolviendo el bullicio a la noche de fin de año.

—Ya está —dice, satisfecho.

—¿Se puede saber qué has hecho? —pregunta Smith al ver que el hotel y el ascensor permanecen igual.

—He devuelto la red telefónica.

—¡Eso es lo que menos nos preocupa ahora, joder! ¿Nos estás vacilando?

—Os he dicho que lo haríamos bajo nuestras condiciones —sentencia Gabriel, a la vez que presiona con más fuerza el arma en la cabeza de Stone.

En ese momento, a Liam comienza a sonarle el teléfono. Todo son mensajes de amigos y familiares para felicitarle el nuevo año, y mensajes de algunas llamadas que nunca recibió. Pero ninguna es de Grace.

—¿Carter? —le llama, enseñándole su teléfono.

Desde que han descubierto que Grace está en el ascensor, no se han separado ni un momento. Sin embargo, han decidido continuar frente a las pantallas para poder observar todo lo que ocurre, en lugar de ir al hotel, ya que de momento no pueden hacer mucho más.

—Llámala —le ordena.

Pero antes de que pueda hacerlo, las interferencias del transmisor vuelven a captar la atención de ambos.

—¿Sigues ahí, Carter? Tengo novedades.

—Smith, he intentado ponerme en contacto contigo varias veces. Grace, la chica desaparecida…

—Lo sé, Carter, lo sabemos —le interrumpe su superior.

—¿Cómo?

—El hacker, Logan Reed, no es quien dice ser. Se trata de Gary Bennet. El padre de Grace. Él está detrás de todo esto, ayudándole a cometer estas atrocidades.

—Es increíble… ¿No lo habéis detenido?

—No. Le necesitamos aquí. Es el único que puede restablecer todo el orden.

—Ha vuelto la red telefónica —dice Carter, cauteloso.

—Exacto. No sabemos qué paso dará después. Está colaborando a duras penas. Por favor, no perdáis detalle de las pantallas. Los compañeros de Seguridad Nacional están a las puertas del hotel para entrar en cuanto las desbloquee.

No le informa a Carter de su situación real por temor a la reacción de los delincuentes y para evitar una intervención del equipo de coordinación, que de momento considera innecesaria, sobre todo estando Adams con su afán de protagonismo en el cargo.

—Perfecto, Smith. Gracias.

Liam, que ha escuchado la conversación, está bloqueado. Se siente engañado, traicionado, sucio. ¿Su novia, una asesina? No puede ser. Tiene que haber una explicación para todo esto. Sin embargo, hay algo que no se puede sacar de la cabeza: *¿Cómo cojones desapareció sin darme cuenta? Se evaporó ante mis ojos.*

—Tienes que llamarla —vuelve a ordenarle el agente, tras ver su cara desencajada.

Liam, con miedo, obedece. No está preparado para todo lo que se le viene encima. Va a descubrir en cuestión de minutos todo lo que Grace le ocultó. Su vida y su pasado. Todo lo que no le contó durante este año que estuvieron juntos.

30

Comienza el juego

Uno de los teléfonos del ascensor se ilumina mientras suena al ritmo de la canción *Everything 's Gonna Be Alright*. Las chicas contienen la respiración. Grace siente cómo el tiempo se le escapa de las manos; no contaba con esto. Todavía no.

Emma se lanza hacia su teléfono sin importarle las consecuencias que pueda tener; necesita llamar a…

—¡Ni te atrevas! —le grita, desafiante, mientras le sigue apuntando con la pistola.

Grace se agacha y coge su móvil, que sigue emitiendo el sonsonete a todo volumen. Con las manos temblorosas, no está preparada para tener esta conversación. Mirando a la cámara del ascensor, responde la llamada.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? Tú… eres… eres una psicópata —Liam está bloqueado; le cuesta pronunciar esas palabras que jamás pensó que diría acerca de su novia.

—Lo siento, Liam. Pensé que podría olvidarme de todo, pero es superior a mí. Siento que te enteres así, pero es mi pasado y forma parte de mi vida. Sé que no lo entenderás, pero, por favor, perdóname y sé feliz. Te mereces lo mejor.

—Desapareciste ante mis ojos… Todo ha sido culpa mía. No debí soltarte la mano, si me hubiera dado cuenta…

—No fue fácil escabullirme, créeme. No es tu culpa, Liam, pero gracias a que no te diste cuenta he podido hacer todo esto.

—¿Alguna vez me has querido? —pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—Más de lo que crees. Adiós, Liam —decide cortar la conversación, porque le está haciendo más mella de la que esperaba. Tiene que centrarse en rematar su plan.

Grace está devastada. Liam es su punto débil; siempre la ha querido y la ha protegido por encima de todo, a pesar de no saber nada de su vida. Durante este año ha sido feliz, pero sabe que su felicidad no será completa hasta que termine con todo esto. Tras cortar la llamada y echar un vistazo a su alrededor, la Grace vengativa vuelve a tomar las riendas de la situación. No puede permitir que nada ni nadie le haga cambiar de opinión a tan solo unos minutos de terminar con su plan, por lo que decide apagar su teléfono mientras Liam vuelve a quedarse embelesado con esa pantalla.

—¿Por quién quieres que empiece, mamá?

Emma no entiende nada. Está completamente aterrada, incluso más de lo que ha estado hasta ahora viendo cómo morían sus compañeros. Ante su silencio, Grace vuelve a estallar.

—¡He dicho que por quién quieres que empiece!

Grace la lleva de lado a lado del ascensor, agarrándola de la melena y tirando de ella hacia abajo, obligándola a caminar sobre los cadáveres. El contacto con la piel fría y rígida de los muertos es de un horror indescriptible.

La textura es dura, como si estuvieran hechos de una extraña mezcla de carne y hielo. Con cada pisotón siente cómo un escalofrío le recorre todo el cuerpo.

—¡Di un nombre, joder! —vuelve a gritar Grace, cada vez más enloquecida.

—Jacob —susurra Emma, casi sin aliento.

En ese momento, le acerca la cara a escasos centímetros de su cadáver. Emma no puede evitar tener varias arcadas que resuenan entre esas cuatro paredes. La rigidez se ha apoderado del rostro desencajado de Jacob, y la descomposición de las células ha hecho que se torne de un color verdoso. Apenas puede reconocer a la persona que era hace siete horas.

—Buena elección, mamá. Empecemos por el principio —la voz de Grace es ahora suave y delicada. Está fuera de sus cabales; parece que tenga dos personalidades.

Tras levantarle la cabeza y empujarla contra la pared, continuó con su discurso, que tanto había ensayado en su mente.

—¿Quién se atrevería a matar a un policía? ¿Te suena esa frase? Es lo que yo dije para atraer vuestra atención y comenzar con las elucubraciones. Pues ahí va la respuesta… ¡Yo! ¡Yo lo maté! Necesitaba empezar con alguien, así que aproveché el primer apagón para hacerlo. No podía dejarle vivo en una situación como esta. Cuando empecé a investigarle y descubrí que era policía no podía creerlo. ¿En serio un niño como él se había convertido en fuerza de seguridad? Era irónico. Pero mírate tú también: abandonaste a tu hija y te hiciste abogada de familia. ¿Creíais que con eso calmaríais vuestra conciencia?

—Era imposible ver en la oscuridad… ¿Cómo lo hiciste? —pregunta Emma, adormilada. Sus fuerzas están flaqueando demasiado.

—Estaba todo pensado. ¿Ves estas gafas? —dice, enseñando de nuevo aquellas que guardó en su bolsillo para descubrir su verdadera identidad—. Son de visión nocturna. Se puede ver a la perfección en plena oscuridad. Sabía perfectamente a quién estaba disparando.

Emma estaba absorta escuchando todo lo que decía. Tanto era así que había conseguido olvidarse de que la pistola seguía apuntándole.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Todo empezó en el colegio, cuando yo tenía diez años. Estudiaba quinto de primaria en *Trinity School*. De nada sirvió que fuera la escuela más prestigiosa de Nueva York para evitar que ocurriera todo aquello. Jacob tenía tres años más que yo, pero siempre andaba con los pequeños; le encantaba meterse con ellos. Cogió una obsesión brutal conmigo, hasta el punto de hacerme la vida imposible.

Por un momento rememoró las burlas, los empujones en el pasillo y los comentarios hirientes que Jacob le lanzaba como flechas:

«¿Por qué no te quedas en casa, Grace? Nadie quiere jugar contigo».

«Hasta tu madre te abandonó».

«Nadie te quiere».

Esas palabras resuenan en su mente como dardos que van directos al corazón. Pero ahora, frente a ella, ya no está el niño que había atormentado su infancia, sino su cadáver putrefacto.

—Juré que me vengaría de él. Me cambié de colegio y las cosas fueron a mejor… hasta dos años antes de empezar la universidad, cuando me crucé con Michael.

31

Quinta planta

Gary observa la situación a través de las cámaras de seguridad. Su rostro, iluminado por la luz azulada de las pantallas, muestra una mezcla de satisfacción y frialdad. Hace siete horas, había logrado bloquear el ascensor con un movimiento que planeó meticulosamente, sabiendo que se desataría el caos y la muerte en cuestión de minutos.

Ha llegado el momento de desbloquearlo.

Con un gesto decidido, comienza a teclear sobre la mesa de mandos para habilitar de nuevo el sistema, pero no lo hace con la intención de liberar a las víctimas. A pesar de que su hija se encuentra ahí, en su mente, la diversión apenas ha comenzado. *«Voy a darles una última sorpresa»*, piensa mientras ejecuta un comando para desactivar los frenos del ascensor.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta al aire con voz temblorosa.

En el interior, Emma siente cómo un escalofrío le recorre la espalda. La luz principal se establece, haciéndoles ver que están atrapadas en la planta veinticinco.

Gary sonríe, anticipando el momento en que el ascensor comenzará a caer.

—Tres… dos… uno... —cuenta en voz baja mientras los sistemas del edificio responden a su orden.

Tras un sonido atronador, el ascensor comienza a descender con una velocidad aterradora durante tres segundos y medio, haciendo que los cadáveres leviten unos centímetros. La sangre, junto con los vómitos, se desliza de un lado a otro del cubículo mientras las dos mujeres, gritando, se aferran a lo que pueden cuando su mundo empieza a girar. Grace no entiende nada.

—¡No tan rápido, papá! —grita Grace mientras el ascensor cae en picado.

Afuera, el hacker observa con deleite, disfrutando de la sinfonía del caos que él mismo está creando.

El panel luminoso que indica los números de las plantas sigue parpadeando, mostrando cada número en un destello rápido hasta que el ascensor se detiene de golpe en la quinta planta del hotel; sin embargo, las puertas no se abren.

—No puedo hacer nada más por el momento —les dice a los agentes, que no dejan de observarle ni un segundo.

Lo peor de todo es que ellos tampoco pueden hacer nada: se han convertido en sus marionetas.

Grace, que ha conseguido conservar la pistola en la mano, se dirige a Emma acariciando su mejilla con el arma.

—¿Quién quieres que sea el siguiente?

Emma no contesta. Tiene los ojos cerrados para no seguir viendo las atrocidades que hay bajo sus pies. La fuerza que tenía hasta que empezó a saltar sobre el ascensor ha caído en picado al descubrir que la verdadera asesina es su hija, caracterizada en otra persona para que el resto no pudieran reconocerla.

—Bien, viendo que no contestas, seguiré con Dylan. Se dice que el primer amor nunca se olvida. ¿Ves su carita? Esa carita me enamoró cuando yo tenía quince años —le dice mientras guía su cara hacia su cadáver—.

—Oh, Dylan... pobrecito el informático. Qué fácil me lo pusisteis para acabar con él. Tan solo tuve que ponerle entre las cuerdas y sacar a la luz el mensaje. Todo apuntaba a que era él, y Zoe lo puso en bandeja al idolatrar tanto su trabajo como experto en ciberataques. ¿Quién sino podría hacer todo eso, no? Hackear móviles, cortar la red telefónica, burlar la seguridad de este hotel, controlar las cámaras de seguridad... ¡Ah! ¡Qué tonta! Se me olvidaba... todo esto se está retransmitiendo en directo por *Times Square*. Miles de personas han sido testigos de esta masacre. Mira, saluda a cámara —le dice cogiéndole de la barbilla para que mire hacia el punto rojo que parpadea en la esquina superior derecha del ascensor.

«¿Cómo no me di cuenta antes?», se lamenta Emma.

—¡Por favor, sáquenme de aquí! ¡Ayúdenme!

—¡Cállate! Y saluda a cámara.

Emma no se inmuta. Sus músculos están rígidos y apenas puede articular palabra.

—¡He dicho que saludes!

—Hola… —es lo único que consigue escupir por su boca.

—Bien hecho, mamá. Pero... no nos desviemos del tema. Obviamente no era él quien manejaba todo esto, sino mi padre, Gary Bennet, el mejor hacker de Nueva York. Sin embargo, aunque trabaja bajo el pseudónimo de Logan Reed, le han descubierto. Lo supe en el momento en que el mensaje de Zoe no fue eliminado de su teléfono. Teníamos que haber programado el borrado de los mensajes, pero no nos fiamos de que funcionase y no podíamos dejar pistas en caso de que la poli llegara antes de terminar con todo esto.

—Podríamos haberte disparado. ¿Cómo te fiaste de que no lo hiciéramos?

—Era un riesgo que tenía que correr, pero mira —le dice cogiéndole bruscamente la mano.

Emma encoge su brazo con miedo. Pero Grace vuelve a tirarle para que pueda tocarle el pecho, dándole dos golpes secos.

—Eso es…

—Un chaleco antibalas. ¿Es discreto, eh? —se regodea mientras se quita el jersey, dejando sus brazos al descubierto y su torso tapado por aquel fino chaleco negro—. El estúpido de Michael casi me pilla, pero supe parar la conversación y pronto se convirtió en una nueva víctima.

—Todavía no me has dicho qué te hizo Dylan.

Emma parece recomponerse por momentos. Siente una mezcla de angustia y rendición. Sabe cuál es su final, así que al menos le gustaría saber el porqué de todo eso.

—Pasé seis meses maravillosos a su lado, me enseñó lo que era amar, pero todo se torció cuando esa furcia se cruzó en nuestro camino. No supo darme mi lugar y me dejó por mi prima, por ella. Zoe, ¿cómo pudiste hacerme eso? Me arrebataste lo que más quería

en ese momento —dice mientras observa su cadáver entrelazado con el resto de cuerpos.

32

Dos pistolas

Liam sigue con Carter, mirando atentamente las pantallas. La gente que continúa en la avenida no puede evitar mirarle: todos saben que es el novio de Grace.

—¿Cómo estás? —se interesa Carter.

—No lo sé, yo... no tenía ni idea de todo esto. Nunca me habló de su familia ni de su pasado. No sé quién es, Carter. Es otra persona. Grace es... *era* cariñosa, risueña, siempre estaba encima de mí, abrazándome, dándome caricias. Pero esto, esto es terrible. Creo que voy a irme a casa. Necesito estar solo y asimilar todo lo que está pasando.

—Verás, Liam, no puedes irte ahora. Vas a tener que ir a comisaría y prestar declaración.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Pueden acusarte de cómplice y, como mínimo, los jefes tendrán muchas preguntas para ti.

—¡Pero eso es ridículo! ¡Yo no tengo nada que ver! —Liam no tiene fuerzas para discutir; lleva veinticuatro horas despierto y apenas puede mantenerse en pie.

—Lo sé, Liam, y de verdad que lo siento, pero es el protocolo. Te creo y estoy seguro de que dices la verdad, pero si no vas, solo harás que empeoren las cosas.

—Está bien —acepta resignado—. ¿Qué le pasará a ella?

—Grace será detenida en el momento en que consigan entrar al hotel, no va a hacer falta una declaración. Ella misma lo está confesando. Será llevada a disposición judicial, pero te adelanto que no habrá fianza. La pena de prisión a la que se enfrenta puede ser de veinticinco años a cadena perpetua.

Los ojos de Liam se llenan de lágrimas; la quiere demasiado como para verla entre rejas, pero está claro que ella no siente lo mismo. Ha jugado con él sin importarle sus sentimientos.

—¿Podré verla?

—No sé si será posible, a menos que te dejen acceder al hotel. Siento mucho todo esto, de verdad.

Carter le da dos palmadas en la espalda a modo de consuelo; no puede ni imaginarse lo que tiene que estar sintiendo en estos momentos. Tras agradecer el gesto con una leve sonrisa, ambos vuelven a fijar sus miradas en la gran pantalla, donde la declaración de Grace sigue su curso en riguroso directo.

—Has dicho que estabas con tu novio y desapareciste, ¿cómo lo hiciste?

Emma necesita entender cómo una chica tan joven y aparentemente inocente ha conseguido despistar a su novio y a toda una manzana para colarse en este ascensor.

—Bueno, todo empezó a las doce de la mañana. Aproveché que Liam estaba trabajando para salir de casa, cogí una pequeña bolsa de deporte y me vine hasta aquí. Subí a la habitación 109 y coloqué cuidadosamente encima de la cama todo lo que había traído: ropa, colgante, peluca, gafas, lentillas, chaleco y dos pistolas —dice enfatizando esas últimas palabras y agitando el arma en su mano—. Una vez revisado el número de balas que había en cada cargador, cerré la puerta despacio y bajé por el ascensor que, horas después, se convertiría en una trampa mortal para cada uno de vosotros.

Emma baja la mirada al suelo; los cadáveres se han desplazado y no ocupan la misma posición que hace unos minutos. Las piernas de unos se mezclan con los brazos de otros, dejando a la vista la otra pistola. Es ahora cuando se da cuenta de que siempre ha estado ahí y podía haber hecho uso de ella, al menos para defenderse.

Efectivamente, hay dos pistolas: la que sostiene Grace en su mano y llevaba desde el principio bajo esos anchos pantalones, y la que utilizó para matar a Jacob y que luego sirvió para desencadenar el resto de muertes.

Intenta crear en su mente los movimientos adecuados para cogerla sin que su supuesta hija se lo impida. La tiene totalmente

desconcertada: tan pronto es una balsa de agua como estalla hecha una furia.

En un descuido de Grace, echando un vistazo a su móvil, Emma se agacha, coge la pistola del suelo y, sin dudarlo, le apunta a la cabeza. Siente que se le resbala entre los dedos: hay demasiada sangre.

—No te atreverás a matar a tu propia hija.

—Lo haré si mi vida está en peligro.

—No lo harás —dice Grace, demasiado tranquila para la situación que está viviendo.

Emma aprieta el gatillo y cierra los ojos esperando el estruendo que acabaría con la vida de Grace. Sin embargo, un ligero *click* es lo único que sale del acero.

—¿En serio crees que soy tan tonta como para meter más balas? Solo había cinco, las necesarias. Soy más lista que tú, y créeme que esto es lo peor que podrías haber hecho.

Grace la coge del cuello y la estampa contra el cristal, haciendo que este se rompa y le provoque un corte en la frente. La sangre le baja por la cara.

—Podría matarte ahora mismo, pero necesito que sepas todo lo que he sufrido en estos años de vida por tu culpa.

—Yo no tengo la culpa de nada.

—¡Me abandonaste! ¡Me dejaste tirada sin preocuparte si alguien me recogía! ¡Nunca me buscaste!

—No fue fácil, pero tuve mis razones —Emma está resignada; sabe cuál va a ser su destino y lo ha aceptado.

—¿Razones? ¿Como las que tuvieron todos estos para hacer lo que hicieron? —responde Grace, señalando con la pistola a los cadáveres.

—¿Por qué hoy? ¿Por qué aquí? —Emma quiere saber más; necesita saber toda la verdad.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente, no te hagas la loca. ¿Por qué en este ascensor?

—Es el último día del año, y el último día de vuestras vidas —sonríe—. En cuanto al lugar, al principio tenía dudas, pero enseguida

las piezas fueron encajando y me llevaron hasta aquí. Lo que me recuerda que es hora de contarte la historia de Scarlett. Ella era mi mejor amiga; incluso te diré que la última vez que nos vimos fue la semana pasada, en terapia.

Al ver la cara de asombro de Emma, Grace fue más concreta:

—Como os dije, yo soy psicóloga, y Scarlett confiaba en mí para tratar su ansiedad y su fobia a los espacios pequeños. Al principio me negué, pues nuestro código deontológico así lo indica: no podemos tratar a familiares ni amigos. Sin embargo, cuando todo esto tomó rumbo y comenzamos a tejer el plan, supe que debía hacerlo. Tenía que tratarla para mi propio beneficio. Padecía claustrofobia severa y, por lo que me contaba en las sesiones, supe perfectamente qué actitud iba a tomar. Se acurrucaría en una esquina y pasaría a un segundo plano. Eso fue exactamente lo que hizo, cosa que ayudó a que no sospecharais de ella hasta el último momento. De hecho, no fue fácil convencerte de ello. Por otro lado, mi padre trabaja en este hotel desde hace un año y, gracias a sus conocimientos, podía hacer y deshacer las reservas de esta noche a su antojo y jugar con la seguridad del ascensor. Pero necesitaba algo más. Fue entonces cuando descubrí que Dylan era el blanco perfecto para que comenzase el efecto dominó. Esas tres cosas fueron las razones que me llevaron hasta aquí.

—¿Mataste a Zoe?

—Sí. Al igual que Jacob, era la única persona que podía hacerlo. Le disparé desde el suelo, exactamente desde la misma posición en la que se encontraba Scarlett, para dar credibilidad a mi teoría de que había sido ella quien le disparó. Finalmente me creíste.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Ya te lo dije: se cruzó en nuestro camino quitándome lo que más quería en ese momento, Dylan.

—Me refiero a Scarlett. —La mirada de Emma desprendía culpabilidad; si no la hubiese abandonado, seguro que las cosas serían diferentes.

—Cuando yo tenía dieciséis años, empecé una relación con Noah, mi profesor de instituto, diez años mayor que yo. Me cobijé en él y se convirtió en mi mayor apoyo, pero ambos sabíamos que esa

relación no podía ver la luz, al menos de momento. Lo llevamos en secreto, pero cometí el error de contárselo a ella, pues era mi mejor amiga. En una mala racha que pasamos, Scarlett aireó el secreto y pronto llegó a oídos de dirección. Me echaron del instituto y a Noah lo despidieron, negándole el derecho de volver a ejercer como profesor. Intenté ayudarle, intenté convencerle de que entonces podríamos seguir con nuestra relación con total libertad, pero llegaron a tacharle de abusador. Él no pudo soportarlo y se suicidó, dejándome totalmente devastada. Le hice creer a Scarlett que la había perdonado, pero no fue así. Nunca la perdoné, pues fue la única responsable de su muerte. Ha sido muy duro verla semana a semana en mi consulta y aparentar normalidad cuando por dentro me moría de ganas por verla así, muerta. Pero ha merecido la pena —exclama, satisfecha.

33

Jugando con fuego

Parece que hay movimiento en el interior del hotel. El agente Harper se pone alerta al ver cómo un hombre aparece por detrás del mostrador de recepción. Parece adormilado; anda dando tumbos de un lado a otro. Confuso, se dirige a la puerta del hotel al ver tantas luces de policía.

—¿Qué ha pasado? —pregunta a través del cristal, mientras echa un vistazo a su alrededor y ve todo vacío.

Conforme se va despejando, nota algo extraño a su alrededor. Algo ha embriagado el ambiente.

Harper coge el megáfono y se dirige a él con la esperanza de avanzar algo más.

—¿Cómo te llamas?

—Ethan Baker —su voz suena muy apagada debido al blindaje de los cristales de la puerta.

—Ethan, soy el agente Harper, jefe del Departamento de Seguridad Nacional. Tienes que mantener la calma, ha habido un ataque. En uno de los ascensores hay una psicópata: tiene a una mujer atrapada junto a cinco cadáveres. Tienes que intentar abrir las puertas del hotel para que podamos entrar.

El recepcionista, un hombre delgado de mediana edad, hace lo posible por asimilar toda esa información que le ha caído como un jarro de agua fría. Horrorizado al verse rodeado de tantos explosivos, va al cuadro de seguridad y ve que las palancas no responden a sus indicaciones.

—¿Cómo es posible?

—Han hackeado todo el sistema y la seguridad del hotel. Necesitamos saber si recuerdas algo. Parece que te durmieron con cloroformo. Por favor, haz por recordar.

—Estaba con mi compañero… ¡Dios mío, Landon!

Ethan vuelve corriendo al mostrador y tras él ve a su compañero tirado en el suelo, inconsciente. Con cuidado, lo arrastra con fuerzas hasta la puerta acristalada.

—¡No respira!

—Tranquilo, Ethan. Debido a su complexión, el efecto del cloroformo le durará un poco más que a ti, pero despertará, no te preocupes —se gira hacia sus subordinados y se dirige a ellos—. No podemos esperar más, esto es absurdo.

—Stone, ¿me recibes? ¿Por qué cojones no abre las puertas del hotel?

—Harper, la negociación está siendo complicada. No colabora.

—¡Pásame a Gary! —ordena.

—Gary, no sé qué pretendes con todo esto. Ya han muerto cinco personas, ¿qué más queréis? Desbloquea el ascensor y las puertas del hotel si no quieres que lo volemos por los aires. Los *SWAT* ya están al tanto.

Gary necesita ganar tiempo, pero la policía no se lo está poniendo fácil. Tiene que disimular y confiar en que Grace hará el resto.

Comienza a teclear una nueva línea de código ante la mirada de los agentes. De repente, una voz distorsionada surge del altavoz del ascensor.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Tenemos varios intentos de aviso.

Emma se detiene en seco. El miedo se transforma en esperanza al oír esa voz.

—¡Sí! ¡Sáquenme de aquí, por favor! ¡Me van a matar!

—Estoy intentando restablecer el sistema de emergencias, pero algo está fallando. ¿Cómo te llamas?

—Emma Clark.

—Tranquila, Emma. Dame un minuto.

—¡No puedo esperar más! ¡Estoy atrapada!

Emma no deja de mirar a Grace. Se está aferrando a un clavo ardiendo, y sabe que las consecuencias no van a ser buenas.

—Emma, alguien ha bloqueado el acceso a emergencias. No puedo hacer mucho más. Voy a intentar disparar la alarma, por

favor, aguarde…

En ese momento, un ruido ensordecedor resuena en la cabina. Emma se cubre los oídos mientras la mecánica voz se interrumpe en un grito agudo. El altavoz estalla, dando lugar de nuevo al silencio.

—¿Qué pretendías hacer? —Grace se acerca a tan solo cinco centímetros de ella y comienza a enredar un mechón de su pelo en el dedo—. No juegues con fuego, mamá. Estás a mi merced, al igual que todos ellos.

—¿Cuándo vas a terminar con todo esto? Mátame si es eso lo que quieres, pero, por favor, hazlo ya.

No tan deprisa. Todavía tenemos tiempo.

La cabeza de Emma va a estallarle en cualquier momento; no sabe qué actitud adoptar. Baja la mirada y vuelve a observar, horrorizada, la imagen que hay bajo sus pies.

—¿Qué te hizo él? —pregunta, señalando uno de los cadáveres, mientras varias arcadas salen por su boca.

La hinchazón en ellos es evidente y las pústulas de gas han comenzado a formarse en la superficie de la piel.

Los fluidos corporales se liberan, provocando manchas en el suelo del ascensor, y la sangre roja, todavía viscosa, se mezcla con ellos. La falta de oxígeno y el aumento de dióxido de carbono no ayudan en esta situación. Está todo impregnado de un olor nauseabundo y casi irrespirable.

—¿Michael? —*Michael me hundió la vida* —susurra Grace mientras se sienta en una esquina del ascensor, visiblemente afectada.

Emma no se esperaba esa reacción. Hasta ahora ha sido cruel y vengativa, pero en este momento la vulnerabilidad se ha apoderado de ella. Con un profundo suspiro y mirando hacia el infinito, comienza a relatar el horror que vivió aquella fatídica noche.

—Nunca pensé que eso me sucedería a mí. A pesar de lo mal que lo había pasado años atrás, creía que sabía cuidar de mí misma, pero la vida tenía otros planes para mí. Esa noche… esa maldita noche, todo cambió. Era solo una fiesta llena de risas y de música. Nunca imaginé que, detrás de aquella sonrisa, se escondía un monstruo. Michael… sentado en aquel sofá, tenía una forma de

sonreír que hacía que te sintieras especial, como si fueras la única en la habitación. Me ofreció una bebida. Dijo que era algo ligero y que todos lo estaban tomando. Confié en él. ¿Cómo iba a saber que me estaba drogando? Sentí que perdía el control cuando el mundo comenzó a girar a mí alrededor.

Grace tiene que parar. Se pasa las manos por el rostro, intentando borrar ese recuerdo. Cuando se siente con fuerzas, sigue contando su horrible experiencia.

—Desperté en la cama de una habitación oscura y fría. No sabía cuánto tiempo había pasado. Solo vi que él estaba allí, encima de mí. La mirada en sus ojos no era la de un amigo, sino la de un depredador. Y yo, era su presa.

Grace se levanta como si la rabia le impulsase a hacerlo.

—Grité. Grité con todas mis fuerzas, pero nadie vino a ayudarme. Nadie me escuchó. Fue entonces cuando comprendí que estaba sola, como tantas otras veces a lo largo de mi vida. Vi que el mundo no se detendría por mí y que mis gritos se perderían en la oscuridad. No sé cómo logré salir de allí, tal vez fue el instinto de supervivencia, pero cuando finalmente volví a casa, cada rincón de mi ser estaba marcado por el horror. Un horror que nunca olvidé.

Emma está conmovida; siente tanta lástima por Grace que ha olvidado que su vida está en juego, llegando incluso a tener una cierta empatía hacia ella.

—Lo siento de verdad, yo…

—¡Cállate! —le grita, volviendo a ser la psicópata de hace unos minutos—. No tienes derecho a decir nada.

34

Diez minutos

El equipo de bomberos, junto con los *SWAT* y Seguridad Nacional, no descansa ni un minuto. Han conseguido desactivar tres explosivos más y el tiempo se les está echando encima. Necesitan saber qué está ocurriendo en el centro de seguridad.

—Agente Stone, ¿me recibe?

—¡Agente Stone! —repite, al no obtener respuesta.

—Soy el inspector Smith, ¿quién habla?

—Soy el agente Harper, no podemos acceder al hotel. ¿Qué está pasando, Smith?

—Está colaborando... pero a su modo. De momento, solo ha restablecido la red telefónica.

—¡No me jodas! ¿Qué hace ahora?

—Nada.

—Por favor, seguid presionándole, tenemos que entrar cuanto antes.

—No estamos solos —dice con cautela, mirando a Gabriel—. Tenemos otro cómplice con nosotros, nos está extorsionando y tiene a Stone a tiro. Solo podemos seguir sus órdenes.

—¡Smith, desde aquí no podemos hacer mucho más!

—¿Cuántos explosivos quedan por desactivar? —pregunta Smith, ignorando lo que ha dicho.

—Seis, pero ya sabes que en el segundo nos quedaremos sin…

—¡Me da igual, Harper! ¡Hay que intentarlo!

—No sabemos si alguno se detonará. ¡Vamos completamente a ciegas!

—Nada que los *SWAT* no puedan controlar. Desactivad uno más. Si el siguiente se activa, la cristalera se romperá con el estallido —

impone Smith ante la atenta mirada de Gary y Gabriel—. Desalojad la zona y los edificios colindantes, y vosotros… corred o parapetaos.

—¡Ya lo habéis oído! —grita Harper—. No podemos perder más tiempo. ¿Tenemos localizado el siguiente?

—Sí, señor —responde el jefe de los *SWAT*.

—Está bien. ¡Por favor, desalojad a todo el mundo y alejaos de la puerta! —ordena Harper.

Con sumo cuidado, al igual que lo ha hecho las otras veces, comienza a programar en su dispositivo para conseguir desactivar el artefacto mientras sostiene una linterna con la boca.

No es una tarea fácil. El hecho de que estén colocados en el interior del hotel —aunque más o menos visibles— complica mucho su desactivación, a pesar de que cuentan con herramientas avanzadas para interferir la señal de los mismos y neutralizarlos por control remoto.

Los nervios están a flor de piel. Es extremadamente peligroso y no pueden fiarse de que no explotará ninguno de ellos. El temporizador marca veinte minutos.

Observa los números parpadeantes, sintiendo el sudor deslizarse por su frente. *«Allá vamos»*, murmura en un susurro. Con pulso firme, se prepara para desactivar el quinto explosivo. No puede perder tiempo pensando qué ocurriría en caso de fallo.

«Tres... dos... uno…» Presiona el botón bajo un silencio abrumador, seguido de un pitido agudo que hace que todos contengan la respiración.

No pueden hacer más. Tienen diez minutos para conseguir desactivar los cinco artefactos restantes, pero, ante esa reacción en cadena, están perdidos. Uno más, y todo volará por los aires. Definitivamente, están a merced de Gary.

35

Adelante

—No puedo creer todo lo que está diciendo. ¿En serio ha pasado por todo esto? ¿O es otra de sus mentiras?

Antes de darle una respuesta clara, el agente Carter repasa las notas que ha ido reuniendo a lo largo de la noche.

—Me temo que dice la verdad, Liam. Según nos comentaron los compañeros de Vermont, Michael estuvo varios años en la cárcel por tráfico de drogas y abusos sexuales. No sé si habría más víctimas, pero seguro que Grace fue una de ellas.

—Pero entonces, lo que ha hecho no ha sido por capricho. Estas personas a las que ha matado le hicieron cosas horribles en el pasado. ¿No tendríais que tener eso en cuenta?

—Entiendo que quieras defenderla, pero tomar la justicia por su mano no es la solución. Por muchas razones que tenga, no dejan de ser cinco muertes. Y los dos sabemos que su supuesta madre también morirá; solo es cuestión de tiempo.

Liam está confundido. Siente un odio terrible hacia Grace por lo que ha hecho, pero algo le dice que tiene que intentar ayudarla.

—¡Esa gente convirtió su vida en un infierno! ¿Cómo podéis esperar que soporte tanto dolor sin que eso le afecte?

—Lo sé, y de verdad entiendo que quieras ayudarla, pero eso no justifica lo que hizo. La ley no funciona así. Si ella quería justicia, debió acudir a las autoridades, no convertirse en una criminal. Puede que haya un juicio, pero las excusas no van a ser bien recibidas.

Sus ojos se llenan de lágrimas. La impotencia lo consume.

No puedo dejar que la metan en la cárcel por lo que le hicieron. No sería justo. No después de todo lo que ha pasado.

Carter se queda en silencio. Hay una chispa de comprensión en su mirada, pero el deber le obliga a mantenerse firme.

—Lo mejor que puedes hacer es mantenerte al margen, Liam. No tienes nada que ver en todo esto y, si haces lo correcto, no te salpicará.

Liam asiente resignado, sintiendo el peso de su elección. Tiene que aceptar lo que su novia ha hecho, así como la condena por sus actos, aunque eso le persiga durante el resto de su vida.

Tras finalizar la conversación, ambos continúan atentos a las pantallas, ajenos a lo que está ocurriendo en el centro de seguridad.

Están a diez minutos y cinco explosivos de conseguir abrir las puertas. La situación es crítica: podrían detonarlos, pero eso sería un suicidio. No pueden permitirse perder más vidas, *sus* vidas.

—¿Entendéis ahora por qué nadie más puede ayudaros? Nosotros tenemos el control absoluto. Sin nosotros, no conseguiréis acceder al hotel —dice Gabriel al oído de Stone, lo bastante fuerte como para que Smith también lo oiga—. Sin embargo, la decisión es vuestra. ¿Queréis seguir jugando a las dinamitas o las desbloqueamos nosotros?

—Aseguradme que, si lo hacéis vosotros, desactivaréis las bombas.

—Por supuesto. Somos hombres de palabra —sonríe Gabriel de manera macabra.

Al cabo de unos minutos, en una señal de Gabriel, Gary rompe el silencio ejecutando nuevos comandos, sabiendo que el final ha llegado. Han sido ocho horas de adrenalina emocional, infiltrándose en el sistema del hotel, eludiendo *firewalls* y la seguridad del mismo.

Ambos agentes no dejan de mirar las manos del hacker. No saben si han hecho lo correcto, pero, dadas las circunstancias, es lo único que podían hacer. Ya darían explicaciones a sus superiores cuando llegase el momento.

Una interfaz de acceso se despliega, mostrando menús de control de acceso, cámaras de seguridad y, al fin, el sistema de cerraduras electrónicas. Con una sonrisa de satisfacción, ejecuta un *script* que había preparado meticulosamente.

Un pitido suena mientras la línea de comandos confirma la conexión.

—*Adelante* —murmura para sí mismo, sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo.

Un *clic* resuena en el aire, y las puertas de cristal del *Hotel Riu Plaza Manhattan* se abren lentamente, invitándoles a entrar.

—¡Esperad! —grita Harper—. No podemos entrar tan a la ligera. Comprobad que todos los artefactos han sido desactivados.

Tras unos minutos de minucioso trabajo, el jefe de los *SWAT* confirma que está todo en orden.

—Harper, ¿me recibe? Las puertas del hotel han sido desbloqueadas. ¿Por qué no entráis?

—Sí, Smith… Vamos a ello. Estábamos realizando unas comprobaciones —suspira.

Con el agente Harper al mando, todos los efectivos se colocan en formación de abanico. Están dentro.

—Carter, tengo que ir al hotel —dice Liam al ver cómo los policías van entrando—. ¡Tengo que verla!

A regañadientes, pero pensando que tal vez la presencia de Liam haga recapacitar a Grace —a juzgar por el efecto que tuvo la llamada telefónica—, Carter le acompaña hasta el hotel.

El olor que invade el *hall* les prepara para lo que se van a encontrar en ese ascensor. Es aterrador. Sienten un malestar que no son capaces de esconder, pero ejecutan perfectamente los protocolos para los que han sido adiestrados.

Revisada y asegurada la zona, uno de los agentes permite la entrada al servicio de emergencia médica y se dirige a atender a los recepcionistas. Ethan ya está recuperado de los efectos del cloroformo, pero presenta un cuadro de ansiedad. En cambio, su compañero Landon todavía sigue adormilado.

Sus corazones laten con fuerza mientras esperan que el ascensor, al fondo del vestíbulo, llegue a su encuentro. Se mantienen alertas, ocupando los puestos asignados, esperando las órdenes del jefe del equipo.

Con el megáfono en la mano, sin esperar la apertura de las puertas, Harper da comienzo a la negociación, confiando en evitar la muerte de Emma.

—Grace Bennet, le habla el jefe de Seguridad Nacional. Está acusada de dos asesinatos con premeditación y alevosía, inducción de tres homicidios, así como secuestro y daños a la propiedad privada. Por favor, le ordeno que no le haga daño a Emma y se entregue en cuanto el ascensor descienda completamente.

—¡Tengo que terminar con lo que he empezado! Solo así mi venganza tendrá sentido.

Las palabras de Grace se oyen con dificultad, amortiguadas por el acero de las puertas. Sin embargo, no hay ni rastro de la voz de Emma.

—No lo empeore todavía más. Aún puede salvar dos vidas.

36

Todos menos uno

Algunas de las personas que quedan en *Times Square* se dirigen hacia el hotel, mientras que otras prefieren seguir viendo en directo lo que sucede dentro del ascensor.

La adrenalina y la curiosidad vencen al sueño.

Pasado el peligro de explosión, muchos vuelven tras la zona acordonada, pero para Liam no es suficiente y, en un rápido arrebato, se agacha para colarse por debajo de la cinta de seguridad y poder así acceder al hotel. Carter, que estaba más pendiente de la actuación de Seguridad Nacional que de Liam, tarda unos instantes en reaccionar y perseguirlo.

—¡Grace! —grita mientras se acerca a los cinco ascensores, aporreando la puerta de cada uno de ellos—. ¡Grace! ¿Por qué has hecho esto?

Cuando se gira, enmudece al ver que tiene varias armas apuntándole. Su inesperada irrupción ha pillado por sorpresa a los equipos de seguridad, pendientes del ascensor, sin esperar una intervención desde la calle.

—¡No puede estar aquí, quédese fuera de la zona habilitada! —le ordena Harper mientras lo sujeta férreamente de un brazo, empujándole hacia fuera sin miramientos.

—Soy Carter, agente de policía y compañero de Smith —intenta mediar—. Es el novio de Grace, la chica que ha provocado todo esto.

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué no está detenido?

—Él es inocente. Liam reportó la desaparición de su novia sobre las doce de la noche. Tras muchas investigaciones, averiguamos que era una de las personas atrapadas aquí, en este caso, la mano ejecutora.

—Pero eso no prueba nada. Puede ser cómplice. ¡Llévatelo de aquí!

—Solo quiero verla y hablar con ella, por favor. Me iré en cuanto lo haga y prestaré declaración. Yo no sabía nada de esto, así que no tengo problema en hacerlo.

—¡Dejad de apuntarle y mantened vuestros puestos! —ordena Harper a su equipo—. Tendrá que permanecer esposado y obedecer nuestras órdenes. Puede que nos ayude a que ella recapacite.

Algunos de los agentes están ocupados en llamar repetidamente a todos los ascensores; necesitan saber en cuál ha ocurrido semejante tragedia. Al cabo de unos minutos, todos han llegado a la planta baja y han abierto sus puertas dejando ver su interior vacío de ocupantes. Todos, menos uno.

Harper, sabiendo que era cuestión de minutos, decide contactar de nuevo con Smith.

—¿Me puedes decir qué hace Gary? ¿Por qué no desbloquea el ascensor?

—No lo sabemos. No deja de operar y de ejecutar comandos, pero no tenemos ni idea de lo que está haciendo.

—Quiero hablar con él —le ordena, sabiendo muy bien cómo manejar esta situación.

A regañadientes, Gary coge el transmisor y comienza a entrar en terreno pantanoso.

—Gary, sabes quién soy. Fuimos compañeros. No sé en qué andas metido, pero te ordeno que desbloquees el ascensor inmediatamente. Si colaboras, sabes que hablaré en tu favor con el fiscal.

—No puedo —responde con un susurro quebrado—. Tiene que acabar con lo que ha empezado.

—Entiende que esto es una cuestión de vida o muerte. Si no desbloqueas el ascensor, la situación se volverá aún más crítica. No dejes que muera nadie más. Tu hija puede morir si no se entrega pacíficamente.

—¿Y qué? —Gary se levanta de golpe; tiene los ojos inyectados en sangre—. ¿Qué importa un cadáver más o menos? No puedo traicionarla ahora.

Harper percibe cómo el caos le envuelve mientras se pasa la mano por el cabello, sintiendo el sudor en su frente.

—No estás traicionando a tu hija, la estás salvando —insiste con la voz más firme—. La única manera de salvarla es sacarla de ahí.

—La sacaré cuando haya acabado con la vida de Emma.

El hacker se deja caer nuevamente en la silla, lanzando una mirada cómplice a Gabriel. Su rostro se retuerce entre el miedo y la desesperación.

Afuera, el susurro de la gente se mezcla con el rugido de las sirenas, creando una cacofonía que resuena en los muros del hotel.

En ese instante, los *SWAT*, con movimientos precisos y decididos, se posicionan alrededor del ascensor, preparando un artefacto explosivo que podría hacer volar las puertas y liberar el espacio, mientras que otro equipo procede a subir las escaleras hasta la planta en que está detenido el ascensor, para acceder por el techo. La tensión crece como una corriente eléctrica.

—¡Espera! —grita el hacker al ver esa imagen a través de los monitores; su voz está cargada de pánico—. Puedo ayudar. Dadme unos minutos, ¡no puedo perderla! —suplica mirando a Smith.

—¡Gary! ¡Ese no era el trato! No podemos dejar libre a Emma. ¡Tu hija ha sufrido mucho! —Gabriel comienza a perder los nervios; esto no formaba parte del plan. Emma tiene que morir dentro de ese ascensor.

Gary se encuentra ahora entre la espada y la pared: si no hace nada y le hace caso a Gabriel, su hija morirá. Si desbloquea el ascensor, no sabe qué será de su vida. Gabriel es su amigo desde hace años, pero también es un tipo peligroso. No puede jugársela.

—Voy a colaborar, Gabriel. La vida de mi hija está en juego.

—No lo harás. Los amigos se deben lealtad.

—Mi lealtad hacia ti terminó cuando descubrí que eras el amante de mi mujer.

—¿Cómo? —pregunta Gabriel, haciéndose el sorprendido.

—Lo sé todo. Ella me lo confesó en su lecho de muerte.

Gabriel no da crédito a lo que está oyendo. Eso es cierto, pero nunca pensó que supiera toda la verdad. Stone aprovecha ese momento de vulnerabilidad para zafarse de él, arrebatarle el arma y

apuntarle con la pistola, con un movimiento ensayado cientos de veces en la academia.

Gary vuelve a la mesa de control y comienza a rebuscar en los cajones, aprovechando que Smith está esposando a Gabriel, mientras Stone le apunta.

—Tranquilo, Stone. No va a hacer falta. Es una cuenta pendiente que tengo que resolver yo mismo —dice, apuntando a su amigo con el arma que acaba de sacar del cajón. Tiene una línea de tiro limpia.

El silencio se rompe ante un disparo que hace que Gabriel caiga desplomado en el suelo. Smith corre a quitarle el arma y vuelve a esposarle, mientras Stone, salpicado de sangre, observa la escena esperando una reacción de Gary que llegará instantes después.

—Ponme con los agentes —ordena Gary, impasible ante lo que acaba de hacer.

Smith informa de que están todos bien, que uno de los delincuentes ha sido abatido por el otro y pide que, antes de actuar, escuchen a Gary. Tras coger el transmisor, este se dispone de nuevo a colaborar.

—Soy Gary Bennet. Necesito unos minutos para poder abrir las puertas.

Los agentes *SWAT* se miran entre sí. La cuenta atrás ha comenzado. Con el artefacto en sus manos, un miembro del equipo se acerca al transmisor.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Cinco minutos. Solo cinco minutos —indica Gary.

—Puede matarla en este tiempo.

—Soy vuestra mejor opción para resolver esto sin más derramamiento de sangre. Fiaros de mí —la determinación en la voz del hacker es palpable; sin embargo, su corazón late fuera de control.

—Está bien, solo cinco minutos —concede Harper con resignación, decidiendo a regañadientes confiar en su excompañero, como mal menor.

Tras activar el artefacto, el *tic-tac* del temporizador resuena en el aire, recordando que el tiempo sigue siendo su enemigo. El *hall*

queda en silencio. Todos contienen la respiración mientras el destino de Grace y Emma pende de un hilo.

37

Cinco minutos

La marea de gente va y viene por *Times Square*. Muchas personas llevan ahí desde las tres de la tarde; otras, sin embargo, han ido acudiendo al enterarse de la masacre.

Son muchos los periodistas que se agolpan, indignados por no poder cubrir la noticia, mientras ven cómo, delante de sus narices, los *youtubers* no dejan de subir vídeos a internet.

Una de las cámaras del vestíbulo se acerca a la cuenta regresiva que indica el artefacto: *00:04:30*.

En la mente de Gary se repite la razón que lo ha llevado a esto. Es consciente de que todo ha terminado y no puede retrasar lo inevitable. Liberar a Grace es parte del plan, aunque esa liberación dure solo unos minutos. Ambos tenían claro cuál sería su destino, pero, aun entre rejas, Grace viviría tranquila por haber terminado con la vida de las personas que tanto daño le hicieron.

—Esto no va a ser fácil —confiesa el *hacker*, mientras Smith le apunta con la pistola en la sien.

—Me da igual que sea fácil o no. Tú has provocado todo esto y tú vas a solucionarlo. Te quedan cuatro minutos.

Su pantalla comienza a mostrar mensajes de error. Cuando bloqueó el sistema de energía de la manzana, creó una serie de alarmas por si la luz volvía accidentalmente o los técnicos del ayuntamiento conseguían restaurarla. Tiene que desactivarlas y no contaba con tan poco tiempo.

Con la respiración entrecortada, teclea una serie de comandos, a la vez que la cuenta atrás sigue disminuyendo: *00:03:15*. Las luces de la manzana titilan, dando una chispa de esperanza. Tras ejecutar el comando para restaurar la energía, las luces centrales de *Times*

Square comienzan a encenderse lentamente, así como el *hall* del hotel.

Los ojos de la gente, adaptándose a la luz, sienten una leve punzada de incomodidad, como si cada rayo de luz estuviera despertando cada célula de la retina; sin embargo, es un recordatorio de que la vida ha regresado. Las sombras se disipan y el mundo cobra forma de nuevo, haciendo que cada objeto se defina con claridad.

—¡No puedo hacerlo con las esposas! —protesta.

—¡Cállate de una puta vez! ¡Me da igual! No vas a engañarme otra vez. Hazlo como puedas.

Gary no puede relajarse; apenas le quedan dos minutos y medio para desbloquear el ascensor y evitar que el caos se desate de nuevo, un caos que no tenía en mente. Realmente, es eso lo que no le gusta: no poder tenerlo todo bajo control.

La imagen de Emma ante Grace, completamente aterrada y sumisa, se deja de emitir en todas las pantallas, dando paso a aquellos anuncios tan vibrantes y coloridos, mientras la gente, ya recuperada, vitorea.

Gary, mirando la pistola de reojo, sigue haciendo su trabajo.

—¡Stone, tenemos solo un minuto! —indica Harper por el transmisor, sin saber que están viendo la cuenta atrás.

En ese momento, un sonido familiar les alerta: el ascensor comienza a descender mientras el número de cada planta cambia en la pantalla. Los agentes respiran hondo, el sudor sigue acumulándose en sus frentes y el miedo se entrelaza con la adrenalina.

—Esto se acaba, mamá. Y ahora que sabes todo, voy a tener que matarte —Grace está totalmente poseída por la ira.

—Por favor, no me hagas daño —suplica Emma, sin apenas fuerza.

—¡Cinco segundos! —Los efectivos de Seguridad Nacional se preparan para la explosión. No pueden desactivarla antes de hora; necesitan que el ascensor haya llegado abajo.

Cinco, cuatro, tres, dos… El ascensor llega al vestíbulo y, con un movimiento rápido, el jefe de los *SWAT* comprueba que, según lo

previsto, se ha desactivado el artefacto. No saben si están preparados para lo que van a presenciar; aun así, todos los agentes se colocan estratégicamente delante del ascensor, esperando a que la puerta se abra.

—Ya tenéis lo que queríais —sentencia Gary.

—Gary Bennet, estás bajo arresto por los siguientes delitos: asesinato a sangre fría del señor Gabriel Wilson, violación de sistemas de seguridad y conspiración para cometer otros asesinatos, y todo lo que el fiscal te impute para que te pudras en la cárcel. Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas puede ser utilizada en tu contra en un tribunal de justicia. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagar uno, se te asignará uno de oficio.

Smith espera a que Gary asienta, asegurándose de que ha comprendido la gravedad de la situación antes de proceder con el arresto.

Gary, impotente ante un final que no puede evitar, es llevado en volandas por el inspector Smith. Tiene cuarenta y cuatro plantas por delante hasta la salida del edificio, no sin antes esperar la llegada del equipo forense para que se haga cargo del cuerpo sin vida de Gabriel.

Stone, por su parte, pide refuerzos para que acudan al edificio y localicen a sus compañeros de ciberseguridad, que supuestamente Gabriel ha dejado encerrados unas plantas más abajo.

38

El ascensor

La puerta del ascensor se abre de par en par, revelando una escena pesadillesca, como si todos los cadáveres formasen parte de un solo ser, deforme y nauseabundo, y lanzando al exterior el fétido ambiente interior, que golpea los sentidos de todas las personas presentes, provocando náuseas y gritos, incluso en los más veteranos.

Uno de los cadáveres resbala, quedando su pierna bloqueando la puerta, haciendo así que esta no deje de abrirse y cerrarse continuamente.

Emma, con los ojos desorbitados y la respiración entrecortada, emerge de las sombras, siendo empujada por Grace. La tiene cogida por el cuello, apuntándole con la pistola. Hasta cuatro puntos rojos se sitúan sobre su cabeza, revelando que la tienen a tiro pese a estar cubierta por el cuerpo de su madre.

Es complicado avanzar; la mezcla de sangre viscosa y fluidos corporales de los cinco cadáveres se pega a la suela de sus zapatos, creando una gran resistencia al levantar el pie.

El resto de sangre se desborda, formando un charco espeso y oscuro que se desliza por el umbral del ascensor, dejando un rastro repugnante.

El olor a hierro y a muerte impregna el aire, un hedor que hace que los agentes retrocedan involuntariamente.

Grace sonríe con una mueca siniestra que transmite más locura que alegría. No le importa tener varias armas apuntándole directamente.

Los policías, alertados por la escena, comienzan a gritar órdenes.

—¡Suéltela inmediatamente y tire el arma!

El tiempo parece detenerse. Emma, atrapada entre la desesperación y el horror, intenta razonar con Grace.

—¡No tienes que hacer esto! ¡Podemos salir de aquí!

Pero Grace solo puede reírse, una risa fría y vacía que resuena en el aire.

—¿Salir? Ya no hay salida. He tejido este destino con cada uno de ellos. Y tú, mamá, eres la última pieza de este rompecabezas.

—¡Grace, no lo hagas! —Liam intenta acercarse corriendo, pero uno de los agentes se lo impide; lo tiene inmovilizado por la espalda. Oírle la desestabiliza por completo; no esperaba verlo, al menos no ahí—. Por favor, no vas a poder vivir con esto —solloza.

A pesar de que tienen la orden de no disparar, los agentes no dejan de apuntar a Grace mientras se acercan poco a poco a ella. No pueden cometer ningún error si no quieren que haya otra víctima.

—¿Quién es el verdadero monstruo aquí? —pregunta Grace, lanzando veneno por su boca—. ¿Yo, o vosotros, que habéis dejado que esto sucediera?

—Señorita Grace Bennet, ¡tire el arma inmediatamente! —vuelve a ordenar el agente Harper.

—Grace… —susurra Emma, aterrorizada—, por favor, haz lo que te piden.

—¡Grace! ¿Por qué has hecho esto? ¡¿Por qué?!

Dos de los agentes apuntan a Liam, pero Harper les hace una señal para que bajen las armas. Está completamente seguro de que no tiene nada que ver en todo esto.

Es incapaz de controlar todas las emociones que siente en este momento: rabia, asco, impotencia, odio... pero, sobre todo, Liam no soporta el no comprender por qué Grace ha actuado así.

Grace no contesta. Está atrapada en una especie de trance.

—¡Por favor, Grace, escúchame! —Liam comienza a gritar para que reaccione—. ¡¿Qué te pasa?! ¡Contéstame! —Cada vez los gritos son más fuertes, hasta que por fin reacciona.

—Cállate —dice Grace con total frialdad.

—Grace, ¿qué has hecho?

—Todo ha terminado. Ya no hay más secretos. Ellos merecían lo que les pasó. Yo solo hice lo que tenía que hacer.

—Esto no puede estar pasando… Por favor, ¡dime que no es real! —Liam intenta sacar el odio que lleva dentro, pero apenas puede sollozar esas palabras.

—¿Qué es real, Liam? ¿El dolor que he sentido toda mi vida? ¿El vacío que dejó mi madre cuando me abandonó? Ella es parte de mí, de todo lo que he sufrido. Pero ya no necesito su perdón. Ya no necesito nada.

Grace se gira, enfrentando a Emma, extinguiendo cualquier resto de esperanza.

—Lo único que necesito es liberarme de este dolor.

—¡Grace, no lo hagas!

—¡Tire el arma o nos veremos obligados a disparar!

Grace se vuelve hacia él y, por un breve momento, la humanidad brilla en sus ojos.

—Te quise, Liam. Pero ya no puedo más.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, deja caer de su bolsillo un papel doblado y, ante la atenta mirada de todos los agentes, se apunta a la sien y aprieta el gatillo, mientras agarra firmemente el colgante con la mano libre, aquel que le regaló su madre adoptiva antes de morir. El eco de un disparo retumba en el *hall*, seguido por un silencio mortal.

Grace cae al suelo con los ojos aún abiertos, reflejando la satisfacción en su último aliento.

Emma corre angustiada hacia los agentes y se abraza a uno de ellos; no puede dejar de llorar. La rabia que ha tenido contenida durante estas ocho horas se ha convertido en un ataque de ansiedad. Mira a su alrededor, esperando que, de un momento a otro, un disparo la atraviese. Enseguida, los servicios de emergencia la atienden y se la llevan al hospital más cercano, donde permanecerá unos días en observación.

El equipo forense se encuentra sacando fotografías y vídeos de la escena. Han guardado las pistolas dentro de las típicas bolsitas de plástico transparentes y, poco a poco, van recogiendo otras pruebas como huellas y manchas de sangre. Tras realizar un examen preliminar de cada cuerpo, son sacados del ascensor para llevarlos a la morgue.

Liam está en *shock*, es incapaz de procesar lo que acaba de suceder. Ya no puede hacer nada. Poco a poco vuelve en sí y se lanza al cuerpo sin vida de Grace, repitiéndose una y otra vez por qué no fue capaz de darse cuenta de lo que su novia planeaba. No estaba bien, y su amor por ella, lejos de ayudarla, no dejó que viera lo que realmente pasaba por su cabeza.

Una telaraña de traumas que la empujaron a la locura.

Epílogo

Liam, sintiéndose entre culpable e intrigado, permanece al lado de Emma en el hospital, sosteniendo todavía el ramo de flores que le ha traído. Ha pensado que debía visitarla para interesarse por su salud y por intentar averiguar algo más sobre lo sucedido.

Emma se encuentra recuperándose poco a poco, mientras lee una copia de la carta que Grace dejó caer antes de morir. Se la ha facilitado la policía, pues el original permanece almacenado como prueba hasta que se celebre el juicio contra Gary Bennet.

«Querida mamá:

Estoy segura de que ahora preferirías estar muerta, ¿tengo razón? Hubiera sido lo más fácil para ti, pero no sería justo.

Necesito que vivas sabiendo lo que hiciste, sabiendo que, indirectamente, mataste a cinco personas y a tu propia hija. Esa es mi venganza hacia ti: quiero que sufras, que vivas sabiendo que pariste a una niña inocente y que, poco a poco, se fue convirtiendo en un monstruo por todo lo que la vida tenía guardado para mí, comenzando por tu estúpida idea de abandonarme.

No sé si algún día te olvidarás de mí, pero estoy segura de que me recordarás cada fin de año.

Feliz Año Nuevo, mamá.

31/12/2025»

Al terminar de leer, su mirada se cruza con la de Liam y, lejos de sentir esa paz que le transmitía momentos antes, siente que algo no va bien.

Liam, ajeno al contenido de la carta y con el espíritu de Grace apoderándose de su mente, coge una jeringa y la introduce en el gotero de Emma. Ella, aún inconsciente de la tormenta que se avecina, no deja de mirarle.

En su mente, Emma no es una madre, sino el monstruo que ha causado tanto dolor. Con una última mirada a la carta, aprieta el émbolo y deja caer el veneno en el sistema de Emma, sintiendo una mezcla de alivio y desesperación.

La madre de Grace comienza a convulsionar y su rostro se tuerce en una mueca de agonía, mientras la vida se le escapa de las manos.

Liam retrocede, observando cómo el ciclo de dolor que Grace había iniciado llega a su fin. Se siente atrapado entre el amor y el odio, entre la venganza y la redención. Y en ese instante, sale de la habitación sonriendo tristemente y diciendo:

—Grace, mi amor, ya está hecho. Feliz Año Nuevo.

FIN

AGRADECMIENTOS

Quiero agradecer este libro a todas las personas que, tras leer mi primera novela, habéis sido fieles a las siguientes, apoyándome en el proceso de escritura.

Gracias a las que me habéis leído por primera vez. Espero que si os ha gustado, os animéis a leer mis otras obras.
A mi hermano Fran, nene. Gracias por ser mi ChatGPT particular.

A Marina. Te conocí en 2024 en el evento Zaraletras. Fuiste como lectora, y me llena de orgullo que ahora asistas como escritora, como una gran escritora que eres. Gracias por convertirte en parte de mi vida literaria.

A Michi, no tengo palabras para agradecerte todo lo que me has ayudado en este proyecto, leyendo una y otra vez el manuscrito hasta que ha quedado perfecto.

Y como es un poquito intenso, me ha pedido que os diga esto: si tenéis inquietudes literarias, ahora trabaja como ayudante de fortuna. Si tienes suerte, puedes encontrarlo en el mail: viejodiablosabemas@gmail.com

A Verónica Espinosa, gracias por crear ésta pedazo de portada.

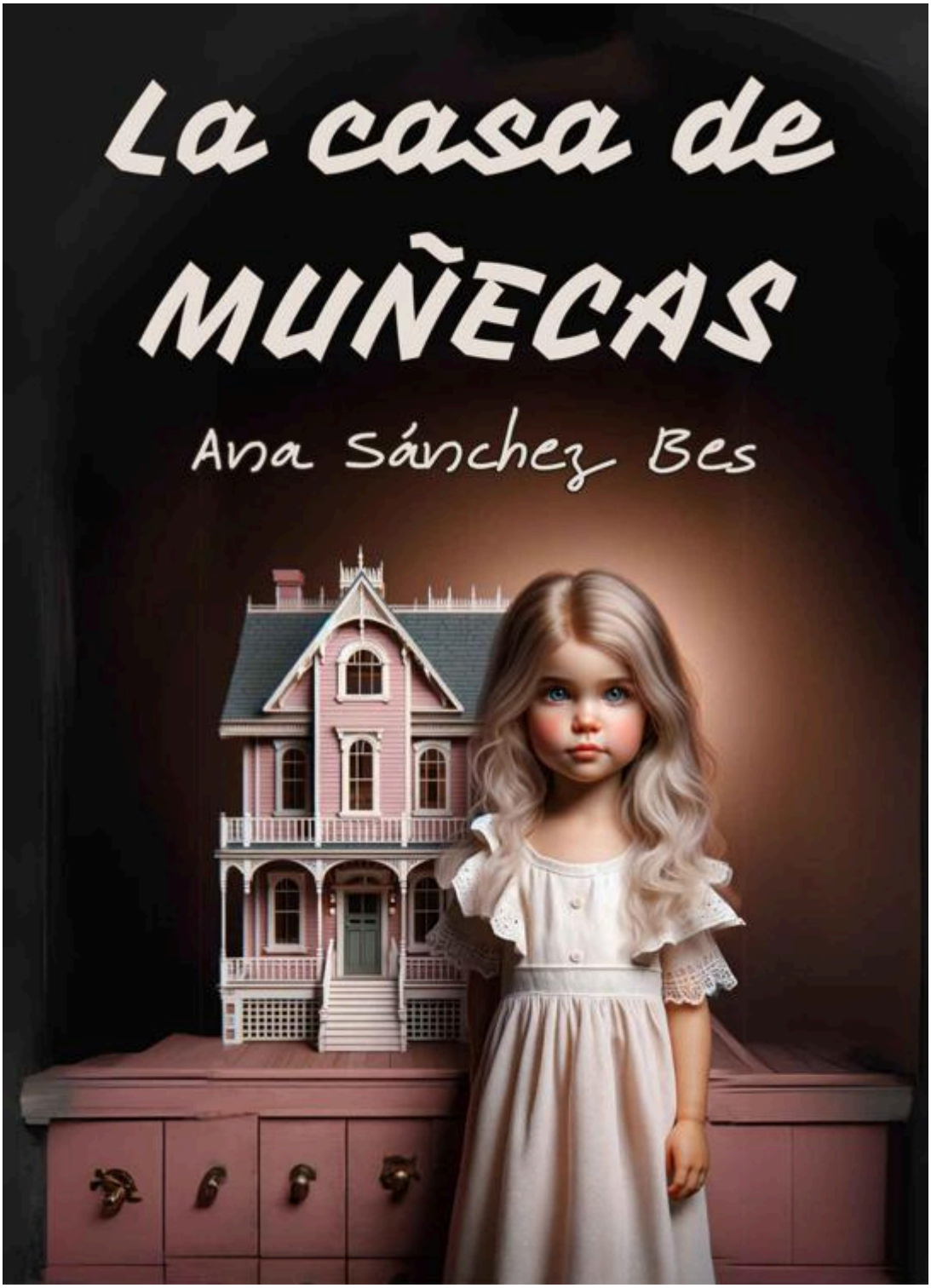
A Infinity Ideas Studio, agencia literaria que ha dado forma a esta novela. Gracias.

Y por último, y no menos importante... Gracias a ti.

Otras novelas de la autora

La casa de MUÑECAS

Ana Sánchez Bes



El hombre frente al espejo



Ana Sánchez Bes

Ver más de la autora

